



Escritos de Oro

VOLUMEN VI
TOMO I

Obras Ganadoras

Concurso Literario de Personas Mayores

— 2016 —

— 2017 —



Escritos de Oro

VOLUMEN VI

■ © Asociación Gerontológica Costarricense (Ageco), 2020

Escritos de Oro. Volumen VI: Compilación de las obras ganadoras 2016, 2017, 2018, 2019 y 2020

La Asociación promueve el uso justo de este documento. Se solicita que sea citado apropiadamente cuando corresponda.

Prohibida su reproducción parcial o total. Derechos reservados.

Esta publicación está disponible en formato electrónico (PDF) en el sitio web institucional

www.ageco.org

La autoría de las obras que conforman este volumen le pertenece a cada una de las personas mayores que resultaron ganadoras en las diferentes ediciones del Concurso Literario organizado por la Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO.

Las obras son transcripciones fieles de los textos presentados y el contenido de las mismas es responsabilidad de las personas autoras.

■ Compilación de las obras

XXV Concurso Literario de Personas Adultas Mayores 2016:

“María Teresa Solano Solano”. Catalina Calvo Guevara, Coordinadora de Participación y Promoción Social, AGECO.

XXVI Concurso Literario de Personas Mayores 2017:

“Ana María Arias Calderón”. Catalina Calvo Guevara, Coordinadora de Participación y Promoción Social, AGECO.

■ Coordinación editorial:

Isela Corrales Mejías, directora de Programas Gerontológicos

■ Diseño de portada y diagramación:

Ingenio, Arte y Comunicación S.A.

860

E748e Escritos de Oro. Volumen VI. Tomo I: Obras Ganadoras Concurso Literario de Personas Mayores 2016 - 2017 [recurso electrónico] / Compilación Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO. – 1 ed. – San José, C.R. : Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO, 2021.

1 recurso en línea (162 p) : ebook ; pdf ; 1.183 KB

ISBN: 978-9968-931-77-9 (Obra completa)

ISBN: 978-9968-931-78-6 (Tomo 1)

1. Literatura Costarricense. I. Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO, comp. II. Título.

San José, Costa Rica
2020

■ Asociación Gerontológica Costarricense (Ageco)

Apartado postal: 5956-1000 San José

Teléfono: (+506) 2542-4500 • WhatsApp: (+506) 2542-4501

Correo electrónico: ageco@ageco.org

Facebook: @AGECOCR • YouTube: AGECO Costa Rica • Instagram: asociaciongerontologicacr



Escritos de Oro

VOLUMEN VI

Contenidos

PRESENTACIÓN 7

 **XXV CONCURSO LITERARIO DE PERSONAS ADULTAS
MAYORES 2016: “MARÍA TERESA SOLANO SOLANO” 11**

JURADO CALIFICADOR..... 14
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS 16
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS EXTRANJERAS EN EL GÉNERO
CUENTO 17
OBRAS GANADORAS..... 19

Cuento

Entre el bien y el mal..... 19
Descubrimiento 22
El pescador Cabal 26
La Suela de Andar..... 31

Poesía

La Palabra..... 33
Más allá de los sueños de los niños..... 36
Somos Bellos 37
Quirófano 39

Literatura Infantil

Viaje de un día..... 42
A la abuelita..... 44
La niña traviesa 45
La Boda 47

Relato de Experiencias

Éxodo 49
La tecnología ha sido y será parte de mi vida 54
Un recorrido a través del tiempo..... 59
Mi experiencia 65

Cuento Extranjero

Ausencias.....	68
Entrenamiento para morir	72
El legado del abuelo	76
Genialidad.....	82
Un lugar para ser feliz.....	87

XXVI Concurso Literario de Personas Mayores 2017: “ANA MARÍA ARIAS CALDERÓN” 91

JURADO CALIFICADOR	94
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS	96
RESUMEN DE OBRAS GANADORAS EXTRANJERAS EN EL GÉNERO POESÍA	97
OBRAS GANADORAS.....	99

Cuento

La petición	99
El grito que quedó atrapado en una boca de hierro	104
Mi querido y fiel negrito.....	108
El milagro de la puerta angosta	112

Poesía

Madre Tierra.....	116
Si miramos atrás	118
Por mi camino	120
Y la noche... ..	122

Literatura Infantil

Duendes en el bosque.....	125
La avispa que quería conocer al Presidente de la República de Costa Rica	129
Bolita.....	132

Relato de Experiencias

Mi derecho a la participación como Persona Adulta Mayor..... 134

Pinceladas del recuerdo 139

Aprendiendo a envejecer 143

Mi derecho a la participación como Persona Adulta Mayor..... 148

Poesía Extranjera

Oda al neutrino..... 152

Como la vida. Igual.como la muerte..... 155

Inviernos, delirios pasajeros 157

Mi amiga la cebolla..... 160

Presentación

La Asociación Gerontológica Costarricense, desde su creación en 1980, ha dirigido sus acciones a propiciar espacios para la participación social de las personas mayores por medio de la creación de programas y acciones tendientes a incentivar el empoderamiento y el protagonismo de estas, así como a posicionar en el imaginario social, una visión positiva del envejecimiento y la vejez.

Las personas mayores encuentran en estos espacios las oportunidades de realizar actividades para el desarrollo de destrezas, el aprendizaje, la reflexión y el análisis en áreas educativas, culturales, recreativas, espirituales, artísticas, y todas aquellas otras en las que se promueva su desarrollo como persona y se deje de manifiesto su potencial independientemente de la edad.

Una de las acciones más destacadas dentro del área artística ha sido la realización del Concurso Literario de Personas Mayores desde el año 1991, el cual busca potenciar las habilidades literarias de las personas para que desde distintos ámbitos de su cotidianidad, puedan manifestar sus opiniones, creencias y aportes a la sociedad mediante la producción literaria a escala nacional e internacional.

Las personas mayores deciden presentarse al concurso con sus producciones literarias las cuales analiza un jurado calificador integrado por personas expertas en el campo de la literatura, quienes de manera comprometida revisan cada una de las obras en los diferentes géneros: poesía, cuento y relato de experiencias, y determinan aquellas que resultan ganadoras.

De esta forma Escritos de Oro volumen 6 es la compilación de las obras ganadoras de las ediciones 2016, 2017, 2018, 2019 y 2020 y se constituye en el espacio para dar conocer y posicionar la producción literaria como una manifestación artística a lo largo de la vida.

Esta compilación es un esfuerzo de AGECO, en su 40 aniversario, por plasmar, una vez más, la creación literaria de las personas mayores y contribuir a dejar su huella en la sociedad por medio del arte literario.

Es nuestro deseo que la producción artística de las personas mayores, plasmada en este escrito, alcance a muchas personas y que la lectura sea amena, satisfactoria y demostrativa de las posibilidades de expresar las ideas, las emociones y los sentimientos por medio de la palabra; pero sobre todo deseamos aportar a la desmitificación del significado de envejecer en la sociedad actual y de lo que significa ser una persona en igualdad de condiciones, posibilidades y derechos en todas las edades.

Isela Corrales Mejías

*Directora de Programas Gerontológicos
Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO*

XXV
Concurso Literario
de Personas Adultas
Mayores

— 2016 —

XXV

Concurso Literario de Personas Adultas

Mayores

— 2016 —

“María Teresa Solano Solano”

La edición XXV del Concurso Literario estuvo dedicada a la señora Teresa Solano Solano, por su participación activa en AGECO durante más de 25 años dirigiendo el club especializado de Coro Canciones del Ayer y participando en el Programa Personas Mayores Voluntarias.

Los géneros para participar en la **modalidad nacional** fueron:

1. Cuento (tema libre)
2. Poesía (tema libre).
3. Poesía Infantil (tema libre).
4. Relato de experiencias: “Experiencias de una vida utilizando la tecnología”.

El género para participar en la **modalidad extranjera** fue: Cuento.

En esta edición participaron 201 personas, de las cuales 94 fueron nacionales y 107 del extranjero, para un total de 228 obras literarias dado que algunas de ellas participaron con dos obras.

Las personas participantes en el extranjero fueron de Argentina, Colombia, España, Venezuela, Cuba, Chile, Perú, Estados Unidos, Uruguay, México, Puerto Rico, Italia, Israel, El Salvador, Ecuador y Bolivia, para un total de 16 países participantes.

Jurado calificador

Rafael Jiménez Bonilla

Estudió Microbiología en la Universidad de Costa Rica, tiene más de ciento cincuenta publicaciones en revistas y libros médicos, fue Editor Asociado de la Revista Iberoamericana de Trombosis y Hemostasia y miembro del Comité Editorial de Acta Médica Costarricense.

Es Catedrático de la Universidad de Costa Rica, ha impartido más de quinientas conferencias en América y Europa, escrito dos novelas históricas y fue invitado a dos Ferias del Libro en Gijón, Asturias, ha firmado obras en la Librería Cervantes de Salamanca, España, y la Librería Gandhi de la ciudad de México.

Recibió el Premio Áncora de Ciencias dos veces, Premio al Mejor trabajo de Investigación de la CCSS en dos años distintos, Primer Premio en un Congreso Nacional de Pediatría, Premio al Mejor trabajo hecho en Latinoamérica en un Congreso Internacional de Trombosis y Hemostasia y Primer Premio en el Concurso Nacional de Portales Navideños.

Es Miembro Honorario de la Asociación Costarricense de Cirugía Plástica y Reconstructiva, Visitante de Honor de la Ciudad de Acapulco, México, y Miembro de Honor de la Academia Nacional de Medicina de Costa Rica.

Actualmente está pensionado y es profesor de Bioética y Hematología de la UCIMED, miembro del Comité Ético Científico de dicha universidad, Presidente del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica y Vicepresidente de la Asociación Costarricense de Hematología.

Floria Jiménez Díaz

Licenciada en Filología y Lingüística Española de la Universidad de Costa Rica. Trabajó en el CIDE de la Universidad Nacional de Heredia por más de veinticinco años como formadora de formadores en las áreas de Lenguaje, Literatura Infantil y Expresión Creadora. Es Catedrática de esa casa de estudios y fue candidata para Profesora Emérita. Doctorado Honoris Causa Litterarium Cultrix en el 2019 por la Universidad Católica de Costa Rica en donde trabaja actualmente.

Ocupó la presidencia de la Comisión Nacional para la Defensa del Idioma Español y Lenguas Aborígenes. (2002-2004).

Premio Carmen Lyra de poesía (1976-2004- 2007). También ha recibido el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 1978 entre otros.

Ha publicado más de veinte libros de literatura para niños y obras didácticas. Muchos de sus textos aparecen en libros extranjeros y su libro *Tres cocodrilas del cocodrilar* fue incluido en el 2006 por la Secretaría de Educación Pública de México en la colección de lecturas obligatorias del nivel preescolar.

Karla Sterloff Umaña

Escritora, psicóloga y docente. Autora de *Especies menores* (EUCR, 2011), *La respiración de las cosas* (The Rolling Book, 2013) y *La Mordiente* (URUK, 2014). Distinciones: Primer Lugar del Premio Centroamericano de Cuento de la Asociación Costarricense de Escritoras (2008).

Mención de Honor en el II Premio Centroamericano de Cuento de la Asociación Costarricense de Escritoras (2009). Primer Premio del Concurso de Poesía de la Editorial UCR (2011). Premio Áncora de Cuento (2013-2014). Premio Nacional Aquileo J. Echeverría de Cuento (2014).

Resumen de obras ganadoras

CUENTO

- 1** ▶ **Entre el Bien y el mal**
Lugar Escrito por: Eduardo Sánchez Sánchez
- 2** ▶ **Descubrimiento**
Lugar Escrito por: María Teresita Castro Tames
- 3** ▶ **El pescador cabal**
Lugar Escrito por: Flor del Carmen Rodríguez Segura
- * ▶ **La suela de andar**
Mención de Honor Escrito por: Ana Isabel Piza Escalante

POESÍA

- 1** ▶ **La Palabra**
Lugar Escrito por: María José Calatayud Ponce de León
- 2** ▶ **Más allá de los sueños de los niños**
Lugar Escrito por: Wilbur Arce Quesada
- 3** ▶ **Somos Bellos**
Lugar Escrito por: Ana Isabel Piza Escalante
- * ▶ **Quirófano**
Mención de Honor Escrito por: Carlos Enrique Rivera Chacón

LITERATURA INFANTIL

- 1** ▶ **Viaje de un día**
Lugar Escrito por: Ani Brenes Herrera
- 2** ▶ **A la abuelita**
Lugar Escrito por: Claudio Arroyo Hidalgo
- 3** ▶ **La niña traviesa**
Lugar Escrito por: Ana Isabel Araya Arias
- * ▶ **La boda**
Mención de Honor Escrito por: Ana Patricia Urrutia Pérez

RELATO DE EXPERIENCIAS

1
Lugar

- ▶ **Éxodo**
Escrito por: Francisco Javier Pérez Hidalgo

2
Lugar

- ▶ **La tecnología ha sido y será parte de mi vida**
Escrito por: Fernando Chaves Alvarado

3
Lugar

- ▶ **Un recorrido a través del tiempo. Por la gerencia de una sucursal bancaria y la posterior administración de un hogar para adultos mayores**
Escrito por: Rodrigo Rojas Vargas

*
Mención
de Honor

- ▶ **Mi experiencia**
Escrito por: Loreto Eulalia Pérez Quesada

Resumen de obras ganadoras extranjeras

CUENTO

1
Lugar

- ▶ **Ausencias**
Escrito por: María del Pilar Arévalo
País de origen: Argentina

2
Lugar

- ▶ **Entrenamiento para morir**
Escrito por: José Gabriel Velasco Fernández
País de origen: México

3
Lugar

- ▶ **El legado del abuelo**
Escrito por: Estela Victoria Tamer Nader
País de origen: Argentina

*
Mención
de Honor

- ▶ **Genialidad**
Escrito por: Manuel Guillermo Carvajal Díaz
País de origen: Ecuador

*
Mención
de Honor

- ▶ **Un lugar para ser feliz**
Escrito por: Susana Gianfrancisco
País de origen: Argentina

Obras Ganadoras

Cuento

Entre el bien y el mal

Autor: Eduardo Sánchez Sánchez

Durante una noche lluviosa un grupo de indígenas se dirige hacia la frontera. Caminan casi a ciegas por la espesa selva, tomados de la mano para evitar perderse o caer por un barranco. La pertinaz lluvia golpea sus rostros con fuerza y sus pies se hunden en el arcilloso barro, haciendo más lenta su travesía.

-Mamerto, me preocupan nuestros niños, están con hambre y sus ropas empapadas, deberíamos parar -expresa Agustina.

-No, no podemos, respondió el padre. Debemos llegar antes de que empiecen a patrullar, si nos encuentran nos devolverán a nuestra tierra, haciendo inútil el esfuerzo. Este sacrificio se verá recompensado, cuando estemos del otro lado. ¡No debemos parar!

-Pienso mucho en el peligro que corren nuestros niños, en dos ocasiones los duendes nos han perdido a nuestros hijos. Primero fue a la mayor, luego de que la devolvieron nunca más volvió a hablar. Después se llevaron a Juan, lo encontramos debajo de un árbol tres días después...

-Los duendes los utilizaron para sus ceremonias y los devolvieron.

Agustina, después de escuchar la respuesta, inclina su rostro, mira hacia el pequeño bulto que protege contra su pecho y exclama:

-¡No quiero que se lleven a nuestra pequeña!

-No ocurrirá, el brujo me lo dijo. Contesta Mamerto, con convicción.

-Ellos son malos y poderosos -asegura ella.

Continúan su peregrinar por el trillo. Ellos han ingresado al vecino país sin ser vistos, por varios años.

Al día siguiente, sobre el cálido suelo del viejo galerón de una finca ubicada del otro lado de la frontera, esperan a que Mamerto termine de negociar con el capataz, la paga por su trabajo y el lugar en donde se hospedarán por los siguientes tres meses. Después de ponerse de acuerdo, el hombre se coloca el sombrero, expele una bocanada de humo, mira a Agustina de reojo, mientras se marcha.

Ya instalados en el solitario albergue, la madre amamanta a su niña, en una raída hamaca de cabuya.

Han pasado dos meses desde su llegada, la familia ha trabajado duro, mientras la pequeña de un año ha estado al cuidado de su hermana de trece y su hermano de seis años.

Mientras concilian el sueño, un relámpago ilumina sus rostros y anuncia la llegada de una tormenta. Agustina sobresaltada, abraza con fuerza a su pequeña, mira el oscuro rincón en donde duermen sus otros dos hijos y presa de los nervios grita:

-¡Los duendes, los duendes, los duendes!

Dos horas después, la lluvia cesa, vuelve la calma y con ella el sueño.

La luz del nuevo día sorprende al grupo compartiendo los alimentos.

La acongojada madre insiste en hablar de sus temores:

-Alguien debe quedarse con los niños.

-¡No va a ocurrir nada! La cosecha ya casi acaba y debemos reunir la mayor cantidad de dinero para regresar pronto a nuestra tierra.

El día transcurre normalmente en la recolecta del café.

A las 10 de la mañana, la madre como es su costumbre se dirige al cuarto para amamantar a su pequeña, apresura el paso, mientras en su pecho anida la angustia. Al llegar a la barraca, encuentra a sus hijos llorando. Se cumplieron sus presentimientos, los duendes se han llevado a la menor. Sin pensarlo un instante corre ladera abajo en busca de su esposo.

El grupo de indígenas inicia la búsqueda de la pequeña, pero su esfuerzo de horas resulta infructuoso. En el cuartucho, la familia propone soluciones que reflejan sus tradiciones y creencias.

-Podríamos consultar a un brujo para que nos diga dónde la tienen
-dice Mamerto.

-Llamemos a la policía para que nos ayude -agrega la madre.

-No, la policía no hará nada por nosotros, no tenemos papeles
-dice su esposo.

No muy lejos de allí, las luces de un viejo auto iluminan el solitario camino, mientras se dirige a la carretera principal, avanza unos kilómetros hacia el norte y se detiene frente a una mansión. Un hombre con sombrero desciende del auto, sostiene sobre su pecho un pequeño bulto con uno de sus brazos. Frente a la puerta exhala una bocanada de humo, toca el timbre y espera.

Una mujer abre la puerta, mira el pequeño bulto, lo toma, lo examina y exclama: ¡Esta sí!

Dentro del auto, el hombre cuenta un fajo de billetes, mientras en la finca Agustina llora su pena, sentada en el suelo.



Cuento

Descubrimiento

Autora: María Teresita Castro Tames

Pa donde va asté?- me preguntó con vivo interés el anciano que iba sentado a mi lado en el autobús.

-A San Juan de la cuesta- le contesté, sin deseos de hacerlo, pues, el entablar conversación con extraños, es algo que no se me da muy bien.

-¡Aahh!, ¿Onde quien va?- continuó su interrogatorio.

¡Ahora si la hice buena! – pensé- Este fulanito no me va a dejar en paz.

-Visitaré a mis parientes los Morales- le dije- elevando un poco el tono de voz. De inmediato volteé a mirar aquellos ojos, que escudriñaban con curiosidad mi rostro, quería captar en ellos la sorpresa, al enterarse su dueño, de la persona tan importante que tenía como compañera de viaje.

-Los Morales de San Fuan de Cuesta...-murmuró para sí.

-Sí, mi padre se llama Albán y mi abuelo se llamaba Tomás- le aclaré jactanciosamente.

Noté un cambio repentino en él, toda la vivacidad de sus gestos, de sus ojos, había desaparecido, su voz, antes alegre, se tornó triste, casi llorosa:

-Tomás Morales... mijita, le voy a contar la historia.

“Dende chacalincillo juí muy gueno pal trabajo, trabajé muy duro en las fincas de su bisagüelo Germán Morales, segurítico Dios lo tiene con Él, pos, era una santa persona, siempre me decía:

-Rafael, si seguís ansina, algún día vas a tener tu pedacito.

Conocí a la Chayo, rebonitica, alegre como los pájaros, buena crestiana y muy esfuerzaa, nos convenimos y decedimos casanos.

Cuando su bisagüelo se enteró de lo que planiábamos me llamó:

-Me has servío muy bien estos años Rafel, como premio te voy a regalar un terrenito pa que lo sembrés y hagas allí tu casita.

Yo y la Chayo voltíamos el terreno, vimos nacer sus frutos y a los güilas, la finquita crecía como ellos.

No sé qué pasó... ¿sería por culpa de esa lluvia que no terminaba, matando la cosecha o por la muerte den repente de ñor Germán?, mi mujer se puso muy mala, las calenturas y los dolores no la dejaban salir de la cama.

Pedro, el curandero la visitó, los dijo que teníamos que llevála a la capital, al hospital, pos estaba muy jodía.

Los chiquillos lloraban sin consuelo, yo con la preocupación de la falta de plata; sin cosecha no teníamos naitica pa vender.

Diun pronto aparecen por la casa, su aguelo, su tata, venían ayudanos.

-Vea, ñor Tomás, necesito plata pa llevar a Chayo al hospital, pa las medecinas, pa dejale a los muchachos, si asté juera tan amable de préstame, por la memoria de su tata, yo se los pagaré con lotra cosecha.

-¡Claro que sí, no faltaba más!- me dijo su aguelo- lo que necesités, ándate tranquilo con tu mujer, nosotros te cuidamos la finca y los chacalines.

Dos semanas luchó mi esposa contra las fiebres, pero, no pudo ganales, los dautores dijeron que llegamos muy tarde.

No tenía plata pa llévala de regreso; las buenas gentes del hospital, le buscaron un lugar en el cementerio de la capital pa enterrarla, ellos lo mentan “fosa común”.

Me juí pa San Fuan de la Cuesta, con el corazón hecho un chuica, no sabía como explicale a los güilas que su mama no volvería.

Poco a poco, cuanto más me acercaba al pueblo, la esperanza nacía en yo, con los muchachos seguiría palante, habría nuevas cosechas, le pagaría a los Morales.

-¿Qué pasa? ¿Poqué están mis chunches en la calle frente a mi casa?

-Juan, Ramón, Luis, ¿Onde están? ¿Quéseese papel, pegao en la tranca?

Unas manos juester me agarran los hombros, es el mestro Ramiro:

-Tomás Morales, echó tus cosas y tus muchachos a la calle, dijo que la finca era dél, que vos no tenías papeles y le debías mucha plata, por la enfermedad de Rosario; eso dice ese papel, que pegó ahí el policía.

Busqué a los güilas y los llevé onde una hermana de su mama; yo me juí a trabajar a la zona bananera. Cansao y viejo, vine a vivir con mijo mayor, no tengo plata ni una casa, pero, tengo paz y la concencia tranquila... no como otros”

-En el próximo pueblo me apeo, gracias por escucharme.

No pude contestar; la vergüenza, la desilusión, me dominaban, el apellido que creía, representaba esfuerzo, trabajo, solidaridad, de un momento a otro se transformó en una carga; al fin entendía el porqué mi madre, desde hacía muchos años había decidido cortar lazos con mi padre y su familia.

Cuando don Rafael llegó a su destino, decidí bajarme del autobús con él, no continuaría mi viaje, volvería a casa; tomándole de un brazo solo pude murmurar:

-Perdón, perdón...

Me alejé sintiendo sobre mi espalda aquella mirada llena de indulgencia y conciliación.



Cuento

El pescador Cabal

Autora: Flor del Carmen Rodríguez Segura

A Lucas, lo sorprende la aurora con su largo velo colorido, que irisa de sol, la montaña entera, los arrecifes y la playa se tiñen de arcoíris y armonías.

El niño, de doce años, camina hacia el malecón para tirar la cuerda, con el deseo de pescar algo este día.

Su visita se pierde en lontananza. Distingue un grupo de delfines que juegan entre las olas. Sus ojos se alegran.

Aunque sabe que es un niño y que es contra sus derechos tener que trabajar, no le ha quedado otro camino, que asumir su rol de hombre de la casa, después de la muerte de su padre. Pero no dejará de estudiar por nada del mundo.

Va alegre, lleno de ilusiones y en su mente fosforescente habitan los astros y los espejos como agua viva, que surte a cántaros, las ideas en la mente del niño, por ahora, poblada de peces y carnada.

A lo lejos una parvada de gaviotas trina alegremente pescando sobre las olas. El niño admira el paisaje con deleite. El mar es lo que más le gusta. Sonríe.

Su pelo alborotado y crespo se mueve con la brisa marina, dando la impresión de un remolino de resortes. Sus labios anchos y rojizos se abren y cierran como si fuera un pez, que respira a ras del agua. Los ojos negros chispean al distinguir buena pesca debajo de las piedras musgosas y cercanas.

Tira la cuerda lo más lejos que puede y se sienta en una roca plana para esperar que piquen. Su piel canela se ha puesto brillante con el sudor. El sol calienta.

Saca de su bolso una dulzaina y toca la música más dulce con que se pueda soñar. Su cara morena es apacible, más bien simpática. Tiene su caña prensada con una piedra, muy cerca del pie descalzo.

Habita en él, una fuerza renovada y asombrosa: el amor por su madre y sus hermanas, lo impulsan a pescar todas las mañanas, para llevar alimento al hogar.

En la tarde, llevará parte del pescado a doña María, a don Felo, el dueño de la pescadería y a doña Chela. Ella es muy pobre y vive sola, por eso él le ayuda.

Por la noche asiste al colegio. Pero hoy es sábado y no hay lecciones.

El sol arrecia y Lucas se pone un sombrerillo de alegrías, al que le había puesto una pluma blanca de gaviota, para la suerte.

Toma su botella de limonada y bebe despacio oteando hacia el océano. Su caña no se ha movido ni una sola vez.

-¡Dios Mío! Provéeme de bastante pescado, por favor. Quiero llevarle un pastel pequeño a mamá, que cumple años, mañana. Deseo que esté gozosa. Ha llorado tanto con la muerte de papá, que merece ser feliz, un día. Recuerda que amas a los pescadores. ¡Gracias, mi señor!

Después de hacer la oración, sigue tocando la dulzaina con más ternura todavía, para alabar al creador.

La cuerda se sacude violentamente...

-Es uno grande. ¡Me escuchaste, Señor! ¡Gracias!

Hala la cuerda y comienza a enrollar el nylon. Suelta cuerda y vuelve a recoger y así por mucho rato. Es una pelea dura. El pez se

dobra y se desdobra, hala, salta, se sumerge, tratando de soltarse del gancho que lo aprisiona, hasta que el animal se cansa y salta cuán grande es, rompiendo con su último impulso, las olas y las manos del jovencito. Hace círculos cada vez más pequeños y se entrega lentamente. El niño arrolla la cuerda. Sus manos sangran... su corazón está alegre.

Lucas, sudoroso y jadeante, baja hasta la orilla del mar- grafió en mano- para recoger su botín. Lleva una red para sacarlo, pero el pez es tan grande, que aletea y se desespera. El chico se mete entre las olas que golpean las piedras del arrecife con fuerza. Pelea con el pez, para ponerlo sobre las rocas. Mide casi un metro.

-¡Es un hermoso pargo rojo y pesa cerca de veinte kilos! Perdónme Hermano, eres un noble animal, pero te necesito. ¡Gracias de nuevo, Dios mío!

El niño coloca el pescado en su bolsa y se va a vender el pez a don Felo.

Con el dinero obtenido pasa la pastelería y encarga una rosca decorada para entregar en su casa, al día siguiente.

-¡Que feliz se pondrá mamá!- Piensa.

Luego, el jovencito pasa por su amigo Pablo, que está jugando a los trompos cerca de su casa y vuelven al malecón. Se ponen a pesar de nuevo.

Está radiante. Ha cumplido su deseo y la pesca que obtiene es para comer.

Hoy la captura ha sido buena. El hambre acicatea sus estómagos.

Pablo es menor que él y ha atrapado dos pescadillos pequeños. Lucas se los cambia por uno más grande para que lleve a su mamá. El chico sale corriendo, muy contento, con la cena de la familia.

-¡Gracias, amigo, por acompañarme!- Grita Lucas.

-Mañana volveremos a pesar –responde Pablo

El viento alegre sopla con aliento a sal y almejas.

Lucas le deja un pez de dos kilos a doña María y otro pequeño a doña Chela.

-¡Mira, mamá, traje este jurel para la cena! Hoy nos daremos un banquete y la corvina la haré en ceviche para tu cumpleaños.

-¡Gracias, mi amor, no sé qué haría sin tu ayuda!- Dice la madre.

Ella está doblando una ropa ajena, que debe ir a dejar esta misma noche.

El niño se abraza a su mamá, disfrutando de los elogios maternos.

-Esmeralda, ven aquí, hermanita. Mira, me sumergí por un rato en el océano y encontré una ostra grande y tenía este regalo para ti.

-¡Mamá...! ¡Mira que perla tan hermosa! ¡Gracias, hermanito!

-Anita, para ti traje una estrella de mar, de color rojo. Déjala al sol para que seque bien y puedas usarla para adornar alguna cosa en el Kinder.

Ella lo abraza y le da un gran beso en la mejilla.

El muchacho ha cenado opíparamente, pues casi no había comido nada durante el día y se siente muy satisfecho por todo lo que ha hecho este día. Sale al corredor de la casa para respirar el aire fresco de la noche.

El mar brilla con un azul rojizo profundo por los últimos rayos de sol.

El amor le brota por los poros y sus ideas se despliegan como un abanico.

-Debo ahorrar para nuestro futuro. Mis hermanas y yo estudiaremos y tendremos una profesión.

Lucas sonríe... Y con él, la naturaleza entera.

El cielo le responde con el destello de una estrella fugaz que se desprende a los lejos y cae entre las brumas de las montañas.

Mientras habla de sus proyectos y ansias con el mar, le besa las manos con los pies, para agradecerle sus dones.



Cuento

La Suela de Andar

Autora: Ana Isabel Piza Escalante

Jacinto y Zoila vivían juntos, “juntaos” desde hacía no sé cuántos años.

Nunca tuvieron hijos, “tatica Dios” no quiso mandárselos, él sabrá por qué. Jacinto era jornalero y Zoila lavaba ajeno, y con eso pasaban bien. Zoila era hablantina y Jacinto no atravesaba palabra, por lo cual nunca tenían ocasión de pelear. A Zoila le gustaba quejarse y Jacinto la oía como oír llover.

Pero un día Jacinto cayó enfermo. Le salieron unas calenturas que no se iban. Se sintió tan mal que no tuvo más remedio que ir al Hospital a que lo vieran, y de la vista pasaron a los exámenes y de los exámenes al internamiento, y a una cama fue a dar Jacinto.

No había duda de que en el hospital le dieron una buena atención. Tanto así, que lo bañaron a conciencia, lavándole los pies con “cepillo’e raíz”. Aquella dura corteza que se le había formado de toda una vida de “volar pata” descalzo fue casi desapareciendo. “Achará”

Entretanto, a Zoila le hacían falta Jacinto. Añoraba no sólo su compañía sino la plática que se ganaba jornaleando, que llegaba puntualmente cada sábado para comprar el diario. Y entonces apareció por aquel pueblo un marimbero. Llegó con su marimba y tocaba en la plaza cada noche, recogiendo las monedas que quisieran darle. Con eso compraba la comidita de cada día. Como no encontró un lugar barato donde dormir, Zoila le dio posada y él ayudaba con la comedera de cada día.

El marimbero era un muchacho alegre y despreocupado, que noche a noche compartía sus anécdotas con Zoila. Pronto compartieron algo más. Cuando Jacinto salió del hospital ya Zoila no estaba en la casa; se había ido con el marimbero.

“Diay, compadre, qué mal lo ha tratado a usted el destino”, le dijo Pepe al pulpero.

“Y lo pior, compadre. ¡No ve que me arrancaron la suela de andar!”

“Con razón que yo lo veía caminando tan rato. ¿Cómo fue eso?”

“Diay, no ve que a las enfermeras le dio por darme y darme cepillo, como si eso que yo tenía fuera suciedad. Por más que les dije no me hicieron caso”

“¡Que tuerce, mi compadre! Así es la vida de nosotros, los pobres. Cuando nos mandan una nos mandan diez”

“Menos mal si fuera así con las mujeres...”

“¿Y eso, compadre, a usted que me dieron por allá? Está desconocido...”

“Mucha sopa, compadre. Mucha sopit’e pollo. Y mucho cepillo’e raíz...”



Autora: María José Calatayud Ponce de León

Primero fue el aliento
-una señal del aire-
ese toque invisible
que se posa en la piel
y después, solo un eco
que se abriera a los límites
de veranos e inviernos,
de mañana y de ayer.

Te amo palabra,
como el seno profundo
que alimenta la tierra
arma sus creaturas.

Amo ese momento
en que te hice mía,
dúctil entre mis labios,
quimera entre por lo ríos
exactos de mi pulso,
hasta hacerte un latido
de sílabas perfectas.

Palabra, cautivaste mis noches y mis días,
bandolera de sueños
y amante espina
¡te llevo en mí!
asciendes a mi boca
y en mi voz te acuno,

con mi voz te definiendo
y en mi llanto te ahogo.

Te descubro en mis mares
y eres peces y olas,
las arenas y azules
caracolas del sal.

Y en la tierra fecunda
eres todo el paisaje,
verde fresco de huertas
y dorada en la mies.

Y te llamas la curva
del remanso del río
y el revuelo de pajaros
sobre un iris de estrellas.

Te invento cuando amo
y el amar eres carne,
eres labio, eres sexo,
el confuso misterio
de placer y dolor.

En el grito me callas
cuando el odio me arde
y me vuelves libélula
consumida en tu luz.

Y eres rezo palabra,
o blasfemia o prejuicio,
prisionera sin culpa
de quien usa tu voz.

Y perdida, me encuentras
y desnuda, me invocas
con toda la crudeza
de tu sílaba amarga.

Y palabra, te amo,
porque rota en cristales
de armonías y acentos
en el surco que hoy labro
has sembrado tus versos.



Poesía

Más allá de los sueños de los niños

Autor: Wilbur Arce Quesada

Más allá de los sueños de los niños
debe emerger el hombre;
vigilante, decidido:
¡Ya no más niños con hambre,
Ya no más niños con frío!
Ya no más almitas muertas
de desamor y de olvido.

¡Ya no más mundos amargos,
ya no más mundos destruidos!

Desterremos para siempre
la guerra con sus horrores,
las religiones sangrientas
y a los dioses opresores...

Y mientras sueñan los niños,
dejémosle la esperanza:
Cielos azules y limpios,
campos llenos de flores
montañas, frutos y ríos;
mariposas de colores,
pajarillos con su canto
y árboles llenos de nidos.



Somos Bellos

Autora: Ana Isabel Piza Escalante

Es bella aquella cara que ilumina
la ajena dicha,
y con la pena ajena se entristece.

Bellos los jóvenes, y los que envejecen
arando en los terrenos de su viña.

Las manos son hermosas cuando alivian
el dolor; cuando amasan y comparten
los panes del amor y la alegría,
y también son hermosas las que yacen
sobre el regazo, ancianas, contraídas.

Son hermosos los pies que noche y día
se mueven dando amor, dando esperanza.

Y los pies que a moverse ya no alcanzan
ni a sostener un cuerpo que declina.

Hermosos son los que aún se hallan
peleando las batallas de la vida,
y aquellos que, la plaza ya rendida,
pueden mostrar al mundo sus medallas.

Somos sujetos nunca terminados.

En nosotros se pinta, día con día,
con los rasgos de los antepasados
los que dejan las huellas de la vida.

Somos bellos
y seremos más bellos cada día.



Poesía

Quirófano

Autor: Carlos Enrique Rivera Chacón

Esta noche,
la esperanza
muerde los bosques.
cantan las ranas
y la bruma las oculta.

Noche de libélulas informes
que nadan incansables
entre el frío,
y disputan las tonalidades
de esas luces anodinas
que dibujan el esqueleto
del quirófano.

Listo el quehacer
de la magia inesperada,
se revisan los nutrientes
del trabajo y su cultivo.

Gasas, tijeras, pinzas, separadores,
sondas, erinas, escarpelos, bisturís;
miradas y angustias noctámbulas.
silencio- empecemos.

-Bisturí... incisión perfecta.

-Pinzas...limpien la sangre.

-Preñe aquí. separe la arteria.
oración...

El corazón asoma su grandeza,
y la noche,
diosa de obsidiana, levanta su textura
y aplaude su presencia.

¡Noche distinta a todas!

Un corazón grita
y desde el claustro de su fuga,
y su clamor arterior-venoso se escucha
hasta en las uñas del cerebro.

-Corte la aorta.
-ahora la cava superior.

-Despacio
¡El dolor se duerme!
-¿Presión?
-120 sobre 90
-Bien
¿Pulso?
-Normal.

Las miradas se fugan por las paredes verdes
y el corazón abierto,
le habla a las manos blancas que lo acarician.

-Aquí está la válvula perezosa...
Una humana abertura
Cansada de gemirle al ventrículo
Enamorado de la aurícula.

¡Daño copioso!

Electricidad. Otra vez. Así.

¡Alegría en las manos albas
Que sostienen la vida!
-Bien, bien.

El tiempo se acaba.

-Colóquelo de nuevo.

-Una los vasos...

¡Tiempo hipócrita!

¡Sonrisa a hurtadillas!

-Nooo...

El grito se escucha en toda piel presente,

Mientras el reloj marca incansable

La hora de la muerte.

¡Agonía total!

Noventa y dos noviembres

Viajan al infinito.



Literatura Infantil

Viaje de un día

Autora: Ani Brenes Herrera

Como tortuga
comienza el día,
hacia el oeste
la luz lo guía.

Un viento fuerte
de vez en cuando,
para que avance
lo va empujando.

Y el día lento,
brújula en mano,
sigue la ruta
que le han trazado.

Va repartiendo
frescas sonrisas,
aromas suaves,
buenas noticias.

Lleva buen tiempo
y toma el desvío
que hacia la playa
le indica el río.

Corre la brisa
que lo acaricia,
mira la hora,
no tiene prisa.

Ya su camino
se ha vuelto arena
y bebe la sombra
de una palmera.

Juegan las nubes
con su vestido
naranja piña,
azul encendido.

Tras la montaña
termina el viaje,
y ya cansado
cambia de traje.

Aves oscuras
por compañía.
Ronda de estrellas,
se duerme el día.



Literatura Infantil

A la abuelita

Autor: Claudio Arroyo Hidalgo

Abuelita, aquella estrella
te la quiero regalar,
en sueños iré por ella,
hasta el cielo he de llegar.

Caminando entre nubes,
transportado por una hada
o por tropa de querubes,
la pondré sobre tu almohada.

Y mañana al despertar
verás radiante su luz,
tú me querrás abrazar
y a mi estrella, que es Jesús.



Literatura Infantil

La niña traviesa

Autora: Ana Isabel Araya Arias

Una niña muy traviesa
por la noche recogió
a un lucero que jugaba
afuera de su balcón.

Lo apretaba entre sus manos
con amor lo cobijó
pero el lucero travieso
por sus dedos se escapó.

Aquel lucero sonriente
a la niña se llevó
de la mano caminaban
cuando una nube pasó.

Así se fueron felices
por lo aires a volar
llegaron al arco iris
y cruzaron el mar.

La niña reía feliz
se reía sin parar
porque todos los luceros
con ella querían jugar.

Allá por el horizonte
el sol comenzó a brillar
la madre decía a la niña
despierta, que es tarde ya.

Así despertó la niña
feliz porque compartió
con un lucero travieso
que del cielo cayó.



Literatura Infantil

La Boda

Autora: Ana Patricia Urrutia Pérez

No quiere la pulga vivir entre perros
ni el piojo desea habitar los cabellos.
La pulga y el piojo se quieren casar,
invitan a todos para celebrar.

Llegó doña cuca trajeada de negro
con un gran regalo que ella recicló.
Con todo y violines, cigarras y grillos
vinieron alegres silbando en francés.
Volando al festejo doña mariquita,
ataviada de rojo llegó muy bonita.
-De geranios y rosas me tejí este abrigo
y con piedrecitas bordé mi vestido.
Preguntó la avispa a la abeja enmielada:
-¿quién es la familia que viene de lejos
con tanta valija y bien abrigada?
-Es doña zancuda con setenta hijas
que tiemblan de frío
pues vienen mojadas saliendo del río.
-¿Te has enterado
chismeó doña avispa
que esa quebrada,
de basura y latas está rebalsada?
Con foco se alumbra el coqueto cucullo.
“¡Parece una estrella!” exclamó el abejón.

Faltan invitados susurró la novia.
_Tranquila, mi Reina, ya están por llegar.
Todos celebraban la fiesta contentos,

cuando un fuerte ruido los hizo temblar.
Llegaron tractores, hombres con camiones,
que fuego prendieron para construcciones.

Gritaron los pinos, los robles, el sauce,
y los invitados todos espantados
querían correr.

-Acepto a la pulga como esposa amada.

_Yo quiero a mi piojo...

¡Salgamos de aquí, saltemos, volemós,
se acabó la fiesta, pidamos socorro
al cielo llorón!

El buen firmamento, amigo del bosque,
abrió sus compuertas y envió un chaparrón.

Pasaron las horas, los días, semanas,
cuando un arco iris selló el matrimonio,
consoló a los bichos
y alumbró los bosques con luz de color.



Relato de Experiencias

Éxodo

Autor: Francisco Javier Pérez Hidalgo

Cuarenta años laborales utilizando las tecnologías. Esta es la vivencia de mi paso por estas tierras áridas y desérticas que llamé éxodo. El paso de una tecnología muy primitiva a otra cada vez más innovadora y compleja. Mi experiencia de 40 años inició con máquinas muy básicas en los años 1975, cuando habiéndome graduado como Bachiller en Ciencias y Letras, estaba urgido de trabajo y no tenía ningún conocimiento especializado. En cada paso que daba en este éxodo que iniciaba surgía el estrés y el miedo a lo desconocido. Las máquinas semejabán lagartos dispuestos a hundirme su fría dentellada en el pecho. Siempre imaginaba miradas de puñal en todo aquello que fuera tecnología.

En ese tiempo solicité una beca, una ayuda económica a una universidad estatal. Este me fue negada. Este pequeño detalle, esta ligera adversidad me desvió de mis pretensiones de estudiar ciencias económicas y ciencias políticas, que era mi gran ilusión.

Levanté gran infinidad de piedras del camino para encontrar trabajo y éste se me negaba. Comprendí que debía tener una profesión que me respaldara y así lograr el éxito. De esta manera llegué a mi mundo tecnológico por primera vez. Entré en contacto con las legendarias máquinas de “perforación de tarjetas IBM” que servían, entre otras cosas, para hacer registros de nombres y elaborar cheques para pagar los salarios y otras deudas a los proveedores. Recuerdo que obtener el título profesional, tan solo tardaba tres meses en una Escuela Comercial. La máquina perforaba una kilométrica tira de papel haciéndoles miles de huecos, el papel caía al piso y luego yo lo recogía alegre de tirar, inocentemente, confeti en la avenida central. Recuerdo que según el profesor, las primeras máquinas

se inventaron en 1.890 y había de varios tipos. Esto me producía miedo ya que debía hacer una buena elección para no desperdiciar el pago de mis estudios. Fue así como opté por estudiar una marca reconocida en el mercado: “perforadora IBM 024”, esta me inspiraba más confianza, por la fama de la marca en el país.

La risa asoma a mi rostro al verme frente a una profesión de tan solo tres meses de estudio, cuando en promedio, en una universidad se tardaban diez años.

El trabajo profesional con esta máquina, duró un par de meses porque un día recibo una llamada telefónica en mi casa de habitación:

-Aló. Aló...El señor Gerarado, por favor.-dijo un desconocido.

-Con él habla, en qué puedo servirle- le aclaré.

-Disculpe el atrevimiento, nos enteramos que usted trabaja en una empresa vecina y nos gustaría conocerlo, entrevistarlo y saber si le agradaría trabajar con nosotros. Obviamente, le pagaríamos mejor. Un amigo nos dio su nombre.-me dijo la persona.

Milagrosamente aquella voz, me llegaba desde el cielo. Mi familia estaba necesitada de mejores ingresos y yo quería aportarlos.

-¡Por supuesto que sí!-Le respondí.

Era la época en que los empresarios acostumbraban a “robarse” a los empleados de otras empresas debido a que no había mucha mano calificada en el mercado laboral.

-Nos urge una persona, podría visitarnos hoy.- me dijo el contratante.

-¡Por supuesto que sí!-respondí.

La empresa quedaba cerca de la C.C.S.S. en San José.

-Pase don Gerardo: sabemos que su trabajo es como perforador de tarjetas. Sin embargo, lo que necesitamos es que trabaje para nosotros en la máquina “Burroughs”, una máquina para contabilidad de segunda generación. Pienso que usted podrá aprender con rapidez.- dijo el gerente.

¿Segunda generación? Otra vez aquel pánico hacia la tecnología me invadió. Parecía sereno y firme, sin embargo sentía que la tierra me tragaba, no entendía de qué me hablaba.

-No se preocupe, nosotros lo enviaremos a un curso.-señaló el gerente.

-Gracias señor. Acepto el trabajo.-le respondí, ya calmado.

Fueron mis dos primeras experiencias con la tecnología, un susto de dinosaurios, una experiencia aterradora por mi falta de experiencia. Sin embargo, fue una suerte inmensa y una gran satisfacción por lo “avanzado de las tecnologías de punta” que me permitía aumentar mis ingresos, estudiar por las noches y obtener un título de Contador Privado. De esta manera, sin darme cuenta fui forjando mi carácter para superar la adversidad. Aprendí a vencer al mundo, a ser más fuerte y poder vencer aquellos miedos irracionales.

Tres años más tarde, recibí otra llamada telefónica. En ese entonces los teléfonos eran de disco y luego evolucionaron a teléfonos de botones. El mundo empezaba a cambiar vertiginosamente y resultaba necesario adaptarse para no morir desfasado. Paralelamente a las tecnologías de la información y comunicación, hubo también impresionantes innovaciones en las ciencias médicas, militares y robóticas entre otras.

-Aló, señor Gerardo, queremos entrevistarlo, necesitamos urgentemente un contador. Puede venir hoy, le pagáramos el doble.- me dijo el contratante.

Esa llamada me acercó a otro mundo tecnológico en unas oficinas cerca de Radio Monumental. Significaba un puesto de contador, mejor remunerado y que me hizo continuar mi éxodo. Volví a emigrar

por el desierto. Necesité aprender una nueva tecnología, un nuevo desafío. En mi puesto de contador debí aprender el manejo de aquel nuevo lagarto, la “PC Lotus 1 2 3” conocida como la “aplicación matadora” para la plataforma de IBM. El estrés inundaba mi cuerpo, pero era un nuevo desafío. Inmediatamente, me matriculé en una escuela para aprender “Lotus 1 2 3”, lo cual logré en tres meses, mejoré mi salario y apoyé mejor a mi familia.

Hoy mi paso por las tecnologías parece sencillo, fácil y asequible, pero no fue así: tuve que invertir tiempo, horas de estudio, corregir errores, trabajar extras. En fin, una experiencia creciente, enriquecedora pero muy angustiante. El estrés y el miedo siempre asomaban a sus ojos con cada por este desierto de las tecnologías.

Recuerdo cuando llegó el conocido “FAX” o facsímil. Yo me encontraba en San José, el gerente en una subsidiaria en Limón. Nadie, ni las secretarías se atrevían a intentar a enviar el primer mensaje. Fue una hermosa experiencia con esta nueva tecnología. Jamás hubiera imaginado que yo lo lograría. Resueltamente tomé una hoja con el membrete de la empresa, lo puse en la máquina tecnológica para transmitirlo, leí el manual, apreté botones y le di enviar. Resuelta que en la sucursal de limón se encontraba el gerente y el subgerente cuando les llegó el fax.

El gerente muy emocionado cogió el radio:

-Base 1 por favor..., aquí Base 2...cambio...

-Aquí Gerardo en base 1...cambio...

-¿Quién envió el fax?...cambio

-Yo, señor...cambio.

-¡Lo felicito! Así es como quiero a mis empleados, hombres sin miedo cambio...

-Gracias señor....

Sin embargo no todo era “miel sobre hojuelas”, como dicen nuestros campesinos yo tenía una oferta de trabajo de otra empresa, instalada en San José con sede en Miami y más de 30 países en el mundo. Puse mi renuncia para mi nuevo éxodo. Otra vez el miedo y la incertidumbre...La nueva empresa tenía varios departamentos: Cómputo, Contabilidad, Recursos humanos, Proveeduría, Planillas y otros, total 160 personas administrativas. ¡Fue otro golpe de pánico!, manejaban un equipo llamado “Sistema IBM 360”.

-La máquina maneja unas cintas magnéticas, terminales interactivas, 80 columnas de texto, unidad central de proceso...- me explicaba el experto, mientras que yo estaba escuchando como un zombi. La máquina era un monstruo, ocupaba una habitación de 4x6 metros y refrigeración, algo emocionalmente impresionante. Sorpresivamente, la empresa emigró a una tecnología más avanzada y de punta: “Oracle”. En adelante, el uso del sistema, estaría a cargo de cada Contador y sus auxiliares. El Departamento de cómputo fue eliminado. Fue una experiencia dolorosa. La nueva tecnología controlaba todo semejando un pulpo que con sus tentáculos abarcaba hasta la calificación del rendimiento del personal. Rebajó muchos costos a la empresa. Era una máquina súper inteligente que revolucionó el sistema en 32 países simultáneamente. El mundo tecnológico invadió la vida laboral. Cambió la vida del ser humano.

Hoy, pensionado, disfruto intensamente de mi familia, mis hijos, mis nietos y mis amigos pero aún mantengo una relación romántica con las tecnologías que me sirve para comunicarme con el mundo exterior. Tengo la convicción de que he emigrado, he terminado mi éxodo y vivo hoy en un mundo de belleza y amor.



Relato de Experiencias

La tecnología ha sido y será parte de mi vida

Autor: Fernando Chaves Alvarado

El origen campesino y la pobreza familiar me impidieron proseguir con los estudios secundarios; por lo que al graduarme de sexto grafo no me quedó otra opción que hacerme peón agrícola. Sin embargo, exploré una alternativa que me permitiera un mejor trabajo. En eso estaba, cuando en una tarde esplendorosa del mes de marzo de 1963, después de una jornada laboral agotadora me bañé y me alisté para ir (como de costumbre) a la pulpería de doña Carmen, ubicada en la Esquina hacer tertulia con otros vecinos asistentes regulares de ese lugar y con la pulpera. De pronto al pasar frente al telégrafo, se me ocurrió entrar a conversar con el telegrafista; un muchacho foráneo que se sentaba en una banca en el corredor de su oficina y vivienda, y desde allí escuchaba los conversatorios de los tertulios lugareños. En la conversación entre ambos, se me ocurrió comentarle:

-Arnoldo cuánto me cobras por enseñarme el oficio de telegrafista. Él me volvió a ver extrañado por la pregunta y me dijo:

-Mire usted, este oficio no es fácil de aprender. Yo practiqué todos los días durante tres años.

-Le aseguro que aprenderé en menos de ese tiempo. Le respondí.

Después de pactar el precio y de comprar un aparato telegráfico de aprendizaje inicié las sesiones de instrucción que Arnoldo me daba por las tardes.

A pesar de que me convencí sobre la dificultad del aprendizaje de esta tecnología otrora maravillosa y de punta, porque permitía en tiempo real, la transmisión y recepción de mensajes (telegramas)

o el conversatorio entre dos o más telegrafistas (equivalente a los mensajes de texto tan populares e la actualidad por medio de teléfonos celulares), después de dos meses de prácticas, con una edad de 14 años, sin la aprobación de mi tutor porque decía que era muy poco tiempo de adiestramiento y sin conocer la capital, me vine a San José a presentar el examen de aptitud que aprobé sin dificultad, el cual me sirvió para iniciar mi nuevo trabajo de telegrafista sustituto en el ámbito nacional.

Desde aquel año laboré en diferentes lugares como telegrafistas. Algunos que recuerdo: Tabarcia de Mora, Copey de Dota, Santa Rosa de Santa Cruz, Barranca, El Roble, Chacarita, Cocal, Miramar, Esparza, San Rafael, Desmonte, Higuito, San Mateo, Las juntas de Abangares, San José de la Montaña, Hojancha, Siquirres. Como nota anecdótica, en las primeras oficinas que trabajé, era usual que llegaran las personas a requerir el servicio de telegráfico y me dijeran:

-Carajillo, llámeme al telegrafista.

Cuando les respondía: “Yo soy el telegrafista”, hacían una mueca de desaprobación creyendo que los estaba vacilando, hasta que me observaban sentado en el banco de madera con los pies guindando (dado mi mediana estatura y consecuente con mi corta edad) frente al escritorio manipulando el aparato telegráfico para enviar el telegrama requerido. En 1971 me trasladé a la Central Telegráfica Nacional en San José.

En 1979 con el gobierno de Rodrigo Carazo se desmanteló el sistema telegráfico nacional y se instaló una red de teletipos y faces, al igual que los demás telegrafistas sobre la marcha (porque no recibimos previa instrucción), nos vimos obligados a adaptarnos al nuevo sistema que operó hasta finales del siglo pasado, con algunas modificaciones durante ese lapso, en cuanto a los equipos.

En 1985 me trasladé a laborar en la secretaria de la junta administradora de correos y telégrafos. En esa oficina debía operar una máquina eléctrica, un mimeógrafo de estencil para imprimir las actas de la junta, manipular una central telefónica y una fotocopidora de última tecnología.

En 1994 fui nombrado como director nacional de comunicaciones, lo que en la actualidad es el puesto de gerente general de correos. En este nuevo cargo gerencial, tenía que estar a la altura de las nuevas tecnologías y en particular las relacionadas a las telecomunicaciones.

En ese mismo año Racsa promovió el arrendamiento de la incipiente explotación del uso de internet con un curso gratuito para dos empleados de las organizaciones que contrataran este servicio. Para el correo era importante, como institución encargada de la prestación de los servicios postales y telegráficos, contar con una plataforma de este tipo para su uso en el ámbito operativo y administrativo nacional e internacional, por lo que se contrató dicho servicio.

Los técnicos de Racsa, constituidos en instructores de la tecnología de última generación, se empeñaban en explicar en forma sencilla y clara al grupo de asistentes (en su mayoría funcionarios públicos) los pormenores de estos sistemas y nos instruían en cómo ingresar y hacer uso de la red de redes conectadas en forma mundial. En ocasiones nos parecía impensable e inalcanzable lo que nos indicaban los autores sobre las aplicaciones y los alcances de esas tecnologías.

Posterior a la instrucción, los conocimientos e informaciones adquiridos en cuanto a los nuevos sistemas computacionales, me convencí que debía hacer todos los esfuerzos posibles por modernizar el sistema de la entidad que dirigía; de manera que se inició la implementación de un plan piloto compuesto por mi oficina, la unidad de informática, recursos humanos y la unidad administrativa. Con ese sistema podía comunicarme en forma directa y en tiempo real con los funcionarios de esas unidades, con los jerarcas de los organismos internacionales postales y los jerarcas de las demás administraciones postales en el ámbito global. Además, hasta conversábamos por medio del correo electrónico de temas de interés sobre la materia propia de las funciones. No faltaba alguna anécdota y hasta algún chiste contando en forma digital.

En forma simultánea, ordené el fortalecimiento en cuanto a recursos humanos, materiales y financieros al incipiente Departamento de

Informática, estableciendo políticas claras y contundentes para el diseño e implementación de un sistema computacional integrado con acceso a mi despacho para la operación y rastreo de los servicios postales y telegráficos, así como computarizar los sistemas administrativos y financieros que hasta el momento se hacían en forma manual.

Aparejado con lo anterior, después de varios intentos a mediados de 1994, el ICE decidió iniciar la operación del sistema de telefonía celular (con tecnología analógica), diseñando un plan piloto y ofreciendo líneas telefónicas celulares a los altos jerarcas de la Administración Pública y altos ejecutivos de las grandes empresas privadas. En mi condición gerencial, el ICE me asignó una línea con un teléfono celular, el cual se tornaba útil para la comunicación fuera de la oficina y los fines de semana que por lo general realizaba giras a los telégrafos y correos ubicados fuera de San José.

Los lugareños del área rural se extrañaban al observar que literalmente conversaba solo. Para esos campesinos el celular es un aparato desconocido y les resultaba impensable que por un instrumento pequeño e inalámbrico, una persona podía conversar o comunicarse con otra a la distancia.

Algunos de estos campesinos hasta comentaban:

-Este señor está chiflado porque está hablando solo.

Esta circunstancia fue superada cuando al poco tiempo se manifestó el uso de estos teléfonos celulares en el ámbito nacional.

En 1998, después de 33 años de servicio público (de los cuales dos tercios me desempeñé como telegrafista), utilizando medios de telecomunicaciones otrora de última tecnología, pero desechados por obsoletos, me acogí a la jubilación, dejando la institución con un proceso avanzado de modernización con base en sistemas computacionales integrados en cuando a equipos y redes que agilizan los procesos y los hacen más seguros para beneficios de los usuarios.

Posiblemente, ese primer oficio de telegrafista que ejercí desde temprana edad, me sirvió para asimilar los avances tecnológicos y la amenaza que antes observábamos en los sistemas computacionales, pero que en realidad fueron y siguen siendo una oportunidad de modernización de cualquier organización pública o privada.

Mi nueva vida de jubilado y de adulto mayor, la disfruto acompañado de mi inseparable teléfono celular y de mi imprescindible computadora portátil, con la cual escribo relatos, observo y opino sobre diferentes temas en Facebook o me comunico e interactúo en el correo electrónico; aunque sin olvidar mi vieja compañera (la máquina de escribir manual Olympia) que de cuando en cuando utilizo en mis escritos, pero que luego traslado a la computadora.

Aunque los viejos sistemas (el telégrafo y en particular el correo epistolar) jugaron un rol importante en las sociedades del momento, ahora las nuevas tecnologías lo han superado y, han llevado a la vida de las personas mayor facilidad y satisfacción, a pesar de las críticas negativas sobre estos sistemas modernos, como la individualización de la persona humana al convertirlo caso un esclavo de su celular, enviando y recibiendo mensajes de texto u observando y participando en las redes sociales, lo que parece más un asunto de comportamiento personal que afecta a los jóvenes porque ellos es la moda.

En mi caso particular, no he sustituido mi conducta social y familiar por la dependencia digital, sino más bien la utilizo como una herramienta de satisfacción de necesidades comunicacionales y de felicidad en mi vida cotidiana.



Relato de Experiencias

Un recorrido a través del tiempo. Por la gerencia de una sucursal bancaria y la posterior administración de un hogar para adultos mayores

Autor: Rodrigo Rojas Vargas

Transcurrían los días del veraniego mes de abril de 1970; recién consumada la educación secundaria en el colegio de Naranjo, donde para fortuna mía se presenta una oportunidad, la cual finalmente permitió incorporarme como trabajador de la Agencia del Banco Nacional de Costa Rica en Zarcero, eso sí, después de efectuar una serie de pruebas tanto psicológicas como de habilidad mecanográfica en la oficina central situada en San José de Costa Rica.

A la edad de 17 años inicio una carrera bancaria que empezó como oficinista 1, pasando por varias otras categorías y experimentando algunos ascensos que me permitieron 15 años después, ocupar la gerencia general.

Ahí viví años inolvidables desde lo que fue aprender a manipular máquinas de escribir de todos los tipos, sumadores manuales, eléctricas, electrónicas, contabilizadoras de: cheques y depósitos de las cuentas corrientes a cargo de los clientes, calculadoras manuales, donde si se manipulaba la palanca hacia el frente sumaba o multiplicaba y hacia atrás restaba o dividía según el procedimiento que se le hiciera, nunca podré olvidar marcas como: Underwood, Adler, Olimpia, Precisa, Whalter, Burroughs y Facit. Esa era la tecnología de la época que junto al telégrafo de la comarca, nos permitía brindar servicios; asimismo comunicarnos.

Para ese entonces lo que existía en Zarcero era una pequeña planta de capital privado que suplía de electricidad a todo el cantón, servicio que era deficiente e inestable, por lo que el Banco proporcionó a la oficina de una planta eléctrica que producía un ruido

escandaloso, que para que funcionara ocupaba de combustible, en ese caso gasolina.

Para consultar si un cheque de otra agencia tenía fondos para ser cambiado por efectivo, se utilizaba el rudimentario equipo de un viejo radio, mismo que a través de una clave oral permitía comunicarse primero con la oficina central en San José y de ahí ellos consultaban la veracidad de los fondos al destino final. Muchas veces el cliente tenía que volver otro día pues aún no se había recibido la respuesta.

Esa era la tecnología de aquellos años en un cantón rural, mismo que se encuentra distante de la ciudad capital 70 kilómetros al norte. El telégrafo que funcionaba en la oficina de correos, era otra herramienta rústica que permitía una comunicación lenta entre las localidades.

Poco a poco se va dando una transformación en la tecnología que permite años después experimentar un cambio violento al llegar las computadoras y los teléfonos donde había que contactarse primero con una central del I.C.E y esperar a que le avisaran que ya la llamada estaba lista.

Posteriormente llegaron los teléfonos celulares.

Ese proceso de cambio tardó en implementarse más de 7 meses pues todo lo que se llevaba en forma manual había que incorporarlo a un sistema informático, para esa época, de avanzada. Recuerdo que durante ese lapso hubo que llevar en paralelo los dos sistemas, el manual y el computarizado, esto como una medida de prueba que diariamente tenía que ir cerrando.

Cuando llegaron esos aparatos llamados computadoras, tanto a mis subalternos como a mi persona se nos ponían las manos sudorosas del temor por manipularlas y con ello provocar algún error en las rígidas transacciones y controles implantados por el Banco. Eran momentos de muchísima tensión.

Poco a poco fuimos dejando para la historia aquellos viejos y bucólicos procesos, ya no hablábamos de máquinas de escribir

sino de procesos Lotus, D.O.S, Word, Exel, Programas, Correo Electrónico y demás.

Los clientes se sorprendían al observar que los tarjeteros donde se llevaba el control de: los créditos, los ahorros, las cuentas corrientes y los certificados de depósito a plazo fijo, pasaron como por obra de magia a llevarse en un cerebro central llamado sistema de tecnología informática, mismo que con un simple “teclado” brindaba la respuesta en forma inmediata.

Aquellos cheques que para consultar sus fondos tardaban uno, dos y hasta tres días en recibir su respuesta, ahora eran de forma inmediata, hasta se podía observar la firma del girador, así fuera un cheque de la zona fronteriza de Peñas Blancas o de Paso Canoas.

Recuerdo cuando el Banco me suple de un Bíper para que a través de mensajes centralizados pudiese tener comunicación con algunas zonas donde todavía no había llegado la modernidad.

Lucía con gran orgullo un teléfono celular marca Nokia de un gran tamaño, donde llamaba la atención aquel timbre escandaloso cuando se activaba. Muchas veces fui motivo de burla de aquellos colegas que tenían uno más pequeño y más moderno, ellos afirmaban que yo era un “polo”.

Así fue quedando atrás la radio, la máquina de escribir, la sumadora, la contabilizadora de cheques y depósitos y pasaron a formar parte de los artículos para desecho.

Cuantas historias se tejieron a través de estas importantes herramientas de una época ya superada y que ahora formaría parte de la historia bancaria de Costa Rica.

Así es la vida, todo pasa, lo que hoy es moderno y altamente tecnológico ya mañana está obsoleto.

Lo importante es estar dispuestos y abiertos al cambio especializado, lo vivido en esta época que describo ha sido una verdadera lección de vida que concluye con mi jubilación un 31 de Diciembre de 1999.

Pero ahí no termina todo, resulta que dos meses después, precisamente un 27 de Febrero del año 2000, dos amigos, ambos adultos mayores y miembros de una Junta Directiva, me buscan para solicitar la posibilidad de que les administrara el Hogar de Adultos Mayores de Alfaro Ruiz en Zarcero; apenas tenía dos meses de disfrutar de mi merecida jubilación después de una labor bancaria de 30 años ininterrumpidos.

Lo pensé unos instantes y al final les dije que sí, al día siguiente estaba en la institución para iniciar labores, pero la sorpresa fue que me encontré con aquella vieja y rústica tecnología de la que platicaba cuando estaba en el Banco, si es que se puede llamar así... una máquina de escribir Adler, un tosco escritorio de playwood y un teléfono negro de disco, por aquí no había pasado aún la moderna tecnología de las computadoras y de los sistemas de información.

Fue como retroceder al pasado, mismo que ya había superado hacía algunos años, aquí en mis nuevas funciones, el tiempo se había detenido inmisericordemente, quizás guardando íntima relación con aquellos viejos hombres y mujeres que lo habitaban.

Había una realidad, las canas y arrugas de nuestros queridos adultos mayores asemejaban antigüedad y corrosión respecto de las herramientas administrativas que aún se conservaban en esta institución de bien social.

Para mi ese hecho fue impactante pues con mucha humildad en el transcurrir del tiempo, he tratado de ser un hombre de avanzada y lo que aquí me encontraba era un panorama sombrío desde el punto de vista tecnológico.

Lo pensé varias veces, sin embargo, en mis adentros dije, si..., si acepto el reto, quizás puede ser por algún tiempo mientras estabilizábamos todo lo relacionado con el aspecto administrativo y de manejo de esos 22 valientes hombres y mujeres, forjadores del Zarcero actual, mismos que residen en este Hogar para Adultos Mayores y que eran atendidos únicamente por 6 personas. Poco a poco y con escasísimos recursos económicos nos dimos a la tarea de buscar alternativas de mejora.

Paradojas de la vida, mientras en el Banco Nacional sobraba la capacidad económica para adquirir nueva tecnología, aquí era todo lo contrario; que se compensaba con ese ambiente de paz, sinceridad, humildad, originalidad y el amor de esos viejos habitantes del Centro Asistencial.

Ellos fueron mi impulso a través de sus gestos, para que junto a otras personas iniciáramos ese camino que poco a poco nos llevaría a la modernidad, claro, adecuada a la capacidad económica de la institución.

Con mi vieja computadora personal marca IBM, iniciamos el proceso de modernización tecnológica, adquirimos un fax, al tiempo un teléfono que sustituyó al de disco, posteriormente una fotocopidora, ya más adelante una central telefónica, poco a poco, muy lentamente, nos fuimos habituando a ese cambio que además de vivirlo personalmente, permitió ser pieza motivadora para que con el resto de los colaborados, muchos de ellos de baja escolaridad, entendieran que la vida sufre cambios en forma constante y que lo que experimentábamos en ese momento formaba parte de ese transcurrir del tiempo en el cual no debemos “dejar pasar el tren”, debemos abordarlo, pues de lo contrario jamás lo podremos alcanzar.

Al tiempo, dotamos de nuevas computadoras portátiles a los departamentos de: administración, secretaría, psicología y recursos humanos, nutrición, fisioterapia y enfermería, secciones que al inicio de labores no existían, cambiamos la fotocopidora vieja por una más moderna, misma que permite también imprimir los trabajos que cada uno realizamos desde nuestras oficinas. En Marzo del presente año fueron inauguradas obras de modernización tales como una amplia enfermería dotada previamente de un esfigmomanómetro y un electrocardiólogo, ambos digitales, asimismo a la sala de fisioterapia se le asigna dos modernos equipos de electroterapia con dispositivos de ultrasonido, también digitales y de la más alta tecnología.

Pasamos de utilizar el masaje manual, al tratamiento con dispositivos que producen pequeños choques de electricidad y demás.

Se adquiere una moderna buseta modelo 2016 con rampa hidráulica para discapacitados, vehículo que se une a la modernidad y a la alta tecnología.

Dieciséis años después y gracias al aporte de empresas, personas, instituciones y colaboradores, hoy este Hogar para Adultos Mayores cuenta con 52 adultos mayores institucionalizados; más otros 159 que son atendidos en sus humildes casitas de habitación a través de la Red de Cuido, todo ello gracias al esfuerzo de 32 colaboradores y 20 voluntarios que hoy de forma desinteresada, brindan la cooperación a esta institución de bienestar social.

Los proyectos de vida no se forjan individualmente, para que sean exitosos necesitan del concurso de muchas personas e instituciones, lo importante de todo ello es habituarse al cambio, a la moderna tecnología, a cambiar el vestido viejo por uno más adecuado a la realidad, pero sobre todo a la funcionalidad, buscando siempre la eficiencia y la eficacia. Es por ello que afirmo con total certeza, que la experiencia vivida utilizando la tecnología, ha sido una verdadera catedra para entender que los hombres no deben ser conservadores sino más bien apasionados e impetuosos.

Los sueños son quimeras que se delinean en el horizonte; mismos que una vez afinados se convierten en obras para beneficio de las grandes colectividades. Para hacer real el sueño hay que derribar barreras, superar obstáculos, saltar acantilados, convencer a otros...; ¡Quizás la tarea más difícil!

Es convertir el ilusorio verbo, en hechos reales; en acciones tangibles.

“La tecnología..., aliada fiel del éxito.”.



Relato de Experiencias

Mi experiencia

Autora: Loreto Eulalia Pérez Quesada

Amanecí el 17 de Setiembre del año 1998, desperté con la claridad del día, miré el reloj, ya era la hora de marchar, me despedí de mi madre sin saber que sería la última vez que la vería, tomé el carro que me llevaría hasta el aeropuerto, en el camino, mi hermano, mis sobrinas, mi pueblo, mi gente, ¿volvería a verlos? me preguntaba en silencio, no sé, ese era el precio, qué caro.

Viajé durante casi 4 horas; al final tomé el avión, desde arriba vi por última vez la tierra que me vio nacer, ¿cuántas horas transcurrieron?, no recuerdo, pero si recuerdo que a mi llegada llovía torrencialmente.

Llegué, pisé tierra pero no era la mía, me aguardaba mi hija, respiré profundo, ¿qué me esperaba?, no sé, lo que si sabía que encontraría la libertad tan ansiada.

Ya instalada, mi hija me trajo una computadora, le pregunté, ¿qué es eso?, mi hija me explicó, en mi país nunca lo había visto, Internet, Facebook, Skype, palabras nuevas, me pregunté ¿de dónde vengo?, con tres títulos, Maestría en Primaria, Profesora de Español de nivel medio y Licenciada en Historia y era “analfabeta” en tecnología de la comunicación.

Junto a eso me incorporé a un club de Adultos Mayores donde se impartían conocimientos, se abrió ante mí un mundo nuevo, retomé mi profesión y me motivé a estudiar de nuevo, ahora, en el manejo de la computación.

Para mí la computación significó y significa una ventana al mundo, pude contactar con mis compañeras de trabajo, con mis compañeras

de estudio, con los compañeros de mis hijos, con mis vecinos, con mi familia que como yo habían tomado el camino del exilio, y que se encontraban en Estados Unidos, España, Portugal, Italia, Chile, Argentina, entre otros. Pude de nuevo reencontrarme con mi vida pasada y traerla al presente, recordar viejos tiempos, y cuál fue mi sorpresa que pude ver a mi hijo en tiempo real después de tantos años a través de Skype, algo pensado por el hombre pero hecho realidad, gracias al avance de la tecnología.

Las redes sociales representan para mí y para millones de personas que se encuentran en mí mismo status migratorio, la ventana a lo desconocido, la libertad de comunicar nuestros pensamientos libremente, de comentar, de opinar acerca de cualquier tema, de hacer nuevas amistades que aunque virtuales forman parte ya de nuestras vidas.

Google, representó y representaba para mí una fuente de información, he descubierto a través de este buscador conocimientos que me fueron dados en formas distorsionada, ahora, libre de influencias políticas, puedo darme respuesta a muchos fenómenos que aquejan a nuestras sociedades, me ha dado un panorama amplio del mundo en que vivimos y como esos fenómenos influyen negativa o positivamente en nuestras vidas y en nuestras formas de pensar.

Tuve por primera vez a mi alcance otro de los adelantos tecnológicos en la comunicación, el celular, que nos da la posibilidad de mantenernos en contacto permanente con nuestros familiares y amigos en cualquier parte del mundo, como lo es la aplicación Whatsapp en forma gratuita.

Estos y demás adelantos tecnológicos nos llevan a comprender más los males que aquejan al mundo y la búsqueda más adecuada para solucionarlo.

La tecnología abre un abanico de oportunidades no solo a la ciencia, sino a los medios de comunicaciones que nos entrelazan con otras sociedades, otras culturas y nos motivan a adentrarnos en otras áreas del conocimiento.

Con los avances tecnológicos en la comunicación me siento feliz, me siento realizada, me siento libre que es el derecho fundamental de todo ser humano de opinar, de comentar, de pensar y dar a conocer ese pensamiento a través de la palabra hablada y/o escrita sin intervención de poderes políticos.

Doy gracias a este país, a la Asociación Gerontológico Costarricense (AGECO), que motivó en mí los deseos de enfrentarme a un mundo desconocido para mí y retomar la defensa de los Derechos Humanos en las Personas Adultas Mayores y sobre todo gracias a Dios que es mi soporte espiritual para enfrentar los retos que la vida que nos pone adelante.



Cuento Extranjero

Ausencias

Autora: María del Pilar Arévalo

Todos los días a las cuatro de la mañana, Alcira despertaba a Lucía, la menor de sus hijos, para que fuera a trabajar. Iba a la cocina, prendía la hornalla, ponía la leche en el jarro enlozado y esperaba el sonido del último bostezo, el crujir de la cama, los pasos hacia el baño y el clic de la llave de luz. Recién en ese momento encendía la radio. El desayuno compartido, las cuatro cuadras hasta la parada del colectivo, la espera y el regreso completaban la rutina materna.

Todos los días a las dos de la tarde, Lucía regresaba del trabajo con el paso apurado, cuando faltaban pocos metros para llegar a su casa, la muchacha se detenía, cerraba los ojos y dejaba que la invadieran los aromas de un especiado guiso, del tuco condimentado con albahaca o de la carne horneada. La divertía este juego que le permitía disfrutar los sabores anticipándose al bocado. Al llegar la esperaban la comida humeante y su madre ansiosa por enterarse de las novedades del día.

Cuando Lucía se casó, durante un tiempo Alcira anduvo como si su vida hubiera perdido el sentido. A veces le hubiera gustado preparar la mesa para dos, como antes. Pero no era mujer de rendirse fácil, si estaba sola era porque había logrado, a pesar de una temprana viudez, criar tres hijos, darles estudio y procurar su independencia. Así que decidió despegarse la tristeza y colgarla en el placard, como ella misma decía cuando recordaba esa época. Poco a poco comenzó a visitar a familiares y amigos. Alquiló la habitación de Lucía a una mujer que organizaba viajes para gente mayor y muchas veces canjeaba pesos por paseos.

Cuando Alcira comenzó a tener conductas extrañas, Lucía hacía tiempo que se había separado y vivía sola. Era una mujer de cincuenta años, que tenía una vida amorosa inestable porque así lo prefería, el fracaso matrimonial la había afectado hasta el punto de evitar cualquier compromiso amoroso. Hasta que conoció a Hernán, con él las cosas fueron distintas, ya no le daba lo mismo si la llamaba o no. Sentía por él la ternura que suponía se siente por un hijo, la pasión que despierta un amante y la seguridad de que a él le sucedía lo mismo. De cualquier manera se negó a la convivencia, pero no ocultó esta relación, después de muchos años su pareja tenía un rostro y un nombre para los demás.

El día que olvidó el cumpleaños de su nieto, Alcira se percató de que algo en la cabeza no le andaba bien. Por suerte su hijo llamó para pasarle la dirección del saloncito donde sería el festejo, la anotó en un papel que adhirió con un imán a la heladera. En otra oportunidad quiso preparar un bizcochuelo pero no recordaba los ingredientes ni los pasos a seguir, fue a buscar la receta que sabía guardada en un cajón de la alacena, revisó todos, los cerró y fue a su habitación a mirar la televisión. A la nochedita cuando entró en la cocina le extrañó encontrar la manteca, el paquete de harina y los huevos sobre la mesada. Le extrañó y se asustó.

El día de la madre Lucía propuso a Alcira desayunar juntas, conmemorando aquellas mañanas cuando ella trabajaba en la fábrica. Llegó con un paquete de facturas, todas con dulce de leche, las preferidas de ambas. Tocó timbre, esperó varios minutos y decidió abrir con sus llaves. La casa estaba silenciosa. Lucía apoyó las cosas en la mesa del comedor y se dirigió a la cocina para preparar mate. La sorprendió ver un papel agarrado al microondas que tenía escritas las instrucciones para usarlo. Quiso encender la luz pero no pudo, pegada a la heladera estaba la factura vencida del servicio de electricidad. Cuando entró al dormitorio, Alcira se asombró al verla, había olvidado su visita. Lucía descubrió carteles y marcas recordatorias por distintas partes de la casa, no entendía qué sucedía. Preguntó y la única respuesta fue un triste “no sé”.

Alcira se extravió en el barrio, los vecinos la llevaron a su casa y avisaron a los hijos. Estaba cada día mas delgada, casi no comía,

olvidaba comprar alimentos. No reía como antes y se le perdían las palabras.

Lucía quiso cuidar a su mamá, decidió que viviera en su departamento. Entonces comenzaron las discusiones con Hernán:

-¿Vos pensás que no se da cuenta de que tenerla acá te está jodiendo la vida?

-Y vos ¿para qué querés que se vaya, para encamarte conmigo cuando se te antoje?

-No lo digo por eso, a ella no debe hacerle feliz verte corriendo todo el día, no salís, estás cansada, sin tiempo para arreglarte...

-Mi mamá siempre se ocupó de mí, ahora yo tengo que cuidarla.

-Te quiero, pero así no puedo seguir, cuando decidas cambiar esta situación avísame.

A veces Alcira recuperaba su lucidez:

-Hija, gracias por todo lo que hacés por mí.

-Dale, vieja.

-Pero ya está, basta, llevame a un lugar donde me cuiden.

-¿Qué pasa? ¿No estás bien acá?

-Mirá nena, yo quiero que tengas tu propia vida, no podés volver del trabajo y encerrarte acá conmigo, no salís, a Hernán hace semanas que no lo ves.

-Vos te sacrificaste por nosotros.

-Sí, para que tuvieran una buena vida y no esto.

-Pero, mamá...

-Hija, cada vez voy a necesitar más cuidados... -después de decir esto enmudeció y su mirada se fue hacía la pantalla de la televisión.

A veces Lucía entristecía, demasiadas obligaciones. Durante años fue testigo de cómo a Alcira, la vida se le escapaba mansamente del cuerpo. Sus ojos claros se movían inquietos, recorrían rostros y objetos como si los descubriera en ese instante. Las palabras eran mudos movimientos en sus labios. Una caricia debía ser un roce suave, la piel parecía lastimarse hasta del contacto con el aire. Era difícil para ella reconocer a su madre en esa mujer, tan difícil como para Alcira recordar a su hija.

Ahora, Alcira no necesita que la cuiden más. No existen para ella ni dichas ni infortunios. Su cuerpo agotado dijo basta.

Ahora, Lucía ha vuelto a mirarse en los espejos, a veces reconoce en su imagen algunos rasgos de Alcira como el cabello ondeado, los ojos claros y la fuerza en la mirada. Escucha el sonido del timbre, sabe que es Hernán, presurosa toma las llaves, apaga la luz y va a su encuentro.



Cuento Extranjero

Entrenamiento para morir

Autor: José Gabriel Velasco Fernández

-Mira, hermana, parece que mueve los labios... bueno... la parte de la boca con vida...

-¿De manera que tengo media cara muerta? Entiendo.

-Así está, Andrea. Desde ayer que llegué al sanatorio pienso que me oye en determinados momentos, luego cierra los ojos... el ojo... y duerme. Ojalá tuviera la certeza de que nota nuestra presencia. Qué bueno que llegaste, entre las dos quizá podamos hacerlo reaccionar. Quisiera que le hablaras.

-¿Papá, papá? Soy Carolina, tu hija. Por favor contesta en alguna forma... por favor...

-¡Oh, querida no te esfuerces!; este dolor que se esconde me duele más por no dolerme; te oigo y no deseo contestarte: ¡estoy tan cansado! No duermo, cariño, sólo reposo. Debo permanecer callado para evitar que piensen que estoy sufriendo físicamente. No es así. En realidad, aún no comprendo cómo fue posible que esto sucediera. Debiera reconstruir el pasado. Quizá la mejor manera sea como si estuviera escribiendo un relato sobre lo ocurrido a un personaje imaginario. ¿Cómo contaría esta historia? Tal vez empezaría por el principio (aun cuando me disgustan las estructuras lineales progresivas). Pero... ¿Cuál es el inicio? ¿acaso el instante en que se me escabulleron los argumentos? Sí, ése es. Recuerdo que el fin de mi última novela había producido un hueco y tenía que rellenarlo de alguna manera. Me dije: "La muerte no admite duda, sin embargo ¡qué poco conocemos de ella y de sus minutos previos. Deberíamos entrenarnos para morir". Decidí dedicar el tiempo a prepararme

para la jornada final. “Así disfrutaré mejor cuando la circunstancia llegue”. Vaticinaba que el proceso de la expiración sería placentero: un parpadeo intenso, voluptuoso, toda una existencia resumida en el clímax de la agonía. Dante susurró a mi oído: “Os llama el cielo y en rededor os gira para mostraros su belleza eterna”. Estuve convencido de que el túnel que conduce a los “delicados pastos” de Dios posee gloria. Una duda se presentó al planear la forma de llevar a cabo idea tan loca. Entonces me aconsejé: “lo primero es no comentar con nadie; lo segundo, hallar un procedimiento adecuado (algo que dure, que tenga vastedad). ¿Un suicidio con rescate de último segundo? Tal vez desangrarme hasta casi... no... muy peligroso”. La solución llegó de manera inesperada: Carolina tenía encendida la televisión y vi en la pantalla a un paracaidista que describía las experiencias de su primer lanzamiento. Me interesé.

“El peligro -decía el novato- es un vino que embriaga hasta perder la noción del yo. La sensación de caída se relaciona con el abandono a lo irremediable. Ahí estás, solo, enfrentando un porvenir inmediato con rasgos de muerte. Imposible retractarte... no hay marcha atrás...”

La voz interna que suele aconsejarme se entrometió: “un camino pertinente, sin duda. Si, sí, sí. ¡Lánzate en un paracaídas! Pero prepara todo con inteligencia”. La memoria trajo el título de una novela de Ray Bradbury: “La Muerte es un Asunto Solitario” y estuve de acuerdo con el mensaje. Establecí contacto con la sociedad de paracaidismo. No les aclaré mis reales intenciones y fue difícil persuadirlos. Dije: “Toda mi vida soñé con un salto de esta naturaleza, sólo uno, no quiero morir sin tal sensación. El ex presidente americano George Bush lo hizo ¿por qué yo no?” Me explicaron que la bajada produce cambios de presión violentos que exigen trabajo al aparato circulatorio; entre más edad, mayor ocurrencia de fallas biológicas. La oposición aumentó cuando pedí que se me permitiera saltar sin acompañante. Firmé documentos de autorización y también declaraciones legales que los eximían de culpa; tuve que presentar los resultados de estudios clínicos en los que, por supuesto, hice trampa. Aceptaron y me sujeté a ensayos. Las clases teóricas fueron aburridas.

Llegó el gran día, mis neuronas se endurecían como músculos de bailarina. Un hecho reveló su cara optimista: la presencia del instructor (quien no vendría conmigo por los aires), poco alteraba la soledad.

“¡Ahora!”, dijo.

Y el piso del avión se convirtió en hoyo.

Había resuelto dejarme ir en picada, la pérdida de piso debía corresponder a una sensación en el estómago igual a la que genera la montaña rusa. Mi seguridad personal se esfumaría para adentrarse en la duda, en la sensualidad de lo desconocido: el peligro tenía que llenar mi espacio. Todo ello se presentó, no lo niego, pero levemente, sin alterar demasiado. Fue un pobre sentimiento que escondía la detección de la lujuria de la muerte. Algo así como bajar en un elevador. El suelo se hallaba tan lejano que semejaba una foto. Instintivamente separé los brazos para configurar una cruz y me coloqué boca abajo. Recibí la violenta caricia del viento unida a un empuje que trocó la impresión de descenso por la opuesta, es decir, por la de levantamiento; igual que un impulso de mi cuerpo hacia arriba. Los sentidos se poblaron de alborozo, me hallaba suspendido en un colchón de vitalidad. El propósito de palpar la excitación de morir no se produjo, al contrario. Me invadió el gusto de formar parte de los seres vivientes. La energía del soplo vital me entraba por borbotones, a cascadas de aire. El deleite anticipado se ubicó muy lejos de mi percepción, se había transformado en otro, hermoso, intenso, diferente. Grité: “No descubrí el método de conocer el umbral de la eternidad, atrapé un secreto mejor: ¡ahora sé cómo tocar el perfil de la vida!” Se olvidaron los consejos de accionar pronto el paracaídas (con objeto de evitar el choque de los cambios barométricos). Quise seguir y seguir para que la experiencia se hiciera vieja mientras yo recuperaba juventud. El altímetro me miró enojado y tuve que halar de la cuerda. El brusco tirón hacia arriba terminó el sueño, no el regocijo. Luego de llegar al piso, me deshice del paracaídas. Mientras esperaba al helicóptero no pude evitar la ejecución de saltos de gacela jubilosa. “Qué bello mundo... qué bello mundo...”

Sentí un golpe en la cabeza (nada importante), la luz se volvió negrura y aparecieron imágenes en rápida sucesión: pasto, una bota, luces de lámparas en el techo, la cara con tapabocas del médico... Finalmente, tú, Carolina, llorando.

*

-¿Ya tiene usted un pronóstico, doctor?

-Sí, y no es bueno.

-Dígalo sin atenuantes, mi hermana y yo soportaremos la verdad.

-El daño cerebral fue de carácter masivo, jamás volverá a hablar.

-¿Está próxima la muerte?

-No, lo más probable es que su estado actual perdure.

-¿Cuánto?

-Meses, quizás años.

*

¿Adviertes, imbécil, que alcanzaste la meta?: el entrenamiento para tu muerte será largo... muy largo...



Cuento Extranjero

El legado del abuelo

Autora: Estela Victoria Tamer Nader

Bajo el tupido parral de la quinta dos manos huesudas, temblorosas, mecen el sillón de hamaca. Se aferran a él con la misma fuerza que a esa, su tierra.

De su Italia natal había llegado muy joven, con apenas veinte años. Traía de equipaje una valija paradójicamente liviana de pertenencias, pero cargada de sueños. Hizo todo lo que sabía hacer y lo que no aprendió.

Abrió surcos en la tierra... y mientras dejaba caer en ellos las semillas iba sembrando sus ilusiones. Así pudo comprar un pedazo de tierra en este país.

El tiempo se encargó de poner hitos en su vida. Apareció Carmen, la mujer que compartiría todos sus desvelos. Luego el nacimiento de sus hijos.

Carmen se aproxima al sillón. Lo observa - ¡qué viejo y agobiado está con su enfermedad! Le llama la atención verlo tan quieto y, dulcemente, le dice:

- ¿Estás durmiendo, viejo?

- ¿Desde cuándo en esta casa, se duerme hasta las diez de la mañana?

- ¿Y, qué estás haciendo inmóvil con los ojos cerrados.? ¿Acaso estás meditando?

- No, estoy leyendo.

-Viejo querido, ¿me quieres tomar el pelo? Te conozco tan bien. En toda la vida lo único que leíste fueron los diarios y de ellos las noticias sociales y económicas. Siempre decías que esto era suficiente para estar bien informado.

Don Antonio, un tanto agitado, le responde: - no me dejaste terminar. Estoy leyendo, en silencio, el libro de mi vida.

-¡Qué misterioso estás hoy! todavía parece que sigues durmiendo o, mejor, soñando.

-¿Soñando dijiste? Creo que esa es la verdadera palabra.

¿Recuerdas, Carmen, el nacimiento de nuestro primer hijo? Mariano, el hijo que satisfacía mi orgullo de hombre. Luego María del Carmen, nuestra niña adorada

-Tengo presente los árboles que pusiste en la finca con el nacimiento de ellos. Con Mariano, elegiste un álamo. Él debía crecer con fuerza por dentro y por fuera al igual que el árbol. Por la niña, María del Carmen, elegiste el naranjo porque sus azahares llenarían de belleza y aroma el ambiente.

Luego, las ausencias empezaron a pesar, pero vos, me tranquilizabas:- son jóvenes, tienen ansias de volar.

-No te pongas nostálgico, viejo. El médico te pidió que descanses

-¡Carmen querida! ¡Tantos años juntos! ¿Y todavía no me conoces de verdad? Ven, arrima una silla, hay una idea en mi cabeza que no me deja descansar. Busco un final para la historia de mi vida, algo que me permita morir en paz.

- ¡No sé por qué hablas así, Antonio!. Tu vida es un ejemplo de honradez y de trabajo que a cualquiera llenaría de orgullo, ¿o, acaso, no te sientes feliz con tu familia.?

- Es lo que más quiero. Por eso deseo dejarles algo a mis nietos que les sirva de ejemplo.

-¿Por qué a tus nietos ?

-Porque ellos saben de mis sacrificios y quiero que aprendan a valorarlo. Escucha con atención. Por ahora nadie debe saber nada de esto. Confío en tu silencio y complicidad. Se trata de tres pequeñas cajitas que dejé guardadas en un cofre en nuestro dormitorio. En cada una de ellas hay una carta y un presente para mis nietos. Quiero dejarles algo valioso.

- Sinceramente, ésta debe ser otra de “tus locas ideas”.

Una mañana, Antonio no se levantó. El sillón debajo del parral dejó de mecerse, Después de los funerales, la abuela recordó la promesa hecha a su esposo y entregó a cada nieto la cajita y la respectiva carta.

Los tres jóvenes ya habían estado especulando sobre la herencia que les dejaría el abuelo, Se miraron. La sorpresa era tan grande que no podían articular palabra alguna. Pasados unos segundos, el mayor rompió ese silencio tan tenso.

- Si el abuelo quiso hacernos una broma hubiera buscado otra cosa.

La abuela, con los ojos llenos de lágrimas, intervino. – El abuelo Antonio sabía de antemano que ustedes, aunque son muy inteligentes, no descubrirían el significado de lo que contenía cada caja, por eso les dejó también una carta.

Carlos, el mayor, se sentó debajo del parral, lugar preferido del abuelo para empezar a leer su carta:

“Querido nieto, no te reprocho que te sorprendas o más aun te rías por lo que contiene tu caja.¡ Para ti debe ser algo tan insignificante!...¿Alguna vez pensaste en la fuerza de la herencia? Ella siempre está presente en los seres vivos. El contenido de tu cajita es

un vástago que se siente orgulloso de sus progenitores. A su debido tiempo puede echar raíces y conservar en su savia el ímpetu de sus ascendientes”.

El otro nieto, Fernando, bajo la sombra de un limonero, leía y releía su carta sin comprender nada.

“¿Sabes por qué, Fernando, te dejé esto que tanto te sorprende? Porque es sinónimo de vida y vos sos eso, cabecita loca. Es siembra de amor. Es belleza en el campo, es cosecha de sueños, de esperanza que proclama cómo nace la vida.” Fernando sostenía con cara de asombro la espiga de trigo entre sus manos.

Marta, la única nieta mujer, sentada cerca de la abuela miraba el contenido de su caja y leía emocionada hasta las lágrimas el mensaje que encerraba esas letras grandes y desparejas de su querido abuelo, mientras miraba una y otra vez la bolsita amarronada.

“Nieta de mi alma, te regalo un cofre de vida, silencioso, pero no por ello incapaz de reaccionar cuando la aventura del hombre la destruye o daña. Si aprendes a comunicarte con ella es muy sensible y te gratificará a manos llenas. Cuídala, como yo la cuidé, y enséñales a tus hermanos que si ellos te ayudan a conservarla nuestra familia siempre seguirá unida...”

Cuando los tres jóvenes volvieron a reunirse, sus rostros tenían otra expresión. Ya no se reían del legado del abuelo, por el contrario se unieron para armar el rompecabezas ideado por don Antonio con tan sólo tres piezas.

Algo más quiso decirles. Intrigados por descifrar el mensaje decidieron buscar en cada carta las palabras que les parecían claves. En silencio, cada uno indagó en sus cartas las palabras que servirían para descubrir esa incógnita del abuelo.

Marta eligió **cofre de vida, unidos, gratificación**; Carlos, **fuerza de la herencia, echar raíces**. Fernando, por su parte, **vida, siembra de amor, cosecha de sueños, esperanza**.

Ahora nos queda relacionar palabras y objetos. Cada uno tenía en sus cajitas el regalo del abuelo. Un objeto vacío de importancia si no lograban descifrar el significado. Fernando miraba y remiraba su espiga

Marta, acariciaba su bolsita de tierra con los sentimientos puestos en el abuelo mientras Carlos observaba una rama de planta de vid, un vástago, un sarmiento mudo. Los nietos tomados de la mano creyeron encontrar la punta del ovillo que les aclarara el sentido del mensaje del abuelo.

Entre todos intentemos nuevamente una explicación

-Para vos Fernando, ¿que te dice la espiga?

Pienso en lo que siempre me decía: no quisiera nietos irresponsables. Con la espiga se hace la harina y con la harina el pan, es como decirme trabajá y estudiá para ganarte el pan, si quieres triunfar en la vida.

¿Qué significa ese vástago según vos, Carlos? Que cuidemos esta tierra y los parrales que tanto quería el abuelo, así seguirán aquí y sus ramas jóvenes podrán llevar esa herencia, de la cual él nos hablaba, a otras tierras para repetir una y mil veces el milagro de la vida.

En cuanto a vos, Marta nieta querida como siempre te decía ¿por qué la tierra? Porque la tierra era todo para él: Ilusiones, sueños, realidades. Las plantas que en la finca hay eran su orgullo. Allí estaba guardada la fuerza de la herencia de la que tanto hablaba y no lo entendíamos.

La abuela Carmen que hasta ahora estaba en silencio, los ayudó a completar el recado que el abuelo les dejó: - “Creo que el abuelo en la simplicidad de su lenguaje quiso decirles que si hay espigas hay harina y pan caliente en la mesa familiar y si a la tierra la cuidan, como él quería a las plantas de su querida finca seguirán brindando

su sombra cuando se encuentren en este refugio de paz y de amor. Con una leve sonrisa y mirando al cielo exclamó: ¡ahora sí, Antonio tu historia tiene el final que tanto deseabas.



Cuento Extranjero

Genialidad

Autor: Manuel Guillermo Carvajal Díaz

Por algún tiempo Horacio estuvo asistiendo como voluntario durante las mañanas de los domingos a un albergue para ancianos desamparados. Los motivos que lo llevaron a tomar esa decisión fueron dos, por una parte para hacer en la práctica algo de lo que enunciaba en teoría de cómo él interpretaba el amor al prójimo a la vez que como un ejercicio para cultivar la humildad.

Se trataba de un albergue regentado por las hermanas carmelitas y financiado con exiguos fondos del estado y donaciones privadas en el que habían reclusos ochenta y cuatro ancianos entre hombres y mujeres y seis monjas que velaban por ellos.

Las monjas hacían una labor titánica para atender a los viejitos en las condiciones más dignas posibles con los escasos recursos de que disponían, al punto de que en ocasiones literalmente se quedaban sin comer para hacer alcanzar la poca comida que había entre los ancianos. No obstante, a pesar de su abnegación los trataban con dureza, argumentando que eran como niños grandes que necesitaban disciplina, lo que infundía en los ancianos un temor natural a ser censurados. Muchos de ellos eran enfermos y requerían atención especial pero no había un médico ni una enfermera y cuando era necesario eran remitidos a un hospital de caridad. Los más sanos ayudaban a las monjas con los más enfermos y en ese propósito de entreayuda deambulaban por la vida, monjas y ancianos esperando la muerte.

Algunos de ellos tenían familias que los habían recluso allí, para deshacerse de ellos cuando habían dejado de ser productivos o para despojarlos y beneficiarse de sus patrimonios y en la mayoría de los

casos para liberarse de una carga cuando se habían convertido en un estorbo. La mecánica habitual era que cuando los recluían sus familias aportaban con alguna ayuda económica para conseguir que fueran recibidos y los visitaban un momento los domingos, pero siempre con el tiempo el olvido se imponía y no volvían ni a ayudar ni a visitarlos.

También había los desposeídos que no tenían familia pero que por fortuna habían tenido la oportunidad de ser recibidos por las monjas, que nunca le cerraban la puerta a nadie que lo necesitara. Cuando Horacio fue por primera vez, invitado por un grupo de voluntarios para prestar ese servicio de solidaridad, lo que más lo impresionó, no fue ver a los enfermos que no se podían levantar de sus camas y hacían sus necesidades fisiológicas en las sabanas y tenían el cuerpo lleno de llagas producidas por no poderse levantar de la cama, ni los que no podían comer porque por su tráquea no pasaba bocado y textualmente esperaban a morir por inanición. Los que inmediatamente capturaron su atención fueron los que los domingos a partir de las nueve de la mañana, trataban de terminar con prisa sus responsabilidades y a la hora en que oficialmente comenzaban las visitas, estaban rondando el área de la entrada principal y que siempre que sonaba la puerta esperaban con ansiedad que se tratara de sus familiares.

En realidad su comportamiento era muy similar al de los niños que esperan recibir un premio con una sonrisa, que es borrada por la desilusión que les producía descubrir cada vez, que la visita no era para ellos. Lo curioso era que el grupo de los que siempre esperaban que alguien los fuera a visitar estaba conformado tanto por los que habían sido internados por sus familiares como por otros de los que habían llegado solos al asilo y que no tenían a nadie que los pudiera visitar.

A criterio de Horacio la peor enfermedad que se sufría en ese claustro era la soledad y el abandono a que irremediamente eran sometidos los ancianos como una de las peores manifestaciones de miseria humana.

Las obligaciones de Horacio durante las seis horas que asistía al asilo, eran ayudar a la higiene de un grupo de enfermos que no

se podían levantar de sus camas y colaborar en la repartición del almuerzo que los días domingo no lo recibía cada uno en una bandeja por una ventana que comunicaba el comedor con la cocina sino que se lo servían en la mesa, poniéndole especial atención por darles a cada uno una ración extra de lo que les gustaba más.

Después de que comían había que limpiar las mesas y dejar lavado todo lo de la cocina y la vajilla que habían usado y trapeado el piso del comedor y la cocina. No obstante Horacio se autoimpuso cuando terminaba en la cocina, la tarea de dedicarles un tiempo para conversar con ellos, preguntarles cómo estaban y tratar de darles algo de atención.

Un día se interesó en Gerardo un pequeño anciano que siempre se aislaba y se acercó para ver lo que hacía en un cuaderno. Cuando se acercó Horacio, Gerardo instintivamente cerró el cuaderno y prestó atención a lo que Horacio le decía. Él le habló por un rato para tratar de ganar su confianza y descubrió que mientras le hablaba, Gerardo le miraba fijamente la boca y cuando emitió algunos sonidos guturales concluyó que era sordo mudo, lo que posteriormente fue confirmado por uno de los voluntarios.

Horacio se quedó conversando con el anciano, como si ignorara su condición física, emulando una conversación y prestando mucha atención a los inaudibles sonidos, como si en verdad estuvieran manteniendo un diálogo. De pronto Gerardo mirando para todos los lados, como para asegurarse que nadie lo viera le extendió su cuaderno a Horacio quien empezó a hojearlo y con asombro encontró que la mayoría de las hojas estaban llenas línea tras línea, de unos minúsculos garabatos dibujados en trazos horizontales enlazados entre sí como si se tratara de letra convencional imitando caligrafía manuscrita, con un preciosismo, orden y limpieza propios de un artista. Cada línea comenzaba en el principio mismo de la hoja y terminaba en el filo externo para dar paso a la siguiente, sin dejar el menor espacio libre a ninguno de los lados. Cuando las hojas se miraban a cierta distancia, daba la impresión de que efectivamente estaban escritas en letra muy minuciosa y si se aumentaba la distancia parecía una trama uniforme. Solo faltaban las últimas cuatro hojas por llenar. Gerardo vio el interés con que Horacio observó detenidamente cada una de

las páginas, como si en realidad estuviera leyendo lo que allí decía y cuando hubo terminado mantuvieron una «larga conversación» al respecto, que se prolongó hasta que terminó la hora de las visitas.

La semana siguiente tan pronto llegó Horacio al albergue, le salió Gerardo al paso y le hizo señas de que lo siguiera. Lo condujo hasta la pequeña capilla en la que no había nadie a esa hora, siempre mirando para atrás tratando de asegurarse que no los habían visto, se acercó a un improvisado confesionario que por años no se utilizaba y de debajo de la tabla donde se sienta el cura, sacó una gran bolsa plástica y con orgullo se la entregó a Horacio. Algo confundido Horacio la recibió y a instancias de Gerardo la abrió para inspeccionar su contenido. Horacio soltó una exclamación de asombro cuando comprobó que los treinta y dos cuadernos que contenía el pesado paquete, estaban totalmente dibujados, incluidas sus pastas tanto exterior como interiormente con los mismos diminutos garabatos, al igual que el cuaderno que le había confiado Gerardo la semana anterior.

El anciano no solo era sordo mudo, sino además analfabeto. No sabía leer ni escribir. Horacio se sentó en una banca de la capilla y empezó a ojear uno por uno los cuadernos, mientras se le iban las lágrimas. Ese domingo no cumplió con sus responsabilidades habituales y Gerardo no se presentó tampoco al almuerzo. A simple vista se hubieran podido interpretar esas lágrimas como de compasión, pero algo muy diferente estaba pasando por su mente. Pensó en que ninguna limitación ni física ni intelectual podía refrenar el torrente de las emociones que hay en el interior de algunas personas para expresarse y que el no saber leer ni escribir, no podrían ser obstáculos suficientes que impidieran que fluyeran como un caudal y que el resultado de ello fuera la más bella obra maestra.

Supo que en esos treinta y dos cuadernos estaban plasmadas todas las emociones, vivencias, alegrías y tristezas, frustraciones, realizaciones, afectos y desamores que Gerardo pudiera concebir. Sentía que tenía ante sí una de las más hermosas manifestaciones de la literatura universal, que no podía ser catalogada como tal, por la sencilla razón de que no había sobre la faz de la tierra persona alguna que la pudiera entender, quizás a excepción del mismo Gerardo.

Se trataba de la obra maestra más efímera, que nunca se podría convertir en patrimonio literario para la humanidad.



Cuento Extranjero

Un lugar para ser feliz

Autora: Susana Gianfrancisco

Como todos los marzos de los últimos años, la señorita Rita, directora de la escuela primaria San Martín, vio llegar al anciano al establecimiento. Caminaba despacio por la vereda, arrastrando una silla, que en el pasado debió ser un mueble de buen lustre y gran solidez. Hoy, tenía gastada la madera en la parte inferior de las patas traseras, por el roce con las asperezas del suelo, el color se había desteñido y la esterilla del asiento estaba reparada de manera precaria. Pero a donde fuera el anciano, la llevaba con él.

La directora se había sorprendido la primera vez que esto sucedió. Era el día de inicio de clases, y la escuela estaba llena de risas y juegos, matizada con el llanto de algún pequeño en su debut escolar. Cuando fue a cerrar el portón de entrada, para comenzar las actividades, vio entrar a don Juan, con su silla a cuestas.

Estaba peinado con esmero, aunque algunos rebeldes cabellos grises se desordenaran un poco en la coronilla. Tenía puesta una camisa blanca, que seguro había sido más blanca en otros tiempos, bien abotonada hasta el cuello. Los pantalones grises con aspecto de nuevos, le quedaban un poco cortos, dejando ver gran parte de las medias. Completaba su atuendo con unas gastadas, pero limpias, zapatillas azules.

Las numerosas horas de estudio y resolución de distintas situaciones problemáticas con los niños y docentes, le sirvieron a la directora para tratar de enfrentar esta novedad con buen tino. Se acercó afectuosamente al anciano y lo saludó en tono de voz fuerte, ya que sabía de la incipiente sordera de don Juan. Le preguntó sobre sus hijos y su nieto, a lo que respondió – Bien-. La directora no

lograba que le contestara las preguntas ¿Qué necesita don Juan? ¿A qué vino a la escuela?

Con una amplia sonrisa, que mostraba la perfección de la prótesis, siguió su camino por el pasillo, con la silla a cuestas. Miraba, desde la puerta, el interior de cada aula por la que pasaba. Cuando llegó a la de primer grado B, se detuvo un buen rato en la entrada, observando los muebles y las láminas coloridas en las paredes. Caminó hacia la primera fila de pequeños pupitres, hizo un lugar para su silla y se sentó.

La directora, que observaba la escena, pensó – Por suerte los niños aún están en el izamiento. Tengo que convencerlo de que se retire-. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no lo logró. Sabía que tratar con un anciano era similar a tratar con un niño, por lo que se impuso paciencia. Hoy lo dejaría y seguramente se iría en un rato. Se preocupación se centró en avisar a la maestra y advertir a los niños del grado, de la inesperada visita.

Pero el anciano no se fue. La maestra informó cómo se desarrollaron las actividades al final de la jornada. Don Juan tenía un cuaderno y un lápiz, en el que hacía garabatos, cada vez que los niños hacían la tarea en los suyos. Nunca había hablado, siempre había sido respetuoso con todos, y para admiración de la maestra, no había dejado su lugar en los recreos, ni había visitado los sanitarios. Para los niños, era un abuelo que los acompañaba en el aula.

Cuando llegó el segundo día de clases y, en horario, se presentó don Juan en la escuela, arrastrando su asiento; los alumnos lo vieron con naturalidad, incluso corrieron un poco los pupitres para dejar lugar a la silla. La señorita Rita y las maestras no sabían cómo manejar la situación.

Para tratar el caso, en la escuela se formó una comisión, donde participaban también algunos padres. La primera tarea encomendada fue hablar con los hijos del anciano. Ellos desconocían la situación que se les informaba y prometieron hablar con su padre para solucionar el conflicto. Pero, expresaron sus dudas que les hiciera algún caso, ya que siempre les repetía que los padres son los que

mandan y los hijos obedecen. Además, sabían que su padre estaba senil.

La preocupación de la directora y las maestras, era que la Supervisión Escolar se enterara de la anómala situación y las sancionaran, o en el peor de los casos, cerraran la escuela, pensamiento que atormentaba a la señorita Rita. Pero, siguieron pasando los días sin novedades de castigo. Poco a poco, empezó a desaparecer la preocupación del claustro docente.

Y así, con ese tácito pacto de la comunidad educativa de la escuela San Martín, pasó el primer año lectivo, y el segundo, y los subsiguientes. Hace cinco años que don Juan, y su silla, son alumnos de primer grado B. Sigue haciendo garabatos en el cuaderno, que cada año es más grande, trae cartuchera con lápices de colores y su sonrisa imborrable en el rostro.



XXVI
Concurso Literario de
Personas Mayores
— 2017 —

XXVI

Concurso Literario de Personas Mayores

— 2017 —

“Ana María Arias Calderón”

Esta edición fue dedicada a la señora Ana María Arias Calderón por su participación activa como persona adulta mayor durante varios años con AGECO en la comunidad de Heredia, por su conocimiento y experiencia en el trabajo con personas mayores, así como su destacada labor en el mundo literario.

Los géneros para participar en la **modalidad nacional** fueron:

1. Cuento (tema libre)
2. Poesía (tema libre).
3. Cuento Infantil (tema libre).
4. Relato de experiencias: “Mi derecho a la participación como persona adulta mayor”.

En la **modalidad extranjera** el género para participar fue: Poesía.

La cantidad de participantes este año fue de 141 personas mayores de 60 años o más, entre ellas 96 nacionales y 45 del extranjero, para un total de 166 obras, ya que algunas personas nacionales participaron con dos obras.

Las personas participantes en el extranjero fueron de Argentina, Chile, Colombia, Cuba, Uruguay, España, Estados Unidos, México e Italia.

Jurado calificador

Floria Jiménez Díaz

Licenciada en Filología y Lingüística Española de la Universidad de Costa Rica. Trabajó en el CIDE de la Universidad Nacional de Heredia por más de veinticinco años como formadora de formadores en las áreas de Lenguaje, Literatura Infantil y Expresión Creadora. Es Catedrática de esa casa de estudios y fue candidata para Profesora Emérita. Doctorado Honoris Causa Litterarium Cultrix en el 2019 por la Universidad Católica de Costa Rica en donde trabaja actualmente.

Ocupó la presidencia de la Comisión Nacional para la Defensa del Idioma Español y Lenguas Aborígenes. (2002-2004).

Premio Carmen Lyra de poesía (1976-2004-2007). También ha recibido el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 1978 entre otros.

Ha publicado más de veinte libros de literatura para niños y obras didácticas. Muchos de sus textos aparecen en libros extranjeros y su libro *Tres cocodrilas del cocodrilar* fue incluido en el 2006 por la Secretaría de Educación Pública de México en la colección de lecturas obligatorias del nivel preescolar.

Ani Brenes Herrera

Maestra de vocación, madre, abuela y escritora alajuelense de cuentos, poesías y canciones para niños de todas las edades. Imparte talleres y charlas a estudiantes, docentes y universitarios, dentro y fuera del país; actividad que disfruta plenamente como parte de su intención de rescatar el sentimiento, la palabra y el papel de la literatura en las actividades cotidianas.

Ha participado en proyectos sobre el mejoramiento del léxico en estudiantes de educación primaria en el Instituto de Investigaciones Educativas (INIE) de la Universidad de Costa Rica, y ha sido miembro

del Consejo Editor de la revista Umbral del Colegio de Licenciados y Profesores. Tiene a su cargo la Sección de Pedagogía de la revista Magisterio desde el año 2000 y colabora con proyectos del Ministerio de Educación y de Cultura en el tema de la promoción de la lectura con estudiantes de primaria y secundaria.

Actualmente, forma parte de la Comisión alajuelense de defensa del idioma, de la Asociación Costarricense de Escritoras (ACE) y de la Asociación Costarricense Consejo de Lectura.

Sus trabajos están presentes en diversas antologías, nacionales e internacionales, y en sus libros de cuento y poesía de las diferentes editoriales del país.

Luis Enrique Arce Navarro

Educador, poeta y escritor oriundo de San Isidro de El General Premio Nacional de Educación Mauro Fernández Acuña 1999.

Desempeñó puestos docentes y administrativos del MEP y la Universidad Nacional, Sede Brunca. Regidor municipal de Pérez Zeledón (1994-2002). Miembro del Comité de Educación y del Consejo de Administración de Coopealianza RL (1992-1994) Directivo del Consejo de la Editorial Costa Rica (2009-2012) del cual fue Presidente en dos períodos consecutivos. Ha sido Jurado -entre otros- del Concurso Carmen Lyra de la Editorial Costa Rica, del Premio Nacional de Cultura Magón (2012) y de los Premios Nacional de Literatura Aquileo J. Echevarría (2016). Ha publicado varios libros con la ECR y la EUNED, además con editoriales privadas. Sus artículos y ensayos han aparecido en distintos diarios nacionales, en revistas costarricenses e internacionales.

Resumen de obras ganadoras

CUENTO

- 1** ▶ **La petición**
Lugar Escrito por: Víctor Manuel Arguedas Ramírez
- 2** ▶ **El grito que quedó atrapado en una boca de hierro**
Lugar Escrito por: Olga Marta Mesén Sequeira
- 3** ▶ **Mi querido y fiel negrito**
Lugar Escrito por: Olga Madriz Mezerville
- * ▶ **El milagro de la puerta angosta**
Mención de Honor Escrito por: Ricardo Arroyo Hidalgo

POESÍA

- 1** ▶ **Madre Tierra**
Lugar Escrito por: Francisco Javier Pérez Hidalgo
- 2** ▶ **Si miramos atrás**
Lugar Escrito por: Jorge Eduardo Grané del Castillo
- 3** ▶ **Por mi camino**
Lugar Escrito por: María Teresa Pereira García
- * ▶ **Y la noche...**
Mención de Honor Escrito por: José Francisco Quirós Mena

LITERATURA INFANTIL

- 1** ▶ **Duendes en el bosque**
Lugar Escrito por: Ivo Hilje Quirós
- 2** ▶ **La avispa que quería conocer al presidente de la República de Costa Rica**
Lugar Escrito por: José Rafael Fuentes Fuentes
- 3** ▶ **Bolita**
Lugar Escrito por: Marta María Hernández Mendoza

RELATO DE EXPERIENCIAS

- 1**
Lugar ▶ **Mi derecho a la participación como persona adulta mayor**
Escrito por: Albám Brenes Chacón
- 2**
Lugar ▶ **Pinceladas del recuerdo**
Escrito por: Marta María Hernández Mendoza
- 3**
Lugar ▶ **Aprendiendo a envejecer**
Escrito por: Rafael Abarca Jiménez
- *
Mención de Honor ▶ **Mi derecho a la participación como persona adulta mayor**
Escrito por: Gladys Elizabeth Trigueros Umaña

Resumen de obras ganadoras extranjeras

POESÍA

- 1**
Lugar ▶ **Oda al neutrino**
Escrito por: Leonardo Aragón Marín
País de origen: España
- 2**
Lugar ▶ **Como la vida. Igual. Como la muerte.**
Escrito por: Delia Esther Fernández Cabo
País de origen: Uruguay
- 3**
Lugar ▶ **Inviernos, delirios pasajeros**
Escrito por: Mayra Dumpierre Matamoros
País de origen: Cuba
- *
Mención de Honor ▶ **Mi amiga la cebolla**
Escrito por: Gregorio Apablaza Fuentealba
País de origen: Chile

Obras Ganadoras

Cuento

La petición

Autor: Víctor Manuel Arguedas Ramírez

A las ocho de la noche del domingo, en la calle que rodeaban aquella humilde casa, hacía rato habían dejado de transitar los carros. A esa hora, dentro de la sencilla y deteriorada vivienda de Toñito – edificada con paredes de bahareque y techos de tejas- solo se oía el rumor de las voces y las risas que proveían del parque central de la ciudad. El leve ruido se colaba por las rendijas de los maltrechos marcos de las ventanas. En el parque, situado a pocas cuadras del hogar de aquel niño, la fiesta del día feriado no se acababa antes de las diez.

Mauricio, el padre, quien era delegado, ojeroso y que lucía una temprana calvicie, hacía lo posible por conseguir que su hijo Toñito, de tan solo seis años de edad, por fin decidiera dormirse. En el estrecho cuarto, sentados sobre la cama, la conversación giraba alrededor del tema más importante en aquella familia.

-*España Cañí*, papi. Te lo he dicho mil veces –respondía Toñito, ante la pregunta sobre la pieza musical que le gustaba oír en los conciertos de la banda militar. En este grupo su padre era el percusionista principal- Pero..., creo que me gusta más *Barras y Estrellas* –continuaba el chiquillo- ¡En esa sí que te luces, papi! –y reía, sabiendo que el sutil piropo ponía en órbita a su padre.

-Pero entonces, de ser así, debería gustarte más el arreglo de *Patrulla americana* –le replicaba el nombre tal y como si hablara con otro adulto-. ¡En esa pieza sí que me luzco de verdad!-y se carcajeaba, cosquilleando al niño antes de continuar-: Pero bueno, a dormir chamaco, porque hay que trabajar mañana. Toñito se enderezó con dificultad y besó a su padre en la mejilla; luego, volvió

su cara hacia la puerta del cuartito, mientras decía con una suave voz:

-Buenas noches, mami.

Desde la reducida cocina de la casa, de la que a esas horas aún salía el olor de la olla de carne –eterno plato de los domingos en aquel sencillo hogar-, se escuchó la dulce voz de Carmencita, la madre del niño:

-Que pases buenas noches, amor. Y que los angelitos te acompañen.

Mauricio, además de músico en la banda militar, trabaja en una venta de verduras del mercado citadino. De esa manera mantenía su hogar sin sobresaltos económicos. Pero, su mayor interés era el de ensayar entre semana y tocar en los conciertos domingueros, bajo la mirada de adoración de su hijo. Por Toñito, el humilde hombre había abandonado el vicio del alcohol; y luchando por vencer las dificultades de la pobreza, nunca faltaba a ninguno de sus dos trabajos.

Toñito, único hijo, era muy bajo para su edad. La delgadez de su cuerpo y la palidez de su cara denotaban alguna anomalía en su crecimiento. Sin embargo, todos lo achacaban a la herencia paterna: Mauricio también había sido enfermizo en su niñez. Pese a todo, los padres del infante solo se preocupaban de verdad cuando éste les decía que le dolía el estómago, que sentía mareos y que estaba a punto de vomitar. En esos momentos la pareja corría hacia el hospital de la ciudad, en donde siempre lograban sacar al pequeño de aquellas agudas crisis.

En los últimos meses, los angustiados esposos tuvieron que hacer carreras cada vez con mayor frecuencia. Pero los doctores no daban aún con el diagnóstico para el mal de Toñito; solamente sabían que era algo delicado. Por lo tanto, las explicaciones para la afligida pareja nunca fueron claras ni reconfortantes.

Debido a sus males, Toñito no asistía a la misa de tropa de los domingos en la que su padre tocaba el redoblante con la banda

militar. Carmencita, pensando en que su hijo no podía soportar la extensa ceremonia por causa de su enfermedad, prefería llevarlo directamente a la salida del templo, cuando el grupo musical iniciaba la marcha hacia el quiosco en donde ofrecían el tradicional concierto. En aquel lugar, el niño buscaba a su padre entre los elegantes uniformes y los quepis de color caqui. Una vez localizado, Toñito lo saludaba lleno de su infantil entusiasmo y, con un movimiento de su pequeña mano, le indicaba que lo seguiría viendo en el templete del parque. Hinchido de orgullo Mauricio asentía con su cabeza y, poseído por un nuevo impulso, aumentaba la fuerza de los golpes sobre el redoblante.

Con un programa preparado por don Eduardo –el eterno Director–, el concierto iniciaba invariablemente con el pasodoble *España Cañí*. Luego seguía con algunos boleros, piezas de música clásica y composiciones de autores como Miller y Sousa. Al finalizar, los músicos regresaban en formación para dirigirse al edificio municipal, interpretando al mismo tiempo la marcha de *Barras y Estrellas*. Con esta pieza se le ponía punto final a la agradable velada. Hacía mucho tiempo que don Eduardo no realizaba cambios en aquella rutina.

Carmencita tenía por costumbre esperar a que el grupo musical tomara posición en el quiosco, y sentaba a Toñito en la banqueta desde la cual pudiera observar claramente a su padre. Por último, con una señal en la mano, la mujer le indicaba a su esposo que vigilara al niño, y se retiraba tranquila para la casa.

Al finalizar el concierto, cuando los músicos caminaban con paso marcial hacia el edificio de la Municipalidad –siempre bajo las vigorosas notas de *Barras y Estrellas*–, Toñito, con su pálida carita, se agarraba del pantalón de su padre y también marchaba junto a él. El niño no se perdía ni uno solo de los rápidos movimientos de las manos de su progenitor, cuando éstas golpeaban el redoblante con los palillos de madera. En esos momentos, Mauricio aprovechaba para desplegar toda su habilidad en el manejo de bullicioso tamborcillo. Eran instantes mágicos en aquella relación, y era fácil advertir que cada uno de los dos vivía por el otro. Alguna vez Toñito le confesó a su padre que cuando caminaba a su lado, oyendo de cerquita las notas de la fuerte marcha de Sousa, su corazón se

le quería salir del pecho y le era imposible disimular una que otra lagrimilla.

Desdichadamente, la tarde gris de un domingo de invierno, Toñito falleció en el hospital de la ciudad. Los médicos declararon que su muerte había sido causada por una leucemia aguda, enfermedad de la que aún no se conocía un tratamiento eficaz en el país. La última de las angustiosas carreras de sus padres hacia el sanatorio, había sido en la madrugada de ese mismo día.

Por razones obvias, esta fue, hasta esa amarga fecha, la única vez que Mauricio se ausentó para el recital de la mañana. Las personas que asistieron comentaron acerca de lo deslucido de aquel concierto, porque el sustituto del principal percusionista no tenía, ni por asomo, la misma habilidad que éste. Pese a todo, nadie se interesó en averiguar el por qué de la ausencia del sobresaliente tamborilero.

Dos meses después del funeral de Toñito, antes del ensayo semanal, un entristecido Mauricio habló con don Eduardo, el afable Director de la banda.

–¿En qué puedo ayudarte, amigo? –le preguntó el cariñoso hombre, sin dejar de abrazar a su afligido compañero.

–Es que quiero pedirle un favor muy grande, don Eduardo, pero no sé cómo decirlo –contestó Mauricio con una voz que relataba todo su abatimiento.

–¡Entonces, solamente dímelos y ya! –dijo el director, aflojando su abrazo al percibir en aquellos ojos llorosos la desesperanza de su colega.

Tomaron asiento en sillas contiguas y el jefe lo dejó hablar.

–Bueno, que conste que se lo advertí, don Eduardo, porque es un favor muy grande –recalcó Mauricio retorciendo las manos y dirigiéndole una lastimera mirada de incertidumbre-. Quisiera pedirle que cambie el programa de los conciertos, porque si no... tendría que retirarme de la banda. Me he esforzado mucho, se lo juro, pero

cada vez que tocamos *España Cañí* me confundo, y mi corazón se quiebra cuando recuerdo a mi hijo acostado en la estrecha cajita...

Don Eduardo tragó saliva. Algo le dijo que era mejor seguir callado.

-Pero es peor cuando tocamos *Barras y Estrellas*, Jefe... ¡Viera qué difícil!... -agregó el infortunado a punto de romperse. Sin embargo, haciendo un gran esfuerzo continuó-: Ahí es cuando siento la mano de Toñito agarrada al pantalón de mi uniforme... y..., le juro que me cuesta mucho sobreponerme...

En ese preciso momento Mauricio cubrió la cara con sus manos, y sacudido por repetidos espasmos, empezó a sollozar como si fuera un niño.



Cuento

El grito que quedó atrapado en una boca de hierro

Autora: Olga Marta Mesén Sequeira

Había llegado a la venta de antigüedades después de pasar de mano en mano y haber recorrido un largo camino. Los años que llevaba encima se evidenciaban en mi cuerpo, carcomido por la lepra de la herrumbre y en la madera de la agarradera, agrietada y seca como una tierra agostada por la sequía. Pero mi forma seguía estando intacta y mi boca seguía tan abierta como el primer día, como si con ese gesto quisiera manifestar que seguía estando viva, que todavía tenía algo que decir, aunque no estaba muy segura de que pudiera ser escuchada. Hacía mucho tiempo que quería encontrar el momento adecuado para contar mi historia, pero tenía muchas dudas de que tal cosa fuera posible. De lo que sí tenía certeza era que, en cualquier momento, algún coleccionista me llevaría a su casa, me sacudiría el polvo acumulado y me colocaría, como un trofeo de guerra, en algún rincón de la sala junto a otros objetos, tan antiguos como yo.

En la venta de antigüedades siempre había un bullicio bastante inusitado. Era como una corriente de vientos contrapuestos. Por una puerta entraban oferentes a los que no les interesaba tener en sus casas objetos que consideraban inservibles. Por la otra, llegaban clientes en busca de piezas viejas; cuanto más viejas, más apetecibles éramos. ¡Es curioso ese capricho por lo antiguo! ¿Qué es lo que tenemos las “antigüedades” que algunos nos desechan tan pronto como pueden y otros, en cambio, están dispuestos a pagar montones de dinero? Esto sí es un verdadero enigma.

Un día de invierno en el que caía y caía una lluvia necia desde tempranas horas de la madrugada, el propietario de la venta de antigüedades pensó que era imposible que alguien se atreviera a

desafiar el clima y decidió no abrir el establecimiento, a la espera de un mejor ambiente. Con el silencio interior del negocio, salpicado monótonamente por la persistente lluvia, llegó el momento que esperaba. Y por eso estoy aquí, en estas páginas, contando mi historia.

Cuando me llevaron, recién importada del extranjero, a aquella casa alejada de la capital, rodeada de verdor y de unas montañas que se podían tocar con las manos, me ubicaron en un oscuro e insignificante rincón, donde también había un balde viejo, con el fondo agujereado por el tiempo, que me esperaba repleto de carbón de leña recién comprado. Según me enteré, los dueños de la casa habían decidido dar un paso hacia la modernidad y sustituir unas viejas planchas de hierro, que se calentaban acercándolas al fuego, por mí, la nueva moda: las planchas de carbón.

El día que llegué a aquella casa, que sería por muchísimos años mi nuevo hogar, todos los niños y también los adultos tuvieron que ver conmigo. Me examinaron detenidamente, me movían la palanca que servía para asegurar la tapa; revisaban mi interior: el espacio destinado al carbón; se asomaban por mi misteriosa boca diseñada para la salida de casi imperceptibles volutas de humo, esperando que saliera de aquella caverna alguna curiosidad; circulaban el índice por mis labios, menos toscos que el resto de mi cuerpo; tocaban mi corto cuello, como queriendo alargarlo; metían el dedo por el agujero trasero, mi pequeño culillo de doble función, pues servía para facilitar la entrada del aire para que el fuego no se extinguiera y para limpiarme la ceniza que se apilaba como un rimero de desechos volcánicos; me pasaban la mano por mi base brillante destinada a alisar la ropa, aunque comentaban que, antes de usarme, debía ser “curada” con cera de candela y un trozo de ladrillo de barro, que era necesario pasar y pasar muchas veces hasta que la superficie quedara tan luminosa como un campo de azogue. En fin, fue un día que yo llamaría de “presentación en sociedad” y de conocimiento ante quienes me iban a considerar como un objeto inseparable de sus vidas. Yo iba a ser un apoyo esencial en los días de fiesta, porque sin mí no podrían lucir sus trajes bien alisados y los “quiebres” rectos y únicos de pantalones y chaquetas como lo pedía la norma social no escrita, pero conocida de todo el mundo. Los uniformes de la

escuela serían de ahí en adelante otra cosa. Los paletones de las faldas, los cuellos y mangas de las camisas, los pañuelos, los pequeños pantalones, tendrían mi marca indeleble.

La madre les asignó a los varones la tarea de pulir y abrillantar mi cara como si fuera para una gran fiesta. Todos se peleaban por tener parte en la labor y, finalmente, me dejaron como una novia. Mi superficie pulida y radiante y la agarradera de madera rojiza, cuidadosamente laqueada, contrastaban con lo bronco y rudo del resto de mi cuerpo, cuya piel de un color negro opaco, estaba cubierta de una fina e irregular porosidad.

Una tarde calurosa y dorada por el sol, comencé mi trabajo en aquella casa campesina que llegué a querer, sin que nadie lo supiera jamás. Me colocaron en una base de metal, un trozo de hierro que consiguieron en algún almacén, para que mi calor no quemara la mesa de aplanchar, acolchada con capas y capas de manta gruesa; acercaron el balde del carbón que me debía comer sin descanso para mantener mi cuerpo con energía y poder sacar la tarea: dejar muy alisada la montaña de ropa limpia que desbordaba de una canasta grande de mimbre.

Correspondió a la madre estrenar el utensilio. Como estaba habituada a las de hierro, al principio titubeó un poco, porque yo, como un caballo impaciente para una carrera, me salía de sus manos; pero ella, con la destreza acumulada en su intensa vida y los muchos desafíos siempre superados, salió rápidamente del trance y dominó la situación. Yo me sentía muy a gusto; estaba a mis anchas deslizándome, como una patinadora olímpica, por aquellas prendas engomadas, previamente rociadas con agua. La madre me pasó con cuidado por los pantalones y camisas más grandes y por las prendas que requerían una atención especial, por ser las que llamaban de “dominguear”. Pero una vez terminada su parte, llamó a su hija mayor, de escasos once años, y le pidió que la relevara en el trabajo; yo no podía protestar ni rebelarme ante aquello que consideraba una injusticia, un atropello, pues de mi boca solo salían intermitentes volutas de humo; mi alma de hierro caliente no podía estar de acuerdo, pero, aunque hubiera hablado, nadie conocía mi lenguaje y no me hubieran entendido.

Sin embargo, llevo clavada en mi tosca memoria de hierro, mordida por el tiempo, la imagen de aquella niña enclenque, con su peinado de trenzas sin lazo, subida en una banqueta, que ese primer día y muchos otros, me deslizó, como si fuese un trineo, por una cantidad interminable de faldas, pantalones, blusas, pañuelos, ropa interior hecha de manta y hasta limpiones de cocina. Quería oponerme, pero la niña pronto me dominó. Se notaba que estaba habituada al trabajo duro. La vida es ingrata y reparte de manera desigual sus bienes y oportunidades y las mujeres, aquí y en otras partes del mundo, sin distinguos de edad, han tenido que librar una dura batalla, todavía no concluida. Yo también soy de sexo femenino y las entiendo; por eso, mientras espero que un coleccionista de antigüedades me lleve a su casa como si fuese un premio ganado en una competencia, quiero gritar y gritar, a voz en cuello, que no fui pensada para que ninguna niña de aquí o de allá, de antes o de ahora, deje su infancia alisando montañas de ropa. Tal vez este alarido nadie lo escuche; tal vez en el rincón de la casa donde deba vivir el resto de mi vida sean indiferentes a la historia que guarda mi dura alma de hierro oxidado; aun así, mantendré mi boca abierta, como aquella pintura del noruego Edvard Munch, para que, quienes me vean junto a otros trastos viejos, acerquen sus oídos porque tengo algo importante que decirles. Ustedes ya lo saben.



Cuento

Mi querido y fiel negrito

Autora: Olga Madriz Mezerville

Nunca podré olvidar el día en que llegaste a mi casa. ¿Te acuerdas? Yo estaba pasando un mal momento en mi vida. Me acababa de divorciar y mis hijos habían volado del nido para irse a estudiar. Y tú, a pesar de que eras muy joven, venías de vivir también situaciones familiares muy difíciles. Tú creías que tu madre no te quería y te sentías por ella rechazado. Pero estabas muy lejos de la verdad. Por lo mucho que te amaba, había preferido que te separaran de ella, ya que no podía llenar tus necesidades básicas de techo y comida, por ser muchos en la familia. Ante panoramas tan conmovedores, nuestra amiga común, Sibile, pensó que los dos nos necesitábamos. Podríamos ayudarnos, ser buenos amigos y acompañarnos.

No sé cuál de los dos estaba más asustado por este encuentro. Si tú, cargado de traumas y con una apariencia de furia que inspiraba horror o yo, que no estaba muy convencida de que tú eras lo que más necesitaba en ese momento. Siempre me había considerado una persona madura y sin prejuicios. Y, ahora tenía ante mis ojos a un joven desconocido, de raza y además negro. ¿Estaría haciendo lo correcto al echarme encima semejante responsabilidad? Me asaltaban las dudas. Sentía temor.

Pero conforme transcurría el tiempo e íbamos perdiendo el miedo nos fuimos acercando uno al otro. Tu adaptación fue muy rápida, y fuiste cambiando tu aspecto de enojo, por una apariencia dulce, llena de ternura. Estabas tan ávido de comodidades, buena alimentación, y sobre todo, tan necesitado de cariño, que cuando encontraste todo eso a mi lado, te convertiste en el ser más agradecido y el más fiel y celoso amigo. Un día llegó a mi casa una persona que me había hecho mucho mal, y a la cual tú no conocías. Quien sabe

que vibraciones sentiste a mi alrededor, que cuando se acercó a saludarme, tú lo agrediste por la espalda muy molesto, creyendo que me iba hacer daño. ¿Te acuerdas? Desde ese día esa persona tuvo más respeto y nunca volvió a sentir que podía entrar y salir “como perro por su casa”.

Tenías muchas virtudes, pero también varios defectos. Eras un joven inmensamente desordenado. Cuando yo tenía algunas actividades en la casa y quería que todo luciera perfecto, tú en vez de ayudarme te encargabas de causar problemas. Te lo pedí ocho veces. Te regañé, dieciséis. Te amonesté, veinticuatro. Te amenacé, treinta y dos, y al final, al ver que no ponías nada de tu parte, perdí la paciencia. Fue cuando decidí mandarte a vivir a la finca de unos amigos, ya que no querías colaborar para que nuestro convivir se facilitara. Cuando mis amigos llegaron por ti, te diste cuenta que mis amenazas no eran “puro cuento”. Te resististe a subir a su carro y corriste a refugiarte en tu cuarto, de donde no saliste hasta que las visitas hubieron partido. Después de ese día, cada vez que percibías preparativos de algún evento en mi casa, muy sumisamente te recluías en tu habitación. Si te sentías que podías ser sociable un rato, salías por unos minutos, saludabas y luego, calladamente volvías a desaparecer.

A mi lado creciste y alcanzaste tu juventud, y arrastrado por ella te volviste un gran parrandero. Claro que yo comprendía que era “cosas de la edad” y que había que tenerte paciencia. ¿Recuerdas cuando llegaron los nuevos vecinos al barrio y tú y Sascha se hicieron grandes amigos? ¡Qué escapadas se dieron juntos! ¡Cuántas quejas recibí de las tonterías que hacían en sus recorridos diurnos y también, en sus juergas nocturnas! Y, había que ver en qué condiciones físicas regresaban de dichas andanzas. De una de esas “saliditas”, durante la cual, quien sabe porquería ingeriste, volviste con una mortal intoxicación. Estuviste varias horas en estado de coma. Te llevé a la clínica y la doctora que te atendió, después de varias inyecciones y lavados estomacales, no me daba ninguna esperanza. Nada te hacía reaccionar. En este momento me di cuenta de lo que significabas para mí y de lo mucho que te quería. Me acosté entonces a tu lado y te dije al oído cuanto sentía lo que te estaba ocurriendo, y que de ninguna manera iba a permitir que te murieras y que me dejas sola

de nuevo. Mojó un gran trozo de algodón y empecé a darte gotas de agua por la rígida comisura de tu boca. Medio abriste un ojo al sentir el contacto del agua fría. Al mismo tiempo, sonó a lo lejos un fuerte trueno, pues era invierno, y reaccionaste ante el miedo que ellos te producían. Me di cuenta que te estaban respondiendo algunos signos vitales. Te di más y más agua, hasta que no te cupo ni una gota de más. Y tanta fue el agua que bebiste que te provocó varias bocanadas de vómito que casi te volvieron el estómago al revés. Te mantuvieron dos días más en dieta líquida y en observación, y al tercero, te dieron de alta. Sascha y yo nos alegramos mucho cuando te tuvimos de regreso en casa.

Durante los años sucesivos, no hubo problema alguno entre nosotros dos.

Los lazos que nos reunían eran más fuertes que nuestras diferencias de edad y de color de piel. Nuestra convivencia fue muy armoniosa. Tú me alegrabas el espíritu, me mantenías ocupada y eras muy buen compañero. Yo te di, además del cariño, una cierta educación y muy buena alimentación. Eras un negrito guapo y saludable.

Todo hubiera podido seguir así si no hubiera sido por tu falta de juicio en tus noches de parranda. Durante una de ellas, tuviste aquel fatal accidente. Un chofer ebrio, como muchos que deambulan irresponsablemente por nuestras calles, te asestó aquel fuerte golpe en tu pierna del que no lograste recuperarte jamás. Primero renqueaste por la quebradura, luego por el quiste que se te formó. Al final, la cadera se te desmontó. Cada día te era más difícil ponerte de pie y cada día era más fuerte también el dolor. Sasha no se separaba de tu lado más que en los ratos en que de su casa, lo llamaban a comer. Demostró ser un amigo verdadero.

Tu mirada triste me decía que era muy grande tu sufrimiento pero estabas dispuesto a soportarlo todo con tal de que yo no quedara sola de nuevo. Después de siete meses de mucho padecer, te llevé una vez más donde el médico. Te examinó minuciosamente, como siempre lo hacía. Tomándome del brazo me sacó de la sala al pasadizo y muy seriamente me dijo; "No hay nada más que yo pueda hacer por él. Le recomiendo que le apliquemos una inyección para

acelerarle un final digno y sobre todo, sin dolor. Pero lo dejo a su discreción”

Yo di, ahí mismo, mi consentimiento sintiendo una puñalada en mi corazón. Siempre había aprobado esa técnica cuando de ella se hablaba, mientras se trataba de enfermos terminales. Pero que difícil se me hacía aceptar que tú, mi Negrito querido, eras quien necesitaba ahora ese alivio. La eterna lucha moral entre saber fríamente la teoría y tener que llevarla dolorosamente a cabo en la práctica en alguien querido.

Con mis ojos de lágrimas, acaricié tu negra cabeza, agradeciéndote en susurros el cariño y lealtad que me brindaste y el haber sido tan maravilloso compañero durante todos los años que estuvieron juntos. Mientras tanto, el líquido te iba haciendo efecto. Te fuiste quedando, quedando, hasta que te dormiste.

Guardo de ti, mi Negrito, los más bellos recuerdos en mi alma, y en una gaveta de mi escritorio, tu foto, tu medalla y un carnet de salud de cuando llegaste a mi casa, que dice:

Nombre: Bensson.

Edad: Nueve meses

Raza Canina: Doberman

Color: Negro

Vacunas: Completas



Cuento

El milagro de la puerta angosta

Autor: Ricardo Arroyo Hidalgo

Don Jorge tenía ya casi veinte años de casado con su esposa Rosibel. Tenían una pareja de hijos encantadores: Julia y Roberto. La relación entre ambos cónyuges era bastante buena, excepto que tenían un pequeño gran problema: la madre de Rosibel, o sea, la suegra de Jorge, una señora por cierto muy voluminosa, era aún más voluminosa en asuntos de "metichidad", es decir, era muy metiche. Ella quería decidir cuántos hijos debería tener su hija, cómo se llamarían, en qué escuela deberían estudiar, quería escogerles la ropa, etc. Además, quería disponer cómo manejar los asuntos de la casa de su hija: dónde colocar los muebles, qué marca de café deberían tomar, qué programas de televisión deberían ver, y así todo. Don Jorge venía trague que trague todos estos años, pero por el amor que le tenía a su esposa y a sus hijos, prefería morderse los labios y guardar silencio.

La casa en que vivían era pequeña y vieja, la había construido el abuelo de Jorge hacía ya muchos años. Julia entraría a la universidad en pocos meses, y Roberto lo haría un año después. Así que decidieron que era el momento de hacer casa nueva, desde luego, un poco más amplia.

Jorge tuvo una idea que consideró genial: al construir la nueva casa, dejaría la puerta de entrada tan angosta, que no pudiera entrar su suegra, que como ya hemos dicho, era bien gordita. Pero al consultarlo con su mujer, a ésta no le pareció una feliz idea, pues a todas luces, era una grosería para su querida mamacita. Pero con tal de salvar su matrimonio, que ya estaba entrando en crisis, accedió.

Doña Estrella, que así se llamaba la famosa suegra, haría un viaje a los Estados Unidos, y estaría allá por varios meses, lo que aprovecharían para hacer la casa a su gusto y no al de ella.

Efectivamente, hicieron la casa con la puerta de entrada muy angosta, y como ellos eran todos muy delgados, no tendrían problemas para entrar o salir. La puerta que comunicaba la cochera con la cocina, también quedó muy angosta, de manera que la pobre suegra se quedaría fuera de todas maneras. Claro que don Jorge dejó una puerta secreta más amplia, que comunicaba la cochera con el resto de la casa, para así poder entrar muebles o cosas grandes, u otras personas gorditas, siempre que no tuvieran las costumbres “suegriles”. Para que esta puerta quedara invisible, colocaron al frente cuanto chunche viejo había en la cochera. Todo se hizo con el mayor sigilo para que no se enterara doña Estrella, pues de lo contrario, se dejaría venir de emergencia desde la “Yunai”.

Cuando regresó la señora, lo primero que hizo fue visitar a su hija al día siguiente, pero, ¡oh sorpresa!, o mejor dicho ¡oh sorpresas!, porque eran dos. Primera: estaban estrenando casa. Segunda: no podía entrar. Se puso furiosa. Su hija trató de calmarla y convencerla de que todo había sido un error en los planos de la casa, y que ya nada se podía hacer, pues se echaría a perder la construcción. Además, Rosibel se comprometió a visitarla lo más a menudo posible. Doña Estrella no quedó convencida, y juró que volvería y entraría.

Pues bien, como era mujer de armas tomar, decidió ponerse a dieta estricta y hacer ejercicio. Dos días después, estaba metida en un gimnasio, siguiendo las instrucciones al pie de la letra. Poco tiempo después fue a la casa de su hija y tomó las medidas del marco de la puerta y se pagó a hacer una réplica. Con ese marco de puerta ensayaba casi todos los días, esperando el día en que pudiera atravesarlo.

Mientras tanto, don Jorge había tenido un accidente en su carro, y tenía ambas piernas quebradas. Pasaba el tiempo acostado en un sillón, leyendo o viendo televisión, y por la depresión y ansiedad que su condición le producía, comía como descosido, en especial,

comida chatarra, helados y golosinas. El hombre se estaba poniendo como un oso.

Doña Estrella, por su parte, seguía haciendo lo imposible por cruzar la réplica del marco de puerta, hasta que un día lo logró. Al día siguiente estaba en la casa de su hija, quien se quedó boquiabierta al verla llegar. Casi no la conocía, estaba tan delgada, y claro, le caían los pellejos por los brazos y el cuello, pues todavía su piel no se acomodaba.

-Yo te dije que volvería y entraría, dijo doña Estrella con aires de triunfo. Jorge quiso simular una sonrisa cuando la vio, pero más bien le salió una mueca de espanto, como si hubiera visto al mismo diablo. Después de saludarla, inventó un pretexto para salir de la casa. Pensó caminar una cuadra hasta el parque, y ahí sentado, esperar la hora en que se marchara su suegra. Tomó las muletas, pero cuando quiso salir, esta vez el sorprendido fue él. Había engordado tanto, que no pasaba por la puerta. Por un instante pensó salir por la puerta secreta, pero la suegra se enteraría y él se metería en un lío peor. El tiro le había salido por la culata; tuvo que aguantarse a su querida suegrita toda la tarde.

Ahora su situación era peor que antes. Su suegra podía entrar y salir cuando quisiera, sin ningún problema, y él estaba atrapado en su propia casa sin poder salir. A veces la vida nos hace trampa, pensaba Jorge, o como dice la canción: "La vida nos da sorpresas".

Doña Estrella, por su parte, estaba muy entusiasmada con la bajada de peso, y comenzó a practicar ciclismo para mantenerse en forma. Y no fue cuento, poco después formó un equipo femenino de ciclismo, y comenzaron a competir. Curiosamente, aquel equipo estaba formado por señoras que habían tenido sobrepeso, y lo habían vencido. Y otra particularidad: todas eran suegras.

El entusiasmo por el ciclismo, hizo cambiar totalmente la conducta de doña Estrella, pues ya casi no tenía tiempo para meterse en vidas ajenas. Jorge tuvo que someterse también a una dieta estricta, y cuando estuvo bien de las quebraduras, hacía bicicleta estacionaria,

hasta sentirse “plumita”, como decimos en Costa Rica. Había recobrado su talla normal, y ya podía pasar por la puerta sin dificultad.

Con el tiempo fue limando asperezas con su suegra, la cual haciendo honor a su nombre, había llegado a ser la estrella del equipo. Y como a la estrella de un equipo de ciclismo masculino le decimos el capo, podríamos decir que doña Estrella era la capa del suyo. Tan buena amistad hicieron, que a veces la acompañaba en sus entrenamientos, junto con su esposa y sus hijos. Y hasta le ayudó a conseguir financiamiento para aquel equipo de ciclismo, ya famoso, que había adoptado el nombre de Bicisuegras.

Todo había derivado de una idea un tanto descabellada de don Jorge. Los dos habían aprendido la lección. Doña Estrella no se volvió a meter en la vida ajena, y don Jorge aprendió que, efectivamente, a veces nos sale el tiro por la culata, y como decía mi abuela: “por mala piocha”.

Pero esta historia tuvo un final feliz. Don Jorge terminó cambiando la puerta por una bien ancha, para que todos pudieran entrar cómodamente, cuando hacían fiestas familiares, suegra incluida. Total, decía, el cielo debe tener una puerta muy ancha para que todos podamos entrar.



Poesía

Madre Tierra

Autor: Francisco Javier Pérez Hidalgo

Surgió de la nada
en aquella noche de explosión celeste,
acompañada de una diáspora de estrellas,
mariposas blancas diseminadas en vuelo.

Redonda y diminuta
sintió oscuro temor
al escuchar el tañido de una campana
que la invitaba a encontrar su propia senda de luz.

Nos soñó en la opacidad del inmenso cosmos,
y fuimos uno, génesis en expansión
fluyendo en el frágil espacio sideral
donde el hombre concreta su destino.

Nos acurrucó junto a su seno,
fuimos sus hijos,
soñamos, flotamos y orbitamos
tan cerca, tan cerca de su corazón,
que a Dios percibimos en este abrazo.

Me duele, Madre, la inmensa noche
en que te redujimos a cenizas,
este apocalipsis de gas invernadero,
que te ahoga y enturbia los ojos.

Fuimos lobos esteparios,
arrasamos la piel de tus valles,
desarraigamos tus bosques.

El hacha, fue el único juicio justo
que se te concedió,
entre gemidos y soledades.

Ni siquiera se te dio una mortaja
para cubrir tu cuerpo
Arde el rostro de la Madre,
en cada pétalo, en cada flor,
en cada hijo intoxicado.

No trinan los pájaros.

Ni se escucha el chillar de los grillos.

Hemos roto el inefable,
hilo azul de tu manto
Hoy vengo a ungirte, Madre,
todavía hay esperanza.

Traigamos bálsamos y vendas,
cántaros de amor
unamos las manos,
para que entonces otra vez tu canto,
¡Madre Tierra!, ¡Nuestro hogar!



Poesía

Si miramos atrás

Autor: Jorge Eduardo Grané del Castillo

Si miramos atrás, verá, cada uno,
un álbum de recuerdos desteñidos
en descuidadas páginas:
la voz primera que nos dio la vida
y el dulce amor de la persona amada.

Si miramos atrás, la infancia vuelve
con angustias y alegres carcajadas
sin importarnos nada de la vida
sino vivirla pura y encantada.

Atrás están los besos primerizos,
las palabras que ya no dicen nada,
los encuentros fugaces y los otros
que nos dejaron cientos de esperanzas
Si miramos atrás, la vida empieza
cuando me tropecé con tu mirada
y los ángeles dijeron al oído:
tendremos hijos o seremos nada.

Todo fue un torbellino de experiencias
que, sin quererlo, se nos agolpaban.
¿qué es lo bueno y lo malo de la vida?
Todo es saber crecer sin deber nada.

Si miramos atrás, también veremos
las ansiedades que nos perturbaban
y que ahora, vencidas y lejanas
todavía sentimos que reclaman.

Ahora es tiempo de dar gracias a todo
lo que tuvo que ver en las jornadas
de lucha, de placer, de todo aquello
que nos hizo sentir que nada falta.

Si algo faltó, supimos remediarlo
sabiamente, o con dolor del alma,
pero siempre sabiendo que la vida
nos impulsa hacia el frente, hasta que para.

Le doy gracias a Dios por esta vida
que, viendo atrás, no nos privó de nada.

Tal vez no pude descifrar tus sueños
al no saber lo que de mí esperabas.

Si miramos atrás, solo veremos
la estela que dejamos en el alma
de aquellos que quisimos y queremos
y que, por eso, a su vez nos aman.



Poesía

Por mi camino

Autora: María Teresa Pereira García

Por mi camino, de pronto, miro la rosa...
Es bella, grande y diferente;
¡No se parece a las rosas de mi aldea!
Me inunda su perfume,
aspiro suavemente... y sigo mi camino.

De pronto... miro la rosa,
es parte de un rosal,
pero es bella, grande y diferente.
Es lozana como lo fue mi juventud,
lo miro con nostalgia, y sigo mi camino.

Y, de pronto... miro la rosa,
es bella, grande y diferente,
esconde sus espinas,
¡No está indefensa a pesar de su apariencia!
Sonrío con malicia y sigo mi camino.

Y de pronto... miro la rosa,
es bella, grande y diferente.
Tiene trece pétalos....
¡Es mi rosa!
La miro con amor... y sigo mi camino.

Y, de pronto, miro la rosa,
es bella, grande y diferente.
¡Brotan seis botones! Ya no está sola.
Me llena de emoción y sigo mi camino.
Y de pronto... miro la rosa,

su perfume distinto me conmueve,
ya no es tan bella.
¡Pero sigue siendo grande y diferente!
Aspiro cansada su perfume otoñal,
y sigo... muy despacio, mi camino



Poesía

Y la noche...

Autor: José Francisco Quirós Mena

Y la noche se vestía con los trapos
que dejó la tarde colgando del último arcoíris
Nada se me olvida, los recuerdos
navegan en el silencioso mar
de la memoria.

Miramos adentro del recuerdo
para reconocernos expectante
ante una realidad que se agota en la mirada,
mientras el grito se desparrama
sobre la hoja teñida
de silencios.

Amanecemos bajo el mismo cielo
la luna insinuada en la lejanía
con asombro de estrellas arañando.

El mismo sol entibia nuestros cuerpos
tendidos sobre sabanas lunares, lunáticas
y terriblemente extraños en este universo
de fango.

En la misma brisa
la que nos arrebató el vocablo
y los silencios
mientras el aliento se cuela
como bruma por entre los ojos.

El piso se mueve
y las rocas primigenias se rompen
como tul amanecido
entre dolores
y cuerpos masacrados.

Amanecemos
y en mitad de la calle un tumulto de gente
como un circo,
realiza maniobras de sobrevivencia
a un maniquí perverso
y sangrado.

Los ojos que contemplan el celaje
no son míos, ni tuyos, ni de ellos
y se parecen a otros ojos
que tampoco son de aquí
y no nos pertenecen.

¿Cuál rostro habré de contemplar mientras huyo
si la luna no tiene rostro,
ni cuerpo, solo alma, y sin embargo
parece que camina a nuestro lado
y como sombre nos sigue, inevitablemente,
a todas partes?

Amanecemos y el mar nos baña
con su espuma
y mientras las olas huyen
transformadas en duendes
arrebatan la salinidad a las gaviotas
dejando su plumas extendidas
cual celaje multicolor.

¡Oh arcoíris inconcluso en medio de los ojos!
Como el espejo que refleja irrealidades.

Como la simiente que se abraza a la roca sin esperanza
así amanecemos para continuar
por el camino que iniciamos

con arpegios y gorjeos
cicatrizando en nuestra herida.

No fornicamos en la noche blanca
ni en la soledad de una cama inconclusa;
teníamos un cansancio pegajoso
y amplio como la sombra de un árbol.

Y era la luna un coctel de murmullos
Y gemidos que escapaban de la copa
de los besos
con un asombro de espinas
que no caben en la mirada.

Afuera la lluvia lo mojaba todo
mientras el lodo entumecía los cristales
reflejados en los charcos luminosos.

Todo parecía oscuro, silencioso,
debajo de la cama donde escondía
mis temores.



Literatura infantil

Duendes en el bosque

Autor: Ivo Hilje Quirós

Con curiosidad miró la foto... La fantasía se hizo presente... Era la imagen de varias cepas de Sombrilla de Pobre, en un pequeño claro del bosque húmedo y frío...

Ahí viven los Duendes en el Bosque... ahí los he visto dormir, se dijo a sí mismo el pequeño Carlos. Sobre ellos siempre hay nubes verdes y pájaros que suenan flautas. Cerca de allí, hay un grupo de cañas de bambú entrelazadas, en las cuales se armoniza músicas similares a las del violín y el chelo, cuando el viento pasa entre sus ramas y las cañas se frotan unas con otras. Es una melodía eterna, de murmullos agudos y graves. Esa melodía natural deleita mucho al Duende Mayor. Es el gnomo que mejor conoce la Montaña, siempre conversa con ella y tienen el poder de curiosear con ella. La Montaña constantemente teme que un día la destruyan; en ese caso, la Vida desaparecerá. Por tal razón, a veces invoca a la niebla, para que oculte un poco las sendas y aparezca lo misterioso. “En la armonía y la vitalidad de la montaña el Espíritu debería encontrar la Felicidad”. ¿Qué piensas Carlitos?... le preguntó su amigo, el Duende Mayor.

Sí, respondió Carlitos, aquí todo es equilibrado y hermoso para vivir... ayer, en la tarde, vi un venado color café muy claro, casi gris. Tenía unos cuernos ramificados que desprendían luz; era el guía de un grupo de cinco ciervos más pequeños, a los cuales él, con el fulgor de sus pitones, daba iluminación a la vereda por donde caminaban. He visto, también, ranas de cristal transparentes, casi siempre están debajo de las Sombrillas de Pobre. Es el espacio más abrigado. La luz del sol no las alcanza directamente, porque temen que las pueda derretir.

He mirado unas pequeñas abejas. Se posan en las puntas de las ramas con flores amarillo naranja, las cuales dejan caer gotas de miel. Esa miel, me dijo el Duende, se debe libar si se desea alcanzar la Energía necesaria para ir a visitar la cueva de la Luz, arriba por la cumbre del Bosque. Para llegar a su entrada, el camino es largo, de pendiente irregular. Esa vía tiene repechos y bajadas notables. Sin embargo, los ramilletes de flores blancas dejan caer rocíos sobre los caminantes para ayudarlos a no sentir cansancio. Cuando faltaban mil noventa y tres metros para llegar a la entrada de la cueva, apareció un pájaro de treces colores, de cola muy larga, color azul tornasol. Se encarga de señalar dónde dar cada paso, donde colocar cada pie, son un silbido ligero, muy agudo. Pero no todos pueden oír ese sonido, solamente los elegidos por la Montaña lo escuchan y pueden seguir la ruta. Quienes no lo perciben, pierden el camino. Terminan por desistir de la aventura; luego, para justificarse, niegan que la cueva de Luz exista.

El Duende amigo ha enseñado mucho a Carlitos sobre los poderes de la Montaña. El muchacho escucha el sonido de los pájaros de los trece colores y continúa su viaje. Le ha recomendado, antes de iniciar el recorrido, guardar total silencio y respirar despacio, muy profundo, llenar hasta su máxima capacidad la cavidad pulmonar; luego, muy despacio expirar el aire, esperar uno segundos y volver a tomar el aire montañoso. Así, asegura el Duende, te sentirás muy descansado y tenue. El niño es obediente y la fuerza de la ilusión lo hace permanecer casi flotando en el aire.

Se oyen, de pronto, sonidos musicales. Es una armonía producida por el agua azulada cristalina, de un riachuelo, al chocar contra unas piedras blancas como el mármol con formas de tubo y de diferentes diámetros. La cadencia musical se origina por la correlación entre el calibre de las piedras, la fuerza y las vueltas que da el agua antes de chocar contra ellas. Es una melodía, a veces poco perceptible, otras más sonora. Al escucharla produce sueño, y sin notarlo, quien la escucha queda como dormido pero consciente. Es como una hipnosis que lo descansa; le permite suspenderse en el aire como en estado de levitación y así, por ese medio, se llega a la entrada de la cueva de la luz. Es enorme. La refulgencia es producida por un conjunto de rocas cristalinas de muchos tamaños, las cuales actúan

como prismas que descomponen la luz en varios rayos de colores. Hay azules, dorados, rosados, blancos, verdes, rubí, violeta, de diferente tonalidad y fuerza. Carlitos siente que su cuerpo absorbe Luz. Se siente descansado, en un estado de total armonía, cada cédula de su cuerpo recibe la fuerza de las luces y le ocasiona descanso y alegría. Ríe pero sin tener consciencia de lo que ocurre. Su cuerpo se vuelve muy elástico y liviano; tiene la sensación de que su organismo se ha enrumbado hacia lo inmaterial.

No sabe, Carlitos, cuánto tiempo ha pasado. De pronto comienza a escuchar, de nuevo, los sonidos musicales de las piedras al chocar el agua contra ellas. Él vuelve a estar al borde del arroyo claro. Reinicia el camino de regreso, guiado por el pájaro de trece colores. Repara, Carlos, en que los colores de esa ave son los mismos percibidos en las luces que salían de las piedras cristalinas en la Cueva; que se combinaron, entre ellos, para teñir al pájaro guía de los caminantes escogidos. Luego de un tiempo, no sabe cuánto, llega donde inició su viaje, el Bosque de las Sombrillas de Pobre, donde vuelve a percibir la fuerza y las aromas de la Montaña.

En cada cepa hay diez frontas desplegadas. Hay grandes, muy grandes, con diámetro de más de un metro; otras medianas, cada una tiene un peciolo rojizo. Todos los tallos salen de un solo vástago, miden hasta metro y medio de alto. Cada tallo tiene pelitos y, en el centro de todos, ahora, a su regreso, emergieron las flores mágicas, de color rosado rojizo, en forma de hisopo con cerdas gruesas. Las hebras son más largas en el segmento de abajo. Suben en disminución, en forma de pino. Lo mágico de las Flores consiste en proveer una miel que, cuando los Colibríes la liban, los convierte en invisibles, muy fuertes y pueden volar kilómetros sin ser vistos. Solamente el viento conoce su ruta, porque al ahitar las alas, los oye y puede seguirle su rumbo. Cuando el sol brilla fuerte y los pajarillos levantan vuelo, al pasar, se observa pequeños relámpagos intermitentes en movimiento.

Carlitos se despide de su aliado y guía, el Duende Mayor, quien promete que se hallarán de nuevo. Al levantar un poco la vista observa, entre los arbustos, las cabecitas de otros Duendes, son muchos ¿Por qué no los he visto antes? Se pregunta con sorpresa,

pero la respuesta llega cuando ve a otros gnomos que beben el zumo de las flores de las Sombrillas de Pobre. Recuerda que ese elixir tiene la potestad de quitar lo evidente a las cosas materiales.

Carlitos, lector ejemplar, a sus escasos diez años, según lo comenta, con cierto dejo de satisfacción, su maestra, está en la terraza de su casa. Una azotea llena de plantas que han sembrado y cuidan con esmero sus mayores. Colocado en una silla de mimbre, muy confortable, deja que su mente vuele sin ningún concierto. Súbitamente, introduce su mano diestra en la bolsa del pantalón corto, color beige; siente que sus dedos rozan algo muy ligero y aterciopelado. Extrae el objeto, es una pluma del pájaro de trece colores.



Literatura Infantil

La avispa que quería conocer al Presidente de la República de Costa Rica

Autor: José Rafael Fuentes Fuentes

La zona sur de Costa Rica es una región maravillosa. Está ubicada cerca de la frontera con Panamá. Para visitarla (de regiones del resto del país), existen dos vías en la actualidad. Se puede viajar por costanera sur o cruzando el legendario Cerro de la Muerte.

A pesar de estar en la parte sur del territorio costarricense, pertenece a la provincia de Puntarenas. Si se viaja por el Cerro de la Muerte, en cierta parte del trayecto, la carretera interamericana, va casi pegada al río más largo de Costa Rica, el Térraba. A unos pocos kilómetros del mar, la carretera se despide del caudaloso río, pasando el puente que lleva su mismo nombre. Muy cerca de la frontera con Panamá, se encuentran los cantones de Coto Brus, Golfito, y Corredores.

La avispa Primavera se enteró que el señor presidente de la república iba a realizar una gira por la región. Ella vivía en un panal con toda su familia y muchos parientes, amigos y amigas.

Estaba muy ilusionada por estar cerca de don Luis Guillermo Solís; pidió permiso a sus padres para ir y estar cerca del Presidente de su Nación. Los papás le preguntaron por su interés. Ella le contestó que le gustaba escuchar sus discursos, cuando se decía que Costa Rica era un país sin ejército, que tiene una mortalidad infantil muy baja, que todas las personas tienen derecho a la Educación, que existe la Caja Costarricense del Seguro Social, que las personas Adultas Mayores están bien protegidas, que somos el país más feliz del mundo y que después del año mil novecientos cuarenta y ocho, nuestra Expresidenta y nuestros Expresidentes han sido los mejores del mundo, porque ninguno se ha convertido en dictador.

Con aquellos argumentos Primavera convenció a sus papás. Sin embargo, sus progenitores le dieron una serie de recomendaciones.

Cuidado con el viento, trata de volar a favor del viento. Si llueve, debes de guarecerte de bajo de un árbol o en un lugar, donde no se te mojen las alas; si vas sobre la carretera, vuela más alto de los parabrisas de los buses y de los furgones, fíjate en el cableado eléctrico para que no vayas a quedar atrapada en un cable.

Si bajas a beber agua a un río, ten cuidado con las serpientes, las ranas y los sapos, porque pueden comerte. Sus padres le dieron el permiso y ella se fue tan rápido como pudo. Bajó a Coto Brus y llegó hasta Ciudad Neily. Desde la altura observó las caravanas de carros y la gente que se reunía para escuchar al Presidente.

Llegó el momento preciso, cuando don Luis Guillermo le hablaba al pueblo. Primavera se fue acercando emocionada, solo que sus papás le habían advertido que había que cuidarse cuando un Presidente estaba hablando.

Se acercó tanto, pero tanto, que en un momento estaba dentro de la boca del señor Presidente y escuchó aquella frase ¡Me la comí!; fueron instantes, ráfagas de tiempo. En este pequeño espacio, pudo recordar a un cacique Bri Bri, quien explicaba a los jóvenes de su tribu, que el ser humano reacciona instintivamente ante situaciones que le provocan sorpresa, miedo, inseguridad, curiosidad o emoción. Por ejemplo, les decía, si van a cazar un venado, tienen que saber esperar y estar tranquilos, porque el venado siempre hace el mismo recorrido. Si se impacienta, puede que no lo cacen. Si alguna vez, están con la boca abierta y se les mete una mosca u otro insecto, el ser humano reacciona a la velocidad del rayo, abriendo la boca y el insecto saldrá a gran velocidad guardando su integridad. Primavera aprovechó ese momento sorpresa del señor Presidente y salió en el momento en que él abrió la boca sin darse cuenta. Tampoco vieron los que estaban muy cerca, ni las cámaras enfocaron el momento en que la avispa se alejaba del lugar.

Gracias a Dios hacía mucho viento, el cual aprovechó la avispa Primavera para llegar a su hogar. El sol se ocultaba en las montañas

y la luna aparecía con curiosidad entre las primeras sombras de la noche. Su familia le esperaba con preocupación.

Ella llegó muy feliz porque había estado muy cerca del señor Presidente, tan cerca que por un momento estuvo en la boca del gobernante, pero pudo escapar, gracias al consejo del Cacique Bri Bri.

Días después circulaba la noticia por todo el mundo de que el presidente de Costa Rica se había comido una avispa. Mientras tanto, en los Cerros de Coto Brus, Primavera buscaba las flores para extraer su néctar.



Literatura Infantil

Bolita

Autora: Marta María Hernández Mendoza

Bolita es callejera, vive en una bodega hace mucho tiempo, se encuentra abandonada, la vida en la calle le ha enseñado mucho, le ha enseñado a ser muy lista, para poder sobrevivir.

Ahora como mamá primeriza de cuatro bellezas tiene que transmitirles esa sabiduría. Además de alimentos, ha permanecido todo este tiempo con ellos amamantándolos, limpiándolos, cuidándolos.

Hoy ha tenido que salir en busca de alimento porque ya lo necesitan, muy cerca hay un abastecimiento al que se dirige y entra con toda confianza “como perro por su casa”

Sin perder tiempo, llega directamente al pasillo donde están las bolsas con alimentos, coge una bolsa y sale corriendo a darles de comer a sus cachorritos. Hace lo mismo los siguientes días, pero ya el guarda está atento, porque la cámara de seguridad la tiene registrada.

Ese día no más entra y llega a coger la bolsa; pero aparece el guarda y bolita logra salir corriendo “patitas pa’ que te quiero”. Sin embargo, el guarda la sigue, y al llegar a la cobachita de bolita se encuentra con una escena muy tierna, situación que lo motiva para llevarla a su casa en donde la esperan sus hijas quienes son niñas muy amorosas.

La bautizan Bolita y le dan un nuevo hogar para ellas y sus cachorritos. Y en el barrio todos se acuerdan de ella porque además Bolita ya era famosa, había salido su fotografía, por todos los medios informáticos tomando el alimento para sus lindos críos.



Relato de Experiencias

Mi derecho a la participación como Persona Adulta Mayor

Autor: Albám Brenes Chacón

No recuerdo haber escuchado la expresión “adultos mayores” durante mi infancia. Se hablaba simplemente de “los viejos”, o los “ancianos”, y el calificativo se aplicaba a las personas muy viejas de mi familia o del vecindario.

Por supuesto, siendo yo un niño la aplicaba a todo el que tuviera más de 30 años. Pero más adelante, como adulto joven, a menudo la usé para referirme a quienes tenían la categoría de abuelos, sin importar mucho su edad en años, como mi madre, que se convirtió en abuela alrededor de sus 40 años.

Supongo que yo pensaba así porque todavía no se hablaba de los adultos mayores en términos tan concretos como los de ahora, definiéndolos mediante una cifra concreta: “toda persona con 65 años de edad o más”. Y no creo que en esa época se hablara muy en serio de crear alguna ley que protegiera ciertos derechos específicos para esta población. En la casa a lo sumo nos decían cosas como: “Hay que tener cortesía con los viejos... cederles el campo en el autobús... hablarles con respeto... etc.”

Hoy día soy legalmente un adulto mayor, un “Ciudadano de Oro”, pues hace al menos un lustro que sobrepasé la barrera de los 65 años. Y como tal, a menudo me descubro pensando en cuestiones relativas a mi edad actual, incluyendo la suerte de estar en un país y un momento histórico donde ya es corriente que a los adultos mayores se nos vea como personas dignas de consideración.

Todavía no estoy claro de cómo se llegó a esto. ¿Fue un cambio de actitud hacia los adultos mayores lo que evidenció la necesidad

de hacer la legislación que hoy existe, o fue la existencia de esa legislación la que propició el cambio de actitud?

Como sea, pienso que si mis abuelos vivieran, se sorprenderían de que ahora exista una ley especial que regula ciertas facilidades y derechos, que en su época ni siquiera les pasaban por la mente. Por supuesto, me refiero a la Ley Integral para la Persona Adulta Mayor, N° 7935.

Lo digo porque no dejo de sorprenderme de que en virtud de esa Ley tengamos derecho a tantas condiciones para mejorar nuestra calidad de vida. Como el derecho a tener un lugar donde vivir y disfrutar de alguna pensión o ayuda económica. A recibir atención médica. A tener posibilidades de aprender cosas nuevas. A disponer de sitios y medios de entretenimiento junto con mis coetáneos. A recibir atención preferencial en muchos lugares, incluyendo a veces pagar menos o no pagar del todo en ciertas cosas. Y como si fuera poco, el derecho a que se proteja nuestra integridad física, psíquica y moral, y se respete nuestra dignidad, valores, imagen, autonomía, o forma de pensar.

Por supuesto, habrá quien se queje de que esta Ley se queda corta, pero es un hecho que toda ley es perfectible, mejorable. Como también es un hecho que habrá que acumular experiencia con la ley actual para poder determinar qué aspectos deben ser modificados o ampliados.

En este sentido, quizás lo más importante sea entender y conservar el espíritu de esta Ley actual, pues a la vez que busca garantizar hechos o situaciones que siempre han sido parte de las necesidades de los adultos mayores, también incluye otras que antes ni siquiera eran vistas como derechos, como sería el caso de la protección a la integridad física, psíquica y moral.

Por eso es muy necesario que los mismos adultos mayores puedan conocer y familiarizarse con las tantas prerrogativas que ahora están disponibles para ayudarles a mejorar su calidad de vida.

Lo digo porque yo mismo, a ratos me veo reaccionando como lo haría mi abuelo en aquella época en que no había ni atisbos de los derechos o facilidades actuales.

Por ejemplo, todavía titubeo cuando voy a colocarme en la fila para adultos mayores que existen en bancos u otras oficinas públicas. Me cuesta preguntar en los negocios si existe algún descuento especial para los de mi edad. Aun no me atrevo a mostrarle mi cédula al chofer del autobús para poder viajar gratis, y me siento muy turbado cuando otro pasajero se levanta para cedermé su silla. Y lo peor de todo, ni se me ocurría acudir a las varias entidades (como AGECO), que ofrecen cursos o talleres interesantes para adultos mayores, y donde además de aprender se puede interactuar y socializar con los coetáneos.

No obstante, ahora sé que son reales todas esas facilidades y poco a poco trato de disfrutar más de ellas, a la vez que parafraseo la canción de Alberto Cortez diciendo: “qué suerte he tenido de nacer” y de vivir en esta época y lugar. Porque es que es tan grande el abanico de opciones para sentirme vivo, son tantas las cosas por hacer, que lo único que podría lamentar es que los años que tengo por delante sean muchos menos que los que tengo por detrás.

Sin embargo, sé que tampoco debo lamentarme por eso, porque entre las tantas enseñanzas que nos deja la experiencia, está aquella de que el tiempo siempre pasa rápido cuando estamos haciendo lo que nos gusta. O sea, ¡ni siquiera me voy a dar cuenta del paso del tiempo porque voy a estar demasiado ocupado haciendo cosas que disfruto!

Lo anterior no sólo es válido por las tantas condiciones que en este momento tenemos los adultos mayores para llevar una vida plena. También lo es porque la sociedad en general nos está ayudando con nuevos cambios de actitud que cada vez parecen más consolidados.

Dichos cambios nos sirven para sobrellevar la realidad de que llegamos a la condición de adulto mayor después de haber experimentado una gran cantidad de duelos a lo largo de la vida,

producto de las tantas pérdidas que inevitablemente hemos debido enfrentar.

Desde niños, como cuando vivimos un duelo por haber perdido el juguete o la mascota querida. Después el duelo por haber terminado con aquel gran amor de la adolescencia. O el de separarnos de algunos compañeros del colegio muy queridos, cuando todos comenzamos la vida de adultos jóvenes.

Más adelante tuvimos duelos por la muerte de personas muy cercanas e importantes. Como suele ocurrir, primero se fueron nuestros abuelos, después nuestros padres y por último algunos amigos que se bajaron del tren de la vida porque llegaron primero que nosotros a su última estación.

Años después aparecieron duelos por la paulatina pérdida de algunas facultades físicas, que anunciábamos con la clásica frase de “ya mi memoria (o mi movilidad, o mi resistencia, o lo que sea) no es la que solía ser”. Pérdidas que nos recuerdan que más pronto que tarde también nos habremos acercado a nuestra última estación.

Todas estas pérdidas nos hacen pasar por las conocidas e inevitables “etapas de duelo”, como las llama la psiquiatra Elizabeth Kubler-Ross, las cuales pueden tener una duración y un orden variable.

Tratamos de negar la realidad de la pérdida. Nos enojamos con la vida, o con la gente o con lo que sea. Buscamos negociar con el Ser Superior que forma parte de nuestras creencias. Nos deprimimos al ver que no podemos revertir la pérdida. Y tarde o temprano terminamos aceptando la realidad de lo ocurrido.

Sin duda nuestra experiencia de vida como adultos mayores debería servir para reconocer más fácilmente esas etapas. Para darnos cuenta de que debemos esforzarnos por desarrollar una completa y verdadera “aceptación” de nuestra realidad actual en todas sus dimensiones, pues sólo así podremos ver la vejez como una “estación de la vida” y no como la sala de espera de la muerte.

Esa aceptación es que nos permitirá usar nuestro valioso -y eventualmente escaso- tiempo para disfrutar lo que somos y tenemos a nuestro alcance. En lugar de usarlo para añorar lo que fuimos o quisiéramos ser.

¡A menos, claro está, que decidamos ver nuestra vida como un cuento de hadas donde los problemas se arreglan con una varita mágica!



Relato de Experiencias

Pinceladas del recuerdo

Autora: Marta María Hernández Mendoza

Recorriendo con una amiga el lugar donde crecimos en San José parte de Barrio Luján avenida 14 en la calle 13, ahí por donde pasa la línea del tren, observamos que no obstante el tiempo transcurrido aún prevalecen trozos de historias vividas por nuestra generación, de alguna manera asidas a viejas casas y viejas calles y aceras que se resisten a los torbellinos de la modernidad.

Contar a las nuevas generaciones parte de una historia no escrita, es también el derecho de mis contemporáneos a ser incluidos, integrados y partícipes de la sociedad actual. Precisamente el aspecto central del objeto de la Convención Interamericana protectora de la Persona Adulta Mayor.

Las pinceladas de los recuerdos que aquí comparto, reflejados en esas viejas estructuras de un trayecto corto en la avenida 14, que conduce a la Clínica Bíblica, pretende hacer valer ese derecho de comunicación y por lo tanto de participación en la construcción cultural cuyo cimiento no puede ser sino también la memoria histórica, mucho no escrita pero que cargamos los Adultos Mayores.

La casa de la recordada profesora de dibujo, Olguita Muñoz, profesora en la Escuela Marcelino García Flamenco, que además de dar clases de dibujo, confeccionaba y pintaba los murales que se requerían para las presentaciones artísticas en el Teatro Nacional (1950). Su casa de madera se conserva igual: de una planta, esquinera, sobre la avenida 14, frente a la línea del tren.

A unos cuantos metros del Sur, está la propiedad de la casa de la familia Curling, familia afro caribeña, que se ha destacado por sus logros y superación.

Siguiendo siempre sobre esa avenida, se encuentra la casa que igualmente mantiene el diseño original, y que perteneció al Periodista Francisco María Núñez, “Paquito Núñez” como cariñosamente se le llamó. Su profesión la realizó con gran compromiso, logrando grandes reconocimientos. Su señora, la Profesora Evangelina de Núñez, ambos de grata memoria, también se destacó trabajando con gran mística por la promoción de las costumbres y los bailes folclóricos costarricenses. La frecuentaban grupos de alumnos, con sus trajes típicos ensayando para las presentaciones de las fiestas patrias.

La mayoría de estas casas tenían un patio grande con árboles frutales como caces, naranjas, limas, que se han perdido, nísperos y no faltaban las matas de plátanos y las gallinas cacareando sus huevos.

Continuamos el recorrido llegando a lo que hoy es un parquecito y que en aquellos tiempos era un lugar en donde pastaban los caballos de los carretones, vehículos rústicos que servían de transporte de carga. Inmediatamente después se encontraban Los Mercaditos. Su construcción era de madera. Una especie de casona de grandes dimensiones y, entrando no más, había un molino para moler maíz. En su interior había tramitos, unos con verduras, otros de tortillas, en otros vendían comida o natilla y leche casera de Coronado.

Al frente Norte de Los Mercaditos se encontraba el “Teatro Castro”. Sus asientos, todos bancos de madera y el valor de entrada de 15 céntimos. Llegando a la esquina Oeste había un negocio tipo soda cuyo nombre era “La Nave” ubicada sobre el “Paseo de los Estudiantes” esquina oeste de Los Mercaditos, hoy “Bulevar Chino”.

En ese punto de nuestro recorrido recordamos a dos personajes significativos en nuestras infancias “Hernán Correa” y “María Aguacates”. “Correa” porque llevaba por faja un mecate, andaba descalzo con pantalón y camisa arrollados, y “María Aguacates”

porque andaba siempre pintarrajeada, con ropas de colores en combinaciones muy llamativas, zapatos viejos de tacón y cartera.

Juntos daban un espectáculo terrible, Hernán la correteaba para pegarle con la correa y ella gritaba, hasta que cada uno tomaba rumbo distinto. Quien se acercara corría la misma suerte.

También por esta esquina don Arnulfo Arias “sacaba dientes o las muelas” y su “consultorio” se encontraba cerca de la Iglesia de la Soledad. Tenía don Arnulfo, un carro negro de cigüeña, y los niños salíamos a saludarlo.

Al frente oeste de La Nave nos hayamos “La Puerta del Sol”, en aquellos tiempos un negocio de abarrotes pertenecientes a la familia Antonini, muy trabajadora.

Sobre el Paseo de los Estudiantes dos cuadras al Sur está el Liceo de Costa Rica, institución centenaria fundada en el año 1887 y declarada “Benemérita de la Cultura y Educación Costarricense”.

La calle 9, según los historiadores adquiere el nombre de “Paseo de los Estudiantes” como reconocimiento al valor demostrado por los alumnos del Liceo de Costa Rica, del Colegio de Señoritas y del Colegio Seminario, quiénes en gesta histórica del año 1919 se lanzaron a las calles en la lucha por la libertad y la democracia de Costa Rica, para enfrentar la dictadura conocida como de los “Tinoco” (1917-1919). Esto es parte de la memoria colectiva y ocupa un lugar especial en el fortalecimiento de la herencia histórico-cultural de Costa Rica. Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/Paseo_de_los_Estudiantes_\(Costa_Rica\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Paseo_de_los_Estudiantes_(Costa_Rica)).

Al costado Norte del Liceo de Costa Rica, vivió el General Jorge Volio, Benemérito de la Patria.

Siguiendo hacia la esquina Oeste encontramos una casa de madera esquinera de una planta. Por el año 1940 vivió en ella con su familia, don Santos León Herrera de grata memoria (1874-1950). Allí se escucharon mis llantos de recién nacida, esto porque don Santos tenía un nieto de la misma edad mía y su madre no podía

amamantarlo. Mi madre que era la generosidad en persona, con leche suficiente lo alimentó salvándole prácticamente la vida, ya que aquel niño tuvo principios de “gastro”. En esa época era una enfermedad mortal, todo niño que la padeciese, debía ser amamantado o moría.

Don Santos León Herrera, fue un político que ejerció la presidencia de la República por dieciocho días, bajo el cargo de “Tercer designado” para servir como puente entre el gobierno de Teodoro Picado Michalski y la llamada Junta Fundadora de la Segunda república presidida por José Figueres Ferrer, al final de la Guerra Civil de 1948 (Wikipedia, 2017).

Continuando el recorrido hacia la cuadra que sigue 100 metros antes de la Clínica Bíblica, recordamos que allí vivió don Joaquín García Monge, escritor intelectual, educador y Benemérito de la Patria. Apenas logramos recordarle como era físicamente, bajito, gordito, dinámico, pero si recordamos vívidamente un detalle muy lindo, su gentileza de avisar cuando no se encontraba en casa, lo hacía con un cartelito que dejaba colgando en la puerta diciendo “ahora no me encuentro pero no tardo en volver”.

Seguimos “caminando en el recuerdo” y llegamos a la Escuela Marcelino García Flamenco, en la que estudiamos de primero a sexto grado, en su viejo y señorial edificio de dos plantas, de madera, lleno de muchos y hermosos recuerdos. Hoy, con su actual construcción tiene un diseño diferente y no podría ser igual. Diagonal a la escuela está el Hospital Clínica Bíblica, mis hijos nacieron allí, asistidos por la doctora Cameron.

Actualmente impresiona la transformación de ese espacio, su crecimiento estructural con grandes parqueos. Todo ello nos hizo pensar en cómo van desapareciendo las evidencias físicas de nuestra historia. El paso de la modernidad es implacable, tanta historia olvidada en un trecho tan corto de nuestra capital, hace necesaria la tradición oral de las generaciones que se suceden las unas a las otras, pues somos al fin y al cabo partícipes de la historia.



Relato de Experiencias

Aprendiendo a envejecer

Autor: Rafael Abarca Jiménez

Las lluvias de octubre me hicieron salir de mi casa más abrigado que de costumbre. No podía dejar olvidado mi enorme paraguas de cuadritos azules que más se parece a una tienda de campaña. Venía de la iglesia de rezar por mis padres y en especial por mi hermano porque ese día 16 de octubre cumplía 10 años de muerto. Recordé la noche cuando mi hermano nació.

Mi madre estaba muy asustada porque creía que se le había roto la fuente.

Le exigió a mi padre que fuera a buscar a doña Antonia la partera, quién vivía cerca de la Cruz de Alajuelita a 5 horas ida y vuelta.

Mi casa era de madera de costilla o formaleta lleva de rendijas. El viento se colaba y hacía un frío insoportable. También era un camino libre para los insectos y hasta para las culebras. Todo se oía a través de las paredes. Se componía de una pequeña sala, seguido de tres cuartos en donde nos acomodábamos ocho hermanos.

De mi padre aprendí todo lo que hoy en día soy. De oficio zapatero y poca escolaridad. Era un auténtico autodidacta. Lo recuerdo siempre leyendo, haciendo poesías, escribiendo y recitando. Tenía una colección de libros y revistas, algunos prohibidos por la Curia. Por alguna razón los escondía en lugares donde nadie los podía encontrar. Mi curiosidad le ganó a sus precauciones y un día descubrí su escondite; cuando papá se ausentaba los sacaba y me ponía a leer.

Mi papá, después de leer los periódicos y llenar los crucigramas, arrancaba las hojas, las engomaba y de seguido las pegaba en la pared para tapar las rendijas, así evitaba que el viento se colara.

Antes de dormirme, con la ayuda de mi hermano mayor, nos entreteníamos buscando los dibujos de las diferentes hojas del periódico pegadas en la pared, luego los anuncios y por último los párrafos, así aprendieron a leer. Yo le llamaba a estos ratos “noches del erudito”, pues siempre antes de acostarme trataba de leer algo. Lo terrorífico era después del 2 de noviembre, día de los fieles difuntos. Mi padre nunca dejó de comprar el periódico “La Prensa Libre” para ver las fotografías de los muertos del año. Comentaba con mi madre sobre los muertos conocidos y desconocidos, luego procedía a pegar el periódico en la pared.

Durante varios días yo creía que estaba durmiendo con todos los muertos y sentía su mirada penetrante y fría que traspasaba las cobijas en donde me envolvía para no verlos. Así las noches se hacían cada vez más largas, espantosas y llenas de pesadillas con muertos persiguiéndome y escondiéndome en sus mismas tumbas que habían abandonado para atormentarme. Me despertaba dando gritos y lleno de sudor. Mi madre corría a mí, me acurrucaba en su enorme corazón y yo volvía a reconciliar el sueño.

Desde el día que nació mi hermano no olvido la voz de la partera regañando a mi padre, diciéndole, -¡Está temblando como si fuera usted el que está pariendo, imagínese como está su mujer. Apúrese, vaya y traiga una palangana de agua caliente, porque el niño viene de camino! Y de seguido dijo: -¡Bendito sea Dios, es un hermoso varón!- El llanto de mi hermano se me quedó impregnado en mi mente como un milagro de Dios y me dormí profundamente.

Sesenta años han pasado desde entonces. Mis padres sufrieron hasta lo indecible cuando mi hermano murió a sus 53 años.

Yo les apoyé siempre dándoles amor, tiempo y todo lo que tuviera a mi alcance. Me indagué sobre sus derechos legales para facilitarles su condición de Personas Adultas Mayores, dándome cuenta que en Costa Rica dichosamente las leyes los respaldan en todo aspecto,

brindándoles una vida digna y justa. Se exige a la sociedad y familiares a respetar y hacer vales sus derechos. También me informé sobre instituciones privadas y del Estado como la Junta de Protección Social que se esfuerza para facilitar su condición de vida.

Paso a paso a lo largo de mi camino, recuerdo a mis padres con mucha gratitud por todo lo que me enseñaron y les apoyé en su vejez, cosa que me ha servido de mucha bendición ahora que envejecí.

El tiempo de adulto me llegó poco a poco, como canción de cuna al niño que duerme. Me había preparado para envejecer y le di continuidad. Cada día que pasa lo entrego a Dios como una oportunidad vivida y el día siguiente lo pulo al fuego como el oro extraído de la montaña para vivirlo a plenitud. Antes vivía convirtiendo los obstáculos en oportunidades, caminando un kilómetro más de lo que se me pedía, dando un valor agregado a todo lo que hacía. Hoy vivo como un campeón olímpico lleno de medallas ganadas por haber vivido una vida plena física, moral, legal, espiritual y haber cumplido todo lo que Dios manda al hombre que haga.

Dios nos dio una bolsita de regalo a todos por igual. Su contenido es el tiempo. Son 24 horas cada día. Se nos pide que aprovechemos cada segundo hasta el último momento de nuestras vidas y eso es lo que trato de hacer.

Una amiga mía me enseñó a decir que no estamos pensionados sino que estamos en tiempo de jubileo que quiere decir júbilo, alegría, entusiasmo y paz.

Con estos pensamientos venía de rezar por mis padres y mi hermano, cuando mi caminar se interrumpió por dos mujeres adultas que ayudaban a un anciano que tenía dificultad para salir de su automóvil y subirse a la acera, Corrí a ayudarlas. Con mi enorme paraguas les ayudé a entrar a un salón de actos en donde se celebraba una premiación de literatura para adultos mayores.

Después de la lluvia de bendiciones de las dos damas y su padre de 98 años, me invitaron a quedarme. Quedé absorto de ver tanta alegría. El salón estaba colmado de gente. Personas adultas mayores

acompañadas de sus hijos, nietos y amigos. Todos fraternales, felices y positivos compartiendo unos con otros. Envueltos en aplausos, regocijo y alegría no notaron mi presencia; decidí quedarme en un rincón de la sala.

Salí abrumado de aquel lugar. Me di cuenta que había un centenar de cosas nuevas que podrían cambiar mi rutina diaria que por lo general se torna aburrida y perniciosa. Renové mi bolsita de tiempo. Dejé de hablar de la vejez, enfermedades, malas noticias y de cosas vanas.

Inicié mi rutina de hacer ejercicios de acuerdo a mi físico y mi capacidad actual. Comencé a vestirme mejor, sonreír, caminar derecho, rápido y sin arrastrar los pies. Todo lo hago con amor y no dejo espacio para quejarme.

Con la maravillosa libertad que me concede mi tiempo de jubileo siembro flores y árboles, pinto mandalas y escribo desde las horas de la madrugada hasta altas horas de la noche. Retomé el hábito de leer el cual estaba abandonado. A la hora que quiero escucho toda clase de música. Soy libre ahora, puedo hacer con mi tiempo lo que deseo. Le di un vistazo a las oportunidades que me concede la sociedad ahora y comencé a llevar cursos en el INA, AGECO y otros lugares.

Aprendo cómo criar peces ornamentales, jardinerías, orquídeas, injertos, lombicultura, bonsái, abono orgánico, plantas medicinales, literatura, computación, tratamiento de aguas superficiales, cuencas y microcuencas, calentamiento global, dibujo, astronomía y otros.

También tengo tiempo suficiente para compartir una o dos cervezas con mis amigos o personas que no conozco. He aprendido que todo se puede hacer con medida y respetando a los demás. Puedo socializar, aprender y enseñar. He conocido hombres de 87 años sin familiares que han vivido toda su vida en las calles, en la mendicidad, sin ninguna ayuda social, pero muy felices de poder desplazarse libremente y también he conocido extranjeros jubilados que han sobrevivido a tres guerras y son ahora libres como yo.

Mi mayor derecho a la participación como Persona Adulta Mayor es haber roto las cadenas físicas, legales, morales, espirituales y mentales que me tenían esclavizado y ahora poder gritar: -¡Soy una Persona Adulta Mayor, soy libre de toda esclavitud y no quiero más...!



Relato de Experiencias

Mi derecho a la participación como Persona Adulta Mayor

Autora: Gladys Elizabeth Trigueros Umaña

Mi derecho a la participación como adulto mayor: la comparo con el vuelo de la mariposa: con sus altibajos, para lograr ser considerada útil por la sociedad, una sociedad en la que al llegar la persona a los sesenta y cinco años, la apartan de la vida como si fuese un trasto inservible.

Como la mariposa que inicia su proceso de metamorfosis, así me inicié en el camino de mi lucha por mi participación como adulto mayor en el peregrinaje que me llevó a incursionar en el área de lo cultural y del envejecimiento. No fue fácil para mí, comprender que comenzaba una nueva etapa de mi existencia, la vejez, la cual para la mayoría de personas e instituciones ya no tenía cabida, por ser ésta, un proceso de finalización, debido al deterioro físico, mental, sexual y otros aspectos más que conlleva la Tercera Edad. Ante este dilema, ser o dejar de ser alguien, tomé aliento y empuñé el estandarte del vuelo de la mariposa y me dije: Aún no has finalizado tu labor, tienes mucho que dar, vuela y demuestra que tú puedes dar más de ti y en otros espacios en los que todavía no has ingresado y demuestra que como adulto mayor no eres un objeto desechable y no se te debe dejar a un lado sólo porque ya llegaste a la plenitud de tu vida.

Y, como una oruga, comencé a tejer el capullo que me envolvería en la nueva fase y así, formé parte de grupos de personas que ya habían dejado su trabajo por estar pensionados o jubilados para buscar mejoras en su calidad de vida. Tarea difícil luchar contra la misma sociedad que taponea salidas y sella entradas a nuevos caminos pero sí llenaba mi corazón de orgullo cuando se lograban conquistas para el mejoramiento de pensiones y en actividades de salud, recreación y otras, para el adulto mayor en general.

Al mismo tiempo, sentí el enorme deseo de llevar mis conocimientos a los ciudadanos de oro de mi comunidad, pues en ésta, no había un solo sitio dedicado a ellos ni en ningún otro pueblo vecino. Y ¿por qué no hacerlo? Era mi derecho también, de llevar a otros lo que yo pretendía para mí: participación y mayor autoestima. Y así, inicié mi proyecto, en el año dos mil seis, con la fundación del primer grupo de doce adultas mayores, doce bastiones, mujeres luchadoras en una comunidad de pocos recursos económicos y sí, tuvimos que enfrentarnos a la crítica machista que nos llamó: “viejas vagabundas”, “busquen quehacer en sus casas” y sólo un varón llegó después a formar parte pero pronto se retiró por la pena que le daba estar entre tantas mujeres y las burlas de otros. Sin embargo, ninguna se amilanó y seguimos adelante. Fue hermosa la unión que hubo en el grupo y para ese entonces, acudí a AGECO, que nos brindó su apoyo, mediante asesorías y servicios en distintos campos para nuestra organización.

El internet fue una de las armas que más utilicé en la búsqueda de materiales y actividades que nos enriqueciera y ampliara nuestros conocimientos para sensibilizar y socializarnos con nuestra identidad. El esfuerzo no fue en vano y aunque, actualmente, no coordino el grupo, éste creció y en el presente, consta de treinta miembros. A su vez, surgió otro, dedicado a bailes folklóricos, y el cual es un gran ejemplo porque en su mayoría son mujeres de más de setenta años.

Como la crisálida, rompí estereotipos y me propuse participar en otras organizaciones en las que pudiese colaborar con y por el adulto mayor y logré dicho objetivo, aportando iniciativas o sugerencias a nivel nacional e internacional. CONAPAM me abrió las puertas y con ello, he adquirido una amalgama de experiencias como adulto mayor que soy.

El participar en el extranjero, en foros y conferencias no ha sido fácil en lo económico ya que, al no pertenecer a una entidad, debí sufragar todos mis gastos y aunque solicité colaboración monetaria en diferentes instituciones me la negaron, indicando que sus estatutos o reglamentos no les permitían hacer donaciones, sólo hubo una que, me dio su óbolo. Y ¡qué triste fue recibir una de las respuestas diciendo que: “no damos ayuda a pensionados, sólo a los activos,

porque pueden venir y seguir trabajando"! Fue un duro golpe pero me dije: sigue adelante, no abandones tu anhelo. Y no me di por vencida. Crucé otras fronteras.

El compartir con personas foráneas y adquirir nuevos conocimientos en la materia fue enriquecedor, saber que en otras naciones, también se daban muchos o peores tratos al adulto mayor me encogían el corazón y en otras, en cambio, daban un alto valor y puesto de honor al considerarlos Consejo de Ancianos y no se tomaba ninguna decisión si no se les consultaba antes. En cambio, acá, en mi propia Patria fui, después de admitido el informe que daría sobre mi experiencia relacionada con el adulto mayor y escogida como delegada, se me desplazó en dos ocasiones, para dar el espacio a otro expositor extranjero y a alguno de Costa Rica pero relacionados con la juventud. Sin embargo, curiosamente, en otros países visitados sí fueron bien atendidas mis intervenciones y ahora, en Costa Rica, ya sí me aceptan, después de luchar, a brazo partido, por participar y representar al adulto mayor en diferentes instancias. ¡Qué satisfacción me produce haber logrado este empeño!

La mariposa vuela. Ya dejado el capullo, descubro que hay otros espacios, en los cuales buscar reivindicación y es en el cultural. Curiosamente, el mismo título del Ministerio de Cultura y Juventud es excluyente, ¿por qué no un Departamento u oficina exclusiva para la atención de la Persona Mayor o el Ministerio de Envejecimiento? o ¿por qué no: el Ministerio de Cultura, Juventud y Vejez? ¿Difícil? Quizá pero no imposible. Así pues, he sembrado en otros, la semilla de esta sugerencia para que, en el futuro, el adulto mayor pueda ser tomado muy en cuenta y se establezca un mecanismo apropiado para su participación en eventos culturales.

Como muestra, un botón. Dejando a un lado la timidez o vergüenza de que al tener tanta edad, se burlasen de mí, me he vestido con ropaje, alusivo al tema de este tipo de actividades y he participado en muchas peñas culturales, en pasacalles, en foros, encuentros y simposios, en donde el abrazo al final es el mejor premio que se pueda obtener, tratando de esta manera, despertar en la conciencia de los demás, la valía del adulto mayor y su capacidad para participar

y exteriorizar sentimientos , ideas y facultades ,en las distintas áreas de las artes.

Poco a poco, me fui abriendo campo en lo cultural y la juventud, que conforma colectivos artísticos, me abrió las puertas de su corazón y hoy me siento entre ellos, como una más, una joven de la dorada edad dorada. No digo que todo haya sido color de rosa, no, aún falta más por luchar. Sueño, en mi “Atrapasueños”, con que en el Ministerio de Cultura se cuente con una oficina o un departamento dedicado para atender al adulto mayor, que se le indique cómo solicitar los Puntos de Cultura o Becas Taller y se le ofrezca un mayor abanico de oportunidades.

También, con el paso del tiempo y en este bajar y subir los peldaños del quehacer artístico, busqué a otras personas, con deseos de proyectarse a otros sectores y comunidades, por medio de las distintas formas de comunicación existentes a través de mensajes en la toma de conciencia de la identidad de cada uno como adulto mayor, elevando su autoestima y su derecho de participación en las decisiones y actividades, sin menoscabo de su integridad. Y se formó el equipo. ¿Cómo lo hemos logrado? A través de ratos de esparcimiento, presentación de obras de teatro, lectura de cuentos, poesías, talleres y cantos.

La búsqueda de sueños realizables me ha llenado de muchas alegrías y también, sinsabores, pero me siento muy orgullosa cuando algunas jóvenes me han llamado “guerrera”, “mujer guerrera”. Y sí, sigo luchando en busca de esa meta, a mi alcance, de que el adulto mayor, eleve su autoestima y comprenda que puede participar en distintas áreas y a la vez, se le valore como debe ser porque es poseedor de un cúmulo de experiencias que no se deben ignorar.

Hoy, comparto mis experiencias al externar mi sentir y mi quehacer de varios años y me llena de gozo, al ver el fruto obtenido en este mi vuelo de mariposa: la acogida de mis inquietudes por otras personas y cumplir con mi reto: mi propia valoración en mi derecho de participación como Persona Adulto Mayor.



Poesía Extranjera

Oda al neutrino

Autor: Leonardo Aragón Marín

|

Mínimo rescoldo, suspiro, atisbo,
allá, detrás de la última revuelta,
donde posiblemente el ser comienza.

Levedad, residuo pleno: neutrino.

Innumerable e incontable, gentil.

Suave, mínima partícula, tenue.

Te muestras oscilante y varias. Vienes,
vas en la gran línea de lo existente,
río y onda y ola cambiante, incólume
en el fluir quieto de este gran mar. Eres
espacio, tierra, bondad, maldad, hombre,
ciudadano íntimo, dolor, palabra
amor, rumor... en cada cuerda vocal,
en cada arteria, vena, fibra, vaho.

Abriste un camino sin fin, camino
hollado en milenios, pisado en siglos.

Tu exuberancia salvaje de noches,
tu semen excesivo invadió huecos,
playa, vientos. Y llegaron las cosas,
llegamos al ser cada uno, nosotros:

arpegios y músicas, voces nuevas,
griterío de sonidos, luz, colores,
rostros nuevos de tu opulencia ciega.



A la tiniebla vinimos, neutrino:
crías, cachorros al azar. Al existir
mundano hemos llegado en multitud.

Tenue, tu luz inocente acribilla
la coraza de mentiras rugosas
de políticos ciegos, dinosaurios
sin alma, emboscados elefantes,
el ardor del avaro que se baña
en charcas insalubres y corruptas,
la ansiedad de banqueros elegantes
vendidos al oro, al lodo y al plomo
en aguazal de riqueza y fruición.

Suave partícula, neutrino grácil
siempre en huida te entreveras también
en el desalmado juez o fiscal,
en el bribón y locuaz diputado
a la búsqueda de fondos off shore
que riegan con su esperma la vaginas
blandas y cebadas cuentas corrientes
de señoras de rubias cabelleras
bañadas en licor azul glacé,
de damas bien vestidas que gozosas
devoran las ganancias amasadas
en la soledad de un rictus severo
y oscuro, en sábanas de seda, hedor
húmedo de hirsutos muslos, piernas
depiladas hirviendo entre billetes
de quinientos, salsas suaves, picantes,
músicas sin fin, óperas de Wagner...



Neutrino, lo izas todo, lo atraviesas,
lo derrumbas con firmeza: ruindad
y amor, riqueza, miseria y orgullo.

Contrapunteas la historia con afán
desde tu escondida y oscura inocencia.

Pequeño y baladí, rescoldo indemne,
resquicio último donde todo empieza,
suspiras y atisbas desde lo hondo,
... a la intemperie.



Poesía Extranjera

Como la vida. Igual. Como la muerte

Autora: Delia Esther Fernández Cabo

Es la vida henchida de misterio,
la vida que se goza,
la vida que se sufre.

La que transcurre loca y presurosa,
se escapa de las manos y destruye
los sueños que te habitan desde siempre.

Que llena tus espacios
de estelas luminosas,
explosión de colores y sonidos
que danzan en las notas
de un pentagrama ocioso.

Arcoiris que surge
como la Vida. Igual. Como la Muerte.

Acunando un tesoro en el confín
que todos deseamos
y que ninguno toca.

Igual que los placeres que anhelamos.
Igual que aquel dolor que aunque nos tumbe,
sacuda la raíz de la esperanza,
oscurezca el cenit y nos derrumbe,
nos impulsa a seguir,
nos fortalece.

Y aún
caminando el sendero señalado
de tropiezos que agobian
y de piedras que horadan,
hallaremos en lo alto de una nube
la razón de existir.

Porque no hay nada
más poderoso que el destino mismo.

Entre azules y grises nuestro hado
es el final inevitable que sofoca
y el comienzo infinito que ilumina.

Como la Vida. Igual. Como la Muerte.



Poesía Extranjera

Inviernos, delirios pasajeros

Autora: Mayra Dumpierre Matamoros

A veces siento un frío que me coagula. Me paraliza.
Un frío absurdo y descomedido. Depredador de mi paz,
de mis mejores ideas y equilibrios. Comienza generalmente
por el encéfalo. Se filtra hacia la médula y circula por las arterias.

Se apodera del torrente de mi sangre, de cada órgano,
de cada hueso. Paraliza los músculos y articulaciones.

Raja las membranas de mis células. Zarandea el citoplasma.
Se ensaña en las neuronas. Me eleva de puntas cada uno de los
pelos.

El desatinado tensa mis alas. Escamotea los sueños.

Me empaña la córnea, los miradores y vidrieras.

De noche me mordisqueea como un animal hambriento.

Pudiera diseminarse por el aire. Condensar la atmósfera.

Despabilar sin tino a la socarrona lengua del silencio.

Logra disfrazarme de escarcha. Volverme una efigie.

Aniquilarme con un odioso temblor. El más recóndito y perverso.

Mientras me congelo, telefonea preocupado por mi bienestar
alguno de mis hijos. Improvisa una broma o quizás
me agasaje con una elemental confidencia.

Pudiera sorprenderme un amigo (o amiga) interesado
por mi salud o para compartir libremente algún proyecto de vida.

De repente, asoman los perfiles de mis nietas por un escondrijo
cualquiera. Juegan, saltan, me convocan... se desternillan.

Y adentro, muy adentro, el eco filarmónico de los “te quiero” “aquí
estoy”

“tú conmigo”... Cada fonema en el subterráneo de mis reservas.

A menudo, por algún gesto del azar, se enciende el
equipo de música. Lo mejor pudiera comenzar con la Tocatta
en Fuga o con las sinfonías: La Quinta, La Séptima, La Novena...
Algo sigue trascendiendo en el Molto Allegro de la Cuarenta.

Y como si aún no bastara, sobre una centella de luz descuella
Whitman

espontáneo y regocijado. Andamos la pradera. Cantamos:
Yo existo como soy. Eso basta.

Yo existo...

Mis pies entibian y desandan la hierba cuando escucho a Lorca
desde un espacio contiguo. Alcanza a persuadirme:

...Los relojes nos traen los inviernos.... O quizás:

*...Los días abandonan
su piel, como culebras,
con la sola excepción
de los días de fiesta...*

Pero más hacia el oeste, sobre una rama del flamboyán
y muy cerca del cocotero, acierta a posarse algún pájaro errante.
Quizás ande cortejando a la hembra con sus armónicos, sus
aleteos

y consonancias. Se satura el entorno. Y poco a poco, voy
retornando

a mi clima, a los más dignos espacios y certidumbres.

Me acomodo en la tibieza de una enorme concavidad.

Giro sobre el suelo firme. Trepido como una hojita de hierba.

Sonrío. El tiempo prosigue su curso como si nada hubiese ocurrido.



Poesía Extranjera

Mi amiga la cebolla

Autor: Gregorio Apablaza Fuentealba

Tengo en mi mano estragada la cebolla más fea del mercado.
Con sus hojas desvaídas luce espantosamente atrabiliaria
como si la hubiesen manoseado muchos clientes arrepentidos.

La he comprado porque vi en ella algo que se me parece:
una sombra titubeante, un matiz crepuscular, unos colores
perdidos.

La he traído a casa, aunque ella no quería en su timidez
desganada.

Se me rehusaba en la canasta, se me acurrucaba en el fondo,
como teniendo vergüenza de tanta verdura fresca,
del tomate colorado, de la lechuga exuberante
del pimiento morrón tan verde y las zanahorias turgentes.

No te escondas, mi amiga, le dije yo, no temas,
porque tú puedes ser la mejor metáfora de mi vida.

Ahora en mi mano te acaricio, y te descubro piel a piel,
muy despacio, porque recelo que me voy desnudando,
porque en cada capa que cae, algo de mí yo voy viendo
como escenas proyectadas sobre tu blanco macilento.

Ya cayó la hoja de los sesenta con sus sinsabores recientes,
con sus cansancios nuevos y las miradas que zahieren,
esas que me recuerdan que estoy poniéndome viejo.
Ahora viene la de los cincuenta con arrestos aún juveniles,

con torpezas agazapadas, con desbordes a destiempo,
con locuras irremediables que merecen toda condena.

“Ay, cuánto lo siento niña, haberte faltado el respeto”.

Pero antes de seguir hablando de cosas que ya no son,
Quitaré la capa que me avergüenza, para tocar la de los cuarenta.

Esta luce colores más vivos y un aroma realmente penetrante.

Es la juventud prolongada, los proyectos que se concretan,
obras tan aplaudidas que amenazaron casi endiosarme.

¡Vanidad de la obra terminada, porque acabada la jornada
queda el corazón vacío, esperando la siguiente!

Debo avanzar a los treinta porque necesito brazos fuertes
para cargar a los hijos que vienen llorando y exigiendo
la renuncia, y otras cosas que no quiero decir por modestia.

He de pasar a los veinte porque allí tal vez esté la llave
que descifrá los enigmas que me han estado desquiciado,
las decisiones ligeras, y las presunciones varias
que se castigan con años de soledad, de repulsa y de silencio.

La cebolla se está achicando y me está mordiendo los ojos,
sin querer ya estoy llorando, tal vez sea por los diez años
que han irrumpido de golpe con ramalazos de invierno,
que no cesaron de lanzar golpes y de apretarme el alma.

¿Adónde me llevarás, cebolla amiga, en tu pequeño repollo tierno?
Esas hojitas verdes que se amontonan como capullos suaves,
resbaladizas como el líquido en que nadaba yo en el vientre.

¿Me llevarás solo a la semilla, al huevo, al embrión insignificante?

¿O me llevarás a la mano que sostenía la semilla-huevo-embrión
de la que vino lo que yo fui, de la que procedo sin escapatoria?

¿Descubriré por fin las claves de mi secreta estampa
de mi índole impredecible, de mi irremediable estulticia?

Querida amiga, gracias por venir conmigo y aceptar el
despojamiento,
este viaje regresivo, esta aventura desventurada, porque
tras cada capa que se fue, fuiste quedando desvalida.

Así nos vinimos lentamente, mi amiga cebolla y yo,
desde un vagido lamentoso hasta una doliente carne ajada,
hasta una mano que dice adiós con lo que queda de una cebolla
que ya no parece cebolla, enteramente deshojada.



Escritos de Oro

VOLUMEN VI



El concurso literario de personas mayores de la Asociación Gerontológica Costarricense, AGECO, es una estrategia que busca potenciar las habilidades literarias de las personas para que desde distintos ámbitos de su cotidianidad puedan manifestar sus opiniones, creencias y aportes a la sociedad mediante la producción literaria a escala nacional e internacional.

Escritos de Oro es la compilación de las obras ganadoras de diversas ediciones y se constituye en el espacio para dar a conocer y posicionar la producción literaria como una manifestación artística a lo largo de la vida.

Esta compilación es un esfuerzo de AGECO, en su 40 aniversario, por plasmar la creación literaria de las personas mayores y dejar su huella en la sociedad.

La Asociación Gerontológica Costarricense, es una organización no gubernamental, sin fines de lucro, de bienestar social, que desde 1980 trabaja en la promoción de un envejecimiento activo, en el fomento de espacios de participación, educación, empoderamiento y defensa de los derechos humanos de las personas mayores.



ISBN: 978-9968-931-78-6



9 789968 931786